

INSTITUTO DE ESTUDIOS TARRACONENSES  
«RAMÓN BERENGUER IV»

MEMORIAS DE INFANCIA  
Y ADOLESCENCIA

POR

MANUEL DE MONTOLIU

TARRAGONA

1958



**MEMORIAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA**



INSTITUTO DE ESTUDIOS TARRACONENSES  
«RAMÓN BERENGUER IV»

SECCIÓN DE BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA  
PUBLICACIÓN N.º 1

# MEMORIAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA

POR

MANUEL DE MONTOLIU

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE TARRAGONA

1958

Instituto de Estudios Tarraconenses

«Ramón Berenguer IV»

Publicación n.º 26

---

SUGRAÑES HNOS., EDITORES - TARRAGONA

## Dedicatoria

*Al gran protector y propulsor de las Letras y de las Artes  
EXCMO. SR. D. MIGUEL MATEU Y PLA  
eximio Presidente del Consejo de Administración del «Diario  
de Barcelona», dedica este libro formado por artículos refe-  
rentes a la infancia y adolescencia del autor, publicados a  
lo largo de los años en dicho Diario, en testimonio de afecto  
y alta consideración.*

EL AUTOR



## ACLARACIÓN PRELIMINAR

*La nota optimista, serena, placentera que es la constante en esta autobiografía, mucho me temo, amigo lector, que te parezca el resultado convencional de un acto de mi voluntad y el efecto de una previa selección, falta quizá de fundamento real. No dejas de tener razón. En realidad, no toda mi vida en mi niñez y adolescencia transcurrió plácida y serena; no fué toda ella un idilio, no fué toda ella un paraíso. Tuvo también sus días más o menos nefastos y sus momentos de franco desasosiego interior, momentos y días en los que se anticiparon para mí los quebrantos y las crisis dolorosas que nunca faltan en nuestra existencia terrena, aún en nuestra más tierna edad y nos hacen presentir en el más próximo futuro los sinsabores y los desengaños que nos aguardan en la próxima plenitud de nuestra vida.*

*Pero, aún siendo así, yo puedo asegurarte, benévolo lector, que en mi infancia y adolescencia la zona sonrosada de la dicha y del encanto del vivir, que Dios me permitió entonces gozar en la tierra, fué sin posible comparación, más firme y dilatada que la de todas las amargas que el Padre que está en los cielos me hizo padecer durante los primeros años de mi vida. Y para que vieras que así fué en realidad, no vacilé, al planear y escribir este libro, en dejar de lado las escasas experiencias que en mi primera edad me anti-*

*ciparon la visión pesimista de la vida humana, que un poco más adelante me había de descubrir la soberanía del dolor en nuestra existencia y el hito indestructible de la muerte clavado en el ignorado final de nuestro camino. No he querido que esos contados misterios de dolor enturbiasen la diáfana pureza, la cándida inocencia de mi infancia, que, como un celeste aroma, he querido que perfumasen los capítulos de este libro. De esta suerte la nota dolorosa quedará fuera o al margen de este libro y éste conservará la unidad que yo tenía la firme voluntad de prestarle. Si algún texto fuese apto para servir de lema a este libro, sería éste: La infancia del hombre es el paraíso anticipado.*

*Una advertencia final. El lector encontrará en el texto del libro algunas anécdotas repetidas en dos pasajes de diferentes capítulos. Y he de advertir que esta repetición ha sido hecha por el autor con plena conciencia. Son anécdotas que iluminan las dos narraciones en los casos en que tienen plena aplicación a una y otra.*

M. M.

# LA CIUDAD DE LAS TRES SOLEDADES

(A guisa de Prólogo)



Imitando a Mignon, aquella adorable jovencita italiana, artista vagabunda, en la que Goethe encarnó su nostalgia de la claridad mediterránea, quiero empezar mi libro en la misma forma interrogativa de su célebre canción «¿Kennst du das Land wo die Zitronen blühen?» (¿Conoces el país donde florecen los limoneros?). Y así pregunto al lector: «¿Conoces la ciudad de las tres soledades?»

Yo conozco muy bien esa ciudad, la ciudad que ha tenido sobre mí la virtud de prenderme en la red hechizada de sus encantos. No la nombro porque estoy seguro de que mis lectores sentirán acudir su nombre a sus labios mucho antes de llegar al punto final de mi artículo. Dejadme decir que para mí las soledades son el máximo atractivo de una ciudad hermosa. Sin ellas no podemos sentir el latido de su alma, que se apaga a nuestros oídos al naufragar en la caótica baraúnda de las calles. Y al hablar de soledades, no me refiero a los desiertos y páramos desolados de los suburbios y afueras de una ciudad moderna. Las soledades de las que me propongo hablar las encontramos más bien en el centro, en el mismo corazón de la ciudad, en una calle poco transitada, en un jardín urbano, en un patio recóndito, en un paseo poco frecuentado. Y éste es el caso de las soledades de las que ahora intento escribir la loa. No son las que estoy glosando las soledades románticas que cantaba el Petrarca enamorado cuando escribía: «Solo e pensoso i piú deserti campi — vo misurando a passi tardi e lenti», ni las que glosaba Lope de Vega en su conocido romance: «A mis soledades voy — de mis soledades vengo». Cada una de las tres soledades de esa

ciudad no es la que gravita en el pensamiento del que las goza, con independencia del ambiente en que la soledad florece, como sucede en los versos que acabo de citar. Es una soledad inmanente en el paisaje, una soledad que se nos impone desde fuera, invitándonos a sumergirnos en su misterio, una soledad que nos habla y que nos canta y nos inunda el alma de su hechizo: la soledad, en fin, que canta San Juan de la Cruz y que él mismo nos define en dos versos maravillosos: «La música callada — la soledad sonora». Sonora de todas las voces en sordina y de todos los cantos balbucientes con los que nos invita a entrar en nosotros mismos y a penetrar el misterio del mundo. Música callada que percibimos más que oímos, vibración secreta de un leve susurro interior en el que nos parece reconocer la voz de Dios.

De las tres soledades de esa ciudad una la ha hecho la Naturaleza ayudada por el arte. Un grandioso balcón sobre el mar que se extiende a nuestros pies hasta un arco de horizonte inmensurable. Una visión subyugadora que nos da idea del Infinito, que nos arrebató el alma fuera del mundo y nos la impele hacia el luminoso abismo del éxtasis. Es una soledad mágica de infinitas variantes. La magia está activa todas las horas del día. Pero el conjuro y el embrujo empiezan su obra de prodigio al atardecer. La playa, las nubes, las peñas, las casas, los jardines, las lejanías de la costa reciben las oleadas de luz del sol poniente, el gran mago, que, al resbalar por las sierras lejanas, lo reviste todo a cada instante de nuevos y fugaces matices: oro, cobre, ámbar, amatista, rosa, carmín, esmeralda, zafiro, ópalo y nácar. ¿Conoces, lector, otra ciudad en que uno pueda asomarse al Infinito desde la cumbre de un peñón, hoy convertido en maravilloso paseo?

La segunda soledad es una soledad íntima y recoleta, una soledad mística. Ha sido la fe cristiana la que la ha creado. Se encuentra refugiada y silenciosa en el seno de la catedral. Es la soledad incomparable del claustro románico, abrigado por la inmensa mole del campanario, el ábside y el cimborio. Allí todo nos habla de Dios. Es cierto que también nos habla

la voz misteriosa de los siglos que fueron. También en esa soledad es la hora crepuscular la que nos convida a deambular sosegadamente levantando, con nuestros pasos, los ecos dormidos en las losas milenarias, y a oír, con un íntimo y dulce sobresalto, el tañido suave y poderoso de las horas que cantan en el campanario, y el piar de algún gorrión escondido en la tupida fronda de sus cipreses.

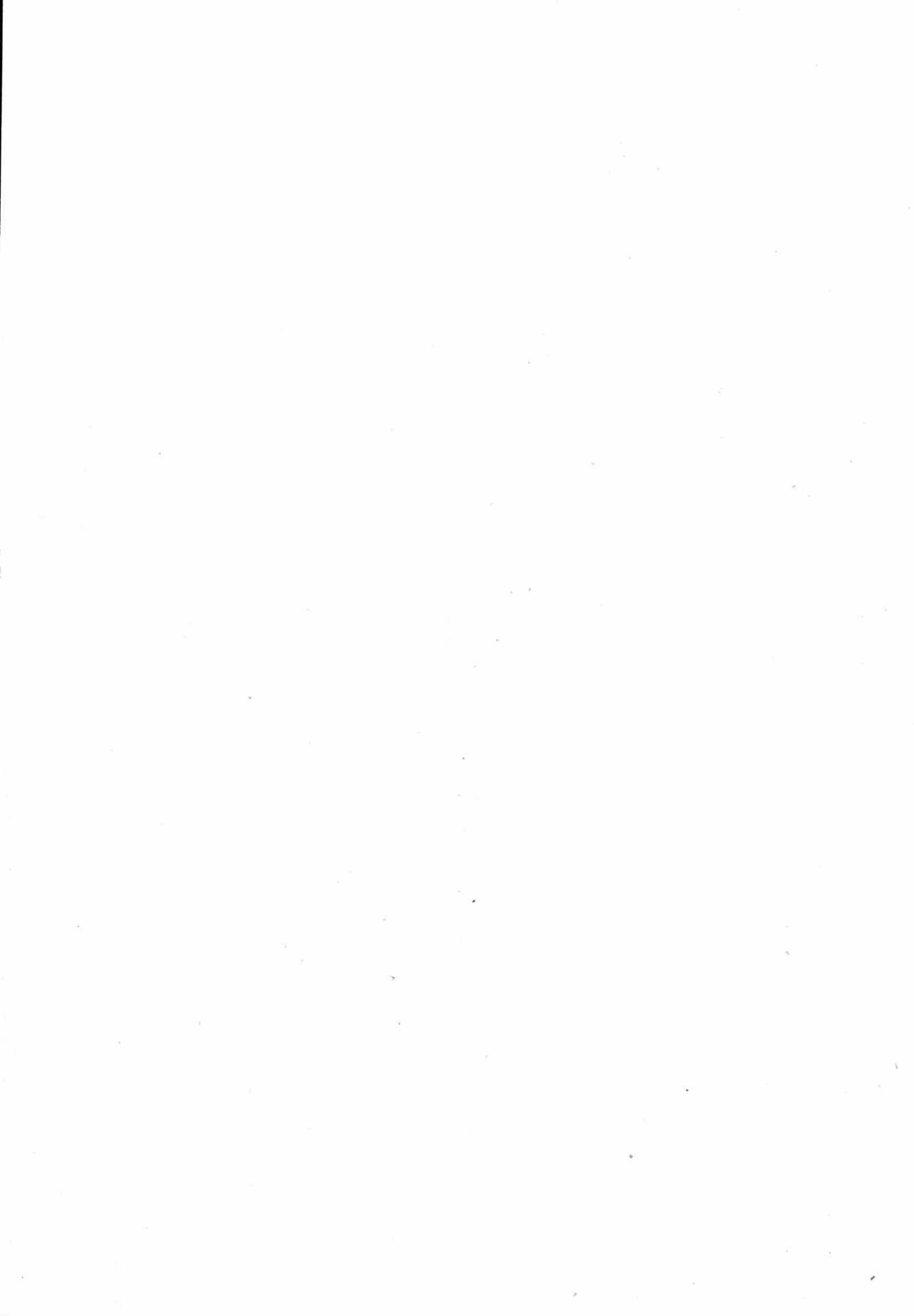
La tercera soledad es la evocadora de remotos y gloriosos tiempos. Es parcialmente obra de Roma. La base está formada por un lecho de piedras megalíticas, construídas, tal vez, bajo la dirección de los romanos, por los nativos del país. La evocación de la majestad de la antigua Roma que emana de estas piedras doradas por el sol durante más de dos mil años, es de una formidable intensidad. Lo es sobre todo cuando, en un cielo límpido, las murallas, con su más alta torre que las preside, están sumergidas en el fulgor del sol al bajar al ocaso entre las nubes arreboladas y al hundirse entre las crestas de los montes lejanos y estallar en un incendio grandioso que convierte las murallas en una gigantesca y deslumbrante ascua de oro.

Esas tres soledades nada tienen que ver con el significado que en antiguo castellano tenía la palabra «soledad». «Soledad» significaba también tristeza, melancolía, nostalgia, como lo significa la palabra portuguesa «saudade». Esas tres soledades no son misterios de dolor, ni de melancolía. Son misterios de gloria para los hombres de intensa vida contemplativa, pues cantan respectivamente la gloria de la Creación, la gloria de Cristo y su Iglesia y la gloria de Roma, progenitora de nuestra civilización.



I

TARRAGONA



## MI CIUDAD

Mi ciudad es Tarragona. Nací por casualidad en Barcelona el 30 de abril de 1877 en la que es hoy Plaza de la Universidad, en el primer piso de la casa que hace esquina con la Gran Vía. Mi familia tenía piso en Barcelona, donde alguna que otra vez pasaba cortas temporadas. De la casa donde nací no tengo ningún recuerdo, porque poco después nos trasladamos a un piso de la Ronda de San Antonio.

Tarragona no es sólo la cuna de mi padre y la de casi todos mi hermanos, sino además la de mis antepasados desde el siglo xvii, en que Agustín de Montoliu, un segundón de la rama principal de la familia, los Barones de Bon Repós, residentes en la ciudad de Valencia, pasó a Cataluña donde se casó y fundó en Tarragona la rama lateral de la familia. Es curiosa la historia de los Montoliu. Radicados en la ciudad y campo de Tarragona desde el siglo xi, uno de sus vástagos, Guillermo de Montoliu, tomó parte en tiempo de Jaime I el Conquistador en la conquista de Valencia y fijó su residencia en este Reino donde le tocaron en suerte tierras y posesiones en virtud del repartimiento que el Conquistador hizo de las tierras de los moros entre los nobles que le habían ayudado en la empresa. De suerte que la rama principal de los Montoliu salió de Tarragona para Valencia en el siglo xiii para volver al cabo de cuatro siglos a las mismas tierras de su origen, donde, como digo, don Agustín fundó nuestra rama lateral, que hoy es la principal, pues la de Valencia se extinguió en el siglo pasado. Es de advertir que con el traslado de Guillermo de Montoliu a Valencia no se ex-

tinguió mi familia en Tarragona. A lo largo de los siglos aparecen varias familias Montoliu en el Campo y Ciudad de Tarragona. No intentaré resumir aquí la historia de mi esclarecida familia, una de las más antiguas de la nobleza feudal de Cataluña. Solamente quiero dejar consignado que el eminente historiador D. Joaquín Miret y Sans me dijo más de una vez que a base de los documentos de mi familia que se hallan en el Archivo Nacional de Madrid yo podría reconstituir la genealogía de los Montoliu desde el siglo xi. Ello se explica, porque con la ruina y la extinción de los barones de Bon Repós de Valencia, que era la rama principal, los papeles de la familia fueron a parar íntegros al mencionado Archivo. El archivo que se guardaba en mi casa paterna era en su mayor parte procedente de la familia Eril, señores de Pilzán y Benabarre que se vinculó con la familia Montoliu al casarse el último vástago femenino de aquella casa señorial, D.<sup>a</sup> Cecilia de Eril, hija única, con uno de mis antepasados del siglo xviii, jefe de nuestra familia.

No quiero extenderme tampoco sobre la tradición existente en mi familia que la hace descender de los territorios del Sur de Francia de donde vinieron a Cataluña, junto con muchas otras familias nobles, con los ejércitos libertadores de Ludovico Pío. El hecho es que mi padre conoció en Tolón al Barón de Montoliu que tenía una sola hija, la cual murió soltera y sin descendencia. Esta rama francesa de los Montoliu había conservado de generación en generación la tradición de descender de la familia de San Cipriano, obispo de Tolón, que vivió no recuerdo si en el siglo vi o vii y se distinguió como acérrimo debelador de las herejías de su tiempo. Los miembros de la familia Montoliu de Tolón tenían el privilegio de acompañar con un artístico farol en la mano la urna donde estaban depositados los restos del Santo, donativo de un heredero de la casa Montoliu de Tolón en el siglo xvi. Esto es, en substancia, lo que el Barón de Montoliu contó a mi padre y lo que éste nos contó a mí y a mis hermanos.

### Nuestra casa

Tarragona es, pues, mi patria, porque lo es de una larga serie de generaciones de mis antepasados y porque en ella transcurrió mi infancia y mi primera juventud. De Barcelona, concretamente, no conservo ningún recuerdo de niño. Mi familia pasó definitivamente a vivir en Barcelona sólo al sobrevenir la ruina y la muerte de mi padre en Octubre de 1899 cuando yo tenía ya más de veinte años.

La casa de mis padres estaba — y está aún hoy con su bella y espaciosa entrada — en la típica calle de Caballeros. Como su mismo nombre indica, en esta calle había las casas de varias familias de la nobleza tarraconense: los Balle, los Vallgornera, los Batlle, los Basora, los Foixá, los Ixart, los Castellarnau y los Montoliu. Puede decirse que estas antiguas familias han emigrado todas bien a otras calles más modernas de la ciudad, bien a Barcelona. La calle de Caballeros, angosta y embaldosada como todas las buenas calles antiguas, ha sido siempre una calle quieta, poco frecuentada y silenciosa. En mi tiempo sólo se animaba cuando caía un fuerte chubasco y cuando acertaba a pasar por ella el pregonero de la ciudad. Cuando la lluvia era torrencial la calle ofrecía un aspecto imponente. Las canales de los tejados vomitaban agua a cataratas que se estrellaban en las losas con un ruido tan ensordecedor como simpático y agradable. ¡Qué delicia para mí y mis hermanos, cuando éramos niños, penetrar en un día de lluvia fuerte en nuestra calle, viniendo de la escuela, y chapoteando por los grandes charcos ponernos con el paraguas abierto debajo de los chorros impetuosos que arrojaban las canales mientras cantábamos a grito pelado: *¡Que petin, que petin, que petin les canals!* La llegada del *nunci* a nuestra calle era un acontecimiento sensacional. Una de sus paradas la hacía en la esquina de las calles de Caballeros y Mediona frente mismo a uno de los balcones de la gran sala de nuestra casa. Tan pronto oíamos el te-te-re-té de la larga trompeta del funcionario municipal, corríamos todos al balcón ansiosos de

oír los divertidos anuncios del pregonero. Este, rodeado de una turba de chiquillos, empezaba a endilgar la a veces larga serie de avisos y noticias interesantes para los ciudadanos. De ellos sólo conservo el recuerdo de uno que por la gracia que nos hizo se nos quedó grabado en la memoria a todos los hermanos. Decía el «nunci»: *Qui desitgi tenir una bona dida, que vingui a mí... que l'hi trobaré.* La ovación cerrada con que este ofrecimiento fué acogido por la chiquillería ahogó la voz del pobre pregonero.

### *La Catedral*

La Catedral de Tarragona ha dejado grabados en mi memoria muchos recuerdos. Los cuatro hermanos, cuando aún éramos niños, íbamos todos los domingos acompañados por nuestro padre al Oficio de la Catedral. Ibamos los cuatro provistos de nuestros Eucologios. Mi padre que era un entusiasta y devoto de la Sagrada Liturgia, y en ésto un católico muy adelantado a su tiempo, nos enseñó ya desde niños el manejo del Misal. Asistíamos al Oficio de pie junto a la primera pilastra de la nave central del lado de la Epístola, contigua a la verja del presbiterio. Recuerdo que mi padre era muy exigente en todo lo que se refería al ceremonial sagrado y criticaba la negligencia y la falta de gravedad que en aquellos tiempos se hacía notar, por lo general, en los oficiantes y en los acólitos de la Catedral. Lo que más le indignaba y sacaba de sus casillas era el desparpajo y la desfachatez con que un monaguillo después del *pax Domini sit semper vobiscum*, daba a besar a los fieles el porta-paz. Lo empuñaba cual si fuese una porra de boxeo y lo plantificaba sin miramientos en los labios y las narices de los asistentes mientras repetía, gritando con voz destemplada: *Pax tecum, Pax tecum.* Esto ponía frenético a mi padre y a nosotros nos hacía gracia y nos daba risa. Con el organista tampoco estaba conforme. Tocaba siempre con los registros de voces más débiles y aflautadas unos aires y unas melodías finas, suaves,

ligeras. «¿De qué le sirve, exclamaba mi padre, a este buen maestro tener a su disposición un inmenso órgano si no echa mano de los recursos de que dispone para dejar oír una música grandiosa tal como corresponde a la majestad de Dios y del culto sagrado?» Lo cierto es que de aquellos grandes tubos del órgano no más salían aires frívolos de gavota y minué.

Dos cosas principalmente me impresionaban en esta imponente y majestuosa catedral de Tarragona. Una de ellas era la Capilla del Santo Sepulcro, adosada al coro. Recientemente se ha quitado la verja, con muy mal acuerdo, a mi parecer. La verja completaba admirablemente la honda impresión de misterio que producía aquella oscura puerta, iluminada tan sólo por la llama vacilante de la lámpara que reflejaba su claridad mortecina en aquellas figuras hieráticas de rostros barbudos de los discípulos del Señor y las facciones, contraídas por el dolor, de las tres Marías que con aquellos velan en pie alrededor del Cuerpo de Jesús tendido en la urna de cristal. ¡Cuántos momentos de terror pasé yo de niño al cruzar por delante de esta misteriosa capilla y vislumbrar entre las sombras del atardecer la pálida y temblorosa claridad de la lámpara resbalando por entre los pliegues de las túnicas y por las pavorosas facciones de aquellos inmóviles rostros de piedra! Y aún se hizo más hondo mi pavor, desde que me contaron que al entrar los franceses en Tarragona y saquear la Catedral, un soldado, para apoderarse de un rico anillo que la estatua yacente del Señor llevaba en el dedo pequeño del pie derecho, no vaciló en arrancar sacrílegamente el dedo. Efectivamente, puede verse todavía este pie mutilado de su dedo pequeño.

Otra cosa me infundía el más vivo terror en la Catedral de Tarragona. Era la Virgen de la Guía con el Niño Jesús entre sus manos, que se venera en una de las Capillas del Claustro. Aquella cara agigantada y de expresión infantil, aquellos ojos tan abiertos, que miran tan fijos en el vacío, de esa vieja Virgen, me inspiraban miedo más que devo-

ción.. Y el miedo creció aún en mí, desde que me contaron una leyenda piadosa acerca de esta imagen. Una señora de Tarragona que era una gran pecadora había conservado en medio de sus extravíos una tierna devoción a la Virgen de la Guía. En prenda de sus piadosos sentimientos quiso obsequiar a la Virgen y a su Divino Niño haciendo para los dos un rico traje de terciopelo bordado de oro. ¡Cuál debió ser la sorpresa de la señora cuando al cabo de unos días de haber puesto los nuevos y ricos vestidos a las dos Imágenes, observó que las bonitas sandalias con que había calzado al Niño, mostraban evidentes señales de haber sido arrastradas por el suelo! Volvió a hacer nuevo calzado y al cabo de unos días notó lo mismo. La señora contaba el extraño hecho a cuantos encontraba a su paso. Al cabo de cierto tiempo se esparció el rumor de que alguien había visto por la noche al Niño desprenderse de los brazos de su Santísima Madre, poner los pies en el suelo y ponerse a andar y dar vueltas y más vueltas por el claustro, hasta que llegadas las primeras luces del día se volvía a encaramar en el regazo de su Madre y quedar inmóvil en sus brazos. La señora creyó ver en todo esto un aviso del cielo y postrándose a los pies del confesor se arrepintió de todos sus pecados. El calzado nuevo que regaló entonces, por quinta o sexta vez al Niño Jesús no mostró ya, como los anteriores, señal alguna de haber hollado el pavimento del claustro, y al día siguiente cuentan que al mirar a la Virgen y al Niño, la señora creyó ver por un instante que una y otro le sonreían con una leve y dulcísima sonrisa.

#### *Conventos de monjas de clausura*

En Tarragona, hoy todavía, son numerosos los conventos de monjas de clausura. Mi padre era protector de varios de ellos. Recuerdo a lo vivo las visitas que hacíamos acompañando a mis padres, a las Monjas Carmelitas Descalzas, a las de la Enseñanza, a las de Sta. Clara. Las primeras tenían, y creo que aún lo tienen un convento muy espacioso encerra-

do dentro de las calles angostas y solitarias de la parte alta de la ciudad. Nada más lóbrego he visto en mi vida que su locutorio donde en nuestras visitas pasábamos media hora no ya asomados, sino clavado el rostro contra los agudos pinchos de hierro con que estaba defendida la espesa verja, tras la que aparecían como fantasmas las silenciosas siluetas de las monjas envueltas en una semiobscuridad que no permitía distinguir ningún detalle de la pieza ocupada por ellas. Aún siento el olor del aire húmedo y confinado que despedían las paredes enmohecidas y las grandes baldosas gastadas del pavimento.

No recuerdo haber entrado nunca en el Convento de Sta. Clara, hoy desaparecido. Estaba situado en la peña, encima del Paseo del mismo nombre del Convento, llamado el Balcón del Mediterráneo, pues que, con la vista grandiosa del mar que desde él se disfruta, es una de las maravillas de la ciudad. Ya de niño, muchas veces que pasábamos en el coche, camino de la playa de la Sabinosa, pensaba en el consuelo que debían sentir las monjas reclusas en ese convento al poder contemplar desde su huerto aquella inmensidad de mar y cielo a la que está asomada la ciudad. De seguro que si hubiese vivido en nuestros tiempos su padre el Serafín de Asís y las hubiese visitado, les habría hecho un sermón sobre las puras delicias espirituales que la bondad de Dios nos ha concedido a los hombres en la contemplación de la naturaleza y les habría enseñado a mirar al hermano Sol y al hermano Mar como motivos para elevar sus almas a la alabanza de su Creador y darle gracias por la sublime irradiación de su belleza infinita que nos inunda al asomarnos a ese estupendo Balcón infinito.

Las monjas de la Enseñanza y las Descalzas correspondían todos los años a la protección que les dispensaban mis padres con obsequios muy gratos al paladar: aquéllas con algunas arrobas de riquísima confitura de acerolas, especialidad de la que tenían ellas el secreto; éstas con una inmensa bandeja de *matons*.

## *La Escuela*

En la parte alta de la ciudad, en medio de ese laberinto de calles y callejas oscuras, angostas y angulosas, estaba la escuela primaria que mis hermanos y yo frecuentamos. El maestro era un gran tipo de dómine de levita, mojicón y palmeta. Por lo que recuerdo, frecuentaban aquella escuela niños de familias muy modestas, lo que no era obstáculo a que recibiésemos en ella la enseñanza de las primeras letras algunos niños de las casas principales de la ciudad. Entre mis compañeros recuerdo a Rafael de Azara, hijo de los Condes de Azara, Antonio de Salas, hijo del coronel de Artillería Don Javier y a Miguelito Fons, hijo del Presidente de la Audiencia. En esa escuela presencié escenas innarrables de palmetazos y mojicones, amenizadas con los salvajes alaridos y los convulsivos sollozos de las víctimas. En aquella escuela era escrupulosamente respetada por el maestro la diferencia de clases sociales. No había entrado en ella ninguna innovación del progreso democrático. Tanto era así, que los niños de familias nobles y distinguidas gozábamos del privilegio de formar en el aula, un grupo aparte y de la absoluta exención de los bárbaros castigos corporales. Parecerá a algunos mentira: yo, como los restantes compañeros privilegiados, encontrábamos naturalísima esta diferencia de trato, lo que prueba hasta qué grado influye en nuestra educación moral la tradición imperante en el medio ambiente que hemos encontrado en los años de la infancia. ¿Qué duda cabe que si no hubiese sido el hundimiento de mi familia y la ruina de mi padre, la cual me forzó a descender algunos grados en la categoría social, yo me hubiera resentido toda la vida, en mi mentalidad y en mi conducta, de los malos ejemplos que presencié con plena impasibilidad en aquella escuela? Y para que se vea cuán hondo llega a calar en nuestra alma la impasibilidad y la indiferencia ante el dolor y la injusticia, tengo que añadir un detalle monstruoso cuyo solo

recuerdo todavía me horroriza. Es el caso que al observar que el maestro usaba una palmeta vieja y mugrienta, los compinches aristocráticos de la escuela acordamos regalarle otra nueva y flamante, digna ejecutora de los ejemplares castigos con que él ponía en práctica aquel venerable principio pedagógico de «la letra con sangre entra». Y, en efecto, al llegar a casa, no sé si yo sólo o asesorado por mis hermanos, elegí entre los trastos familiares una palmeta lisa, recia y reluciente. No me fijé en la cara que ponía el dómine cuando con la mayor naturalidad le hice presente de aquel instrumento tan eficaz de la educación espartana que se estilaba en su escuela. Lo único que recuerdo es que la aceptó y que hizo en lo sucesivo buen uso del terrible palo. Y éste fué mi primer pecado de crueldad, de malas entrañas, que no por ser niño de cinco o seis años cuando lo cometí, ha dejado de remorderme durante toda la vida. He sido, gracias a Dios, hombre de alma compasiva y sensible a todas las injusticias, pero este recuerdo angustioso de mi infancia me ha servido para convencerme perfectamente de que todos los humanos llevamos dentro de nosotros desde que nacemos un monstruo, una bestia que es preciso vigilar y tener firmemente sujeta, como nos enseña la doctrina cristiana. Por lo demás, el maestro era un buen hombre, un infelizote con todos los prejuicios de su clase social y de su época. De vez en cuando se nos presentaba en casa para saludar a mis padres. Iba bien vestido con limpieza y flamante levita y su rostro gordiflón aparecía esmeradamente rasurado. Nosotros temíamos como una peste esas visitas del maestro, porque tenía la costumbre de imprimir un ruidoso y efusivo ósculo de sus labios húmedos y carnosos en nuestras mejillas.

### Los «Xiquets de Valls» (1)

Muy vivo es el recuerdo que conservo de los castillos humanos de los «Xiquets de Valls» que en los tiempos de mi niñez estaban en toda su pujanza. Los días clásicos de los «castillos» eran los de la fiesta del Patrón de Tarragona, San Magín, el 19 de Agosto. En el llano inferior de la catedral, al pie de la escalinata que lleva a ésta, se desarrollaba aquellos días un pugilato verdaderamente épico entre las tres *collas* más famosas del Campo de Tarragona: La *Nova* y la *Vella* de Valls y la de Tarragona. Al mediodía, bajo un sol canicular que hacía reverberar las piedras seculares de los vetustos edificios levantados en aquel sitio de la ciudad y hacía arder las losas del pavimento, las tres *collas*, en noble y enconada competencia, levantaban sus atrevidas y palpitantes torres humanas, derrochando prodigios de agilidad, destreza y resistencia, al son viril y agreste de la música tan sugestivamente descriptiva de las dos *grallas* y el tamboril, que llenaba los aires incendiados de un mediodía de Agosto de sus agudas, trémulas y escalofriantes vibraciones tan expresivas del tembloteo de aquellos castillos de músculos humanos en hercúlea tensión. Una tras otra se hacían y se deshacían aquellas torres cuyas piedras eran criaturas humanas que trepaban y se encaramaban agarrándose con pies y manos por las piernas, espaldas y hombros robustos de los que, anudando y entrelazando sus brazos atléticos en grupos o círculos de dos, tres o cuatro, servían de firmes bases a los airosos pináculos formados por adolescentes y niños de hasta siete a ocho años. Lo blanco de los calzones y de las camisas y lo rojo de las fajas y de los graciosos pañuelos liados en la cabeza, formaban una nota deslumbrante de color cuando el niño más pequeño, *l'enxaneta*, poniéndose a horcajadas sobre

(1) El tema de los «Xiquets de Valls» vuelve a ser tratado con mayor amplitud en este libro.

otro agachado, y levantando la mano, y soltando a veces una paloma que llevaba metida en la faja, daba la señal de que el castillo humano se había coronado ya con su atrevida aguja. La construcción de las torres era rápida, y más lo era todavía su desmoronamiento piedra a piedra, que se hacía con un orden y una simetría impecables. Pero, el momento de la máxima emoción era cuando el castillo a medio hacer, formado ya por tres o cuatro pisos, empezaba a temblar y a palpitarse bajo las zarpas elásticas de los niños trepadores que habían de formar los últimos peldaños. Los espectadores sentíamos que el corazón nos latía con violencia, que iba a faltarnos el aliento y un escalofrío recorría nuestros miembros ante aquel gran temblor que se apoderaba del castillo y que parecía amenazar con un súbito y caótico derrumbamiento. Y a veces caía. Pero la caída del castillo era otra obra de arte, pues no era caída catastrófica y desordenada; era un suave deslizarse hacia abajo, era un hundirse silencioso hacia el centro del castillo, era un dejarse caer en el bosque de brazos nervudos que recogían a los xiquets en su regazo.

Una de las proezas que en aquellos tiempos realizaban los *Xiquets de Valls* hubiera sido digna de figurar en los Juegos Olímpicos de Grecia y de ser celebrada en un epinicio de Píndaro. Era la última prueba, la más difícil y arriesgada en la competencia de las *collas*. Levantaban un *espadat*, esto es, un castillo de un hombre sobre otro, niños los dos o tres últimos. Cuando estaba formado, había de subir, siempre tenso y erecto, la gran escalinata de la catedral, volver a bajarla, y seguir calle Mayor abajo, y por la Bajada de la Misericordia y la Plaza de la Fuente llegar frente a la fachada del Palacio del Ayuntamiento. ¡Esfuerzo heroico que algunas veces salía triunfante!

Otra costumbre muy pintoresca tenían las *collas* de los *Xiquets*. Durante los días de la fiesta mayor de Tarragona iban a visitar las casas principales de la ciudad, donde se les obsequiaba con pastas, frutas y vino y con una suma de dinero. La gracia de estas visitas consistía en que no entraban

por las puertas, sino por los balcones. Hacían un *espadat* frente al portal de la casa y los tres últimos *xiquets*, agarrándose con pies y manos a las barandas de los balcones, saltaban al interior de la casa, mientras los restantes entraban por la escalera. La admiración con que yo contemplaba aquellos intrépidos rapaces no tenía límites. En casa de mis padres todos les llenábamos de confites y de palabras halagüeñas y mi padre no dejaba marchar a la *colla* sin una buena propina y un vaso de buen vino. Puedo asegurar que a los *Xiquets de Valls* debo la primera lección de heroísmo aprendida en mi vida.

Muchas calles de Tarragona me recuerdan las procesiones y los antiguos bailes populares que las animaban en las grandes festividades en los tiempos de mi infancia.

### Juan

Juan era el cochero de nuestra casa, y al mismo tiempo servía de criado. Servía a la mesa, hacía de ayuda de cámara a mi padre y se encargaba de las más variadas diligencias. Cuando yo era un niño, Juan debía tener unos 30 años. Era hijo del Morell, donde mi padre tenía fincas importantes. Era guapo, con esta guapeza clásica, caracterizada por una notable corrección de facciones, que tan frecuente es entre los hombres en el campo de Tarragona. Herencia indudable de los romanos.

Juan, como he dicho, era el cochero de casa. Entró muy joven al servicio de mi padre. Era de carácter jovial, dicharachero. Era un archivo viviente de anécdotas, chistes y chascarrillos populares, bastantes de ellos de fondo picaresco y color subido. Su quehacer principal era el cuidar del coche y de las mulas. Mulas y no caballos. Mi padre conservó toda su vida una especial afición a todo lo de Mallorca. Hija de la isla era mi madre. Mi padre, de resultas de su matrimonio y además por la amistad y simpatía que siempre profesó a su padre político y abuelo mío, Don Pascual de Togores, Conde

de Ayamans, adoptó, al constituir familia, varias costumbres típicas mallorquinas. Efecto de esta predilección fué el usar como carruaje habitual una típica galera mallorquina, coche de cuatro ruedas y pescante con un tiro de dos auténticas mulas mallorquinas que llevaban los nombres de Linda y Morena.

Juan era la diversión mía y de mis hermanos. En nuestra presencia siempre rebosaba de buen humor. Cuando salíamos en coche nos disputábamos los dos asientos que había en el pescante a más del suyo. Entre un ¡Arre Linda! y un ¡Arre Morena! Juan desataba la inagotable vena de sus cuentos, recuerdos y canciones que nos hacían desternillar de risa.

Juan tuvo un importante papel en mi educación y, supongo que también en la de mis hermanos. Como he dicho, muchos, por no decir, la mayoría de sus chascarrillos eran más o menos escabrosos. Con ellos me introdujo insensiblemente y bajo una espesa lluvia de carcajadas en el conocimiento de los misterios de la vida sexual. ¿Será quizá demasiado atrevido afirmar que mis descubrimientos en ese mundo entonces desconocido y lejano para mí, no ejercieron en mi alma infantil ningún influjo funesto y perturbador? Yo no recuerdo que mi inocencia infantil sufriese en esos coloquios con Juan ninguna conmoción ni excitación malsanas o prematuras. Eran tan rústicas, tan simples, tan limpias de toda perversidad de los instintos las divertidas historietas de Juan, que una vez extinguidas las carcajadas con que yo y mis hermanos las escuchábamos, recuerdo que me hacían entrar en serias reflexiones sobre aquel mundo desconocido cuyos primeros velos me recorría el jovial criado de mi casa. Nadie, que yo sepa — ni la misma Iglesia — ha fijado ni dictado el método y los procedimientos para conseguir que el descubrimiento de los misterios de la vida sexual resulte para los niños inocuo y exento de peligrosas derivaciones. De mí puedo decir que, a pesar de este ejercicio continuo al que me sometió Juan con sus anécdotas escabrosas durante los prime-

ros años de mi niñez, pude conservar mi inocencia infantil hasta una edad bastante avanzada en relación con lo que se acostumbra ver en la generalidad.

Y la razón de tal resultado es, a mi parecer, que el improvisado maestro de mi instinto sexual satisfacía puramente mi curiosidad intelectual; y así el conocimiento puramente teórico o abstracto que de toda la vida sexual tenía ya desde una edad en que los instintos no han despertado todavía, impidió que los descubriese en los años de mi pubertad cuando tales descubrimientos no se realizan sino con una peligrosa excitación de los instintos que fatalmente invitan a una inmediata aplicación práctica. Yo no sé lo que pensaba mi padre, cuando desde dentro de la galera nos oía estallar en continuas risotadas. Es indudable que sabía perfectamente la calidad de lo que nos contaba Juan en su regocijada charla. Pero nunca — lo puedo asegurar — nuestro padre nos hizo la más mínima recomendación, ni nunca nos previno con un aviso a este respecto, así como tampoco trató, mediante una reprensión a su criado, de poner término ni límite a sus picarescas chocarrerías cuando estaba en nuestra compañía.

Juan entró muy joven, como he dicho, al servicio de mi padre. Según contaba él mismo, su carácter alegre y la amabilidad de su trato le valía grandes éxitos entre las jóvenes criadas de mi casa. A tal grado llegaron los celos que despertaba en ellas, que con frecuencia se producían riñas y pendencias y el orden y la buena marcha de la casa se perturbaba seriamente poniendo en verdaderos apuros a mi madre. Y Juan contaba que mi madre, previa consulta del caso con mi padre, tomó la determinación de casarle inmediatamente con alguna de las criadas jóvenes. La elección que hizo mi madre al principio, no fué del gusto del interesado, porque mi madre, con un gran sentido práctico y realista, no se fijó en la belleza ni gentil apostura de la candidata, sino puramente en sus cualidades morales. Y así escogió e impuso a Juan una chica formal, seria, cumplidora, limpia, diligente y haciendo-

sa, con buenas manos para coser y guisar y con todas las aptitudes que han de adornar a una futura madre de familia. Antonia, que así se llamaba la escogida, resultó, efectivamente, un trasunto de la mujer fuerte de la Biblia; pero era francamente, intolerablemente fea y sin ningún atractivo corporal. Con todo, Juan y Antonia fueron felices en su matrimonio y padres de una numerosa prole.

### *La Sabinosa*

Con este nombre de sabor tan clásico es conocida una de las playas cercanas a la ciudad, y, en mi opinión, la más bella de todas. Con su finísima arena, con su suave declive, tan suave que habían de darse muchos pasos para encontrar fondo, con su abrigada situación entre dos grandes roquedales, entre los que traza una graciosa y no muy extensa curva, y con su blanca casa de pescadores, hoy en día derruida, constituía para toda nuestra hermandad un indecible encanto durante la temporada de baños. Esta se inauguraba el día de la Virgen del Carmen, a mediados de Julio y terminaban matemáticamente el día de San Magín, patrón de la ciudad de Tarragona, que se celebra el 19 de Agosto. Ibamos a la playa en la galera, a las tres o cuatro de la tarde, bajo un sol abrasador y entre nubes de polvo incandescente. Mi familia tenía en la Sabinosa una modesta barraca, hecha de esteras, dividida en dos compartimentos. Me ha quedado impresa en la memoria por toda la vida, la gratísima emoción del momento en que el coche, saliendo del pedregoso camino que unía la playa y la carretera y producía una violenta trepidación en todo el carruaje, entraba súbitamente en la playa propiamente dicha y se deslizaba silenciosamente por la arena. Pasábamos en la playa casi toda la tarde y allí merendábamos y alguna que otra vez encargábamos a la Ventura, que así se llamaba la mujer de aquella casa de pescadores, que nos guisase para cenar algún típico y sabroso plato de pescado o una sopa de cangrejos. La algazara que levantábamos con nues-

tra desbordante alegría no es para descrita. Los cuatro hermanos aprendimos a nadar. Fué mi madre la que más insistió en que se nos enseñase a nadar desde nuestros primeros años. Nada tiene esto de extraño, pues, según ella nos contaba, su padre, o sea, nuestro abuelo de Mallorca había hecho aprender desde pequeñas a sus tres únicas hijas a nadar con un procedimiento muy práctico y tremendamente expeditivo. Su maestro de natación, que era un pescador, llevaba a sus alumnas a lo alto de una roca cortada a pico sobre el mar; y sin mediar previo aviso les daba un empujón y una tras otra las lanzaba al agua y él tras ellas. Excusado es decir que de esta primera heroica lección salían aquellas niñas sabiendo sostenerse en el agua o poco menos o en todo caso habiendo perdido el miedo al agua.

El pescador que a nosotros nos tocó en suerte para maestro de natación no procedió con un método tan radical. Sus métodos eran racionales y explicativos y sobre todo de carácter práctico. Era un mocetón alto y bien musculado. Había hecho su servicio en la marina de guerra. Oyéndonos hablar en castellano, él también nos hablaba como podía en la lengua de Cervantes y salía de sus labios cada disparate que no podíamos reprimir la risa. Sólo citaré uno muy gracioso: «Miren, nos decía mientras nos daba en el agua una lección viva, para nadar, tienen que poner las piernas arrugadas.» No había acertado la palabra equivalente a la catalana «arronçades».

## UNA EVOCACION

Una breve página arrancada, por decirlo así, del libro de memorias que tengo el propósito de escribir, me servirá para aportar mi modesto homenaje de admiración al «Diario de Barcelona» en el CL aniversario de su fundación, que hoy celebramos. Es un homenaje que, aunque de carácter íntimo y familiar, no deja de tener significación porque revela hasta qué alto grado encarnaba nuestro DIARIO el pensar y el sentir de un vasto y selecto sector de la más sana opinión pública del pueblo catalán en unos tiempos azotados por las más borrascosas corrientes de ideas y caracterizados por la caótica desorientación política, social y religiosa que reinaba en aquella triste y abatida España del siglo XIX.

Quiero sencillamente evocar ciertos recuerdos de los años lejanos de mi infancia y adolescencia pasados en mi casa paterna de la ciudad de Tarragona y, sobre todo, la figura de mi venerado padre, el Marqués de Montoliu, que con tanta dignidad la presidía. El triple ideal de tradición, religión y patria en que él educaba a sus hijos hacía de nuestra casa un hogar de la más pura espiritualidad; y el gran prestigio personal que la ejemplar austeridad de su vida y su incansable e inteligente actividad, tan rica en iniciativas para el progreso de su ciudad y de la nación, le habían granjeado entre sus conciudadanos, habían convertido aquella vetusta mansión en un foco de atracción y un lugar de cita, donde acudían a platicar y discutir en un ambiente familiar sobre las cuestiones candentes del día los que participaban de los mismos ideales y aspiraciones.

Toda comunión a base de ideas entre los hombres tiene su credo o su catecismo; esto es, una guía espiritual que es consultada en casos de duda y es obedecida como una especie de oráculo por los adeptos cuando se hallan en el trance de opinar en cuestiones difíciles u oscuras. Puedo decir que la «guía espiritual» que era incesantemente consultada en estas tertulias familiares de mi hogar paterno, era la voz de aquel genial periodista que tantos años empuñó con mano firme y vista serena el timón del «Diario de Barcelona», Mañé y Flaquer, aquella voz pletórica de la más sana doctrina.

Aún me parece ver, como si los tuviera vivos y presentes ante mis ojos, a aquellos asiduos concurrentes a la tertulia familiar de nuestra casa, reunidos con mi padre, después de la cena, alrededor de la gran mesa redonda de caoba en el centro del «cuarto de la chimenea», charlando animadamente, bajo la araña encendida, entre sorbo y sorbo de café, gozando del suave calor de la chimenea en las noches de invierno o del aire fresco del mar que entraba por el balcón abierto en las de verano. Y recuerdo, también, que apenas había día en que, en medio de las amigables discusiones que se entablaban entre los contertulios, no se leyese o comentase el «delantal» del día de nuestro diario y no se hablase de la situación internacional a base de las crónicas que enviaban al diario sus corresponsales en las más importantes capitales de Europa. Mi padre era más que un adicto, y más que un admirador de su gran director de entonces. Se honraba con su amistad, y recuerdo el entusiasmo con que comentaba muchas veces, después de leerlos en voz alta, en aquellas agradables reuniones, no sólo las ideas y las opiniones de sus artículos, sino también las invectivas y las explosiones de humor satírico o jocoso con que sabía esmaltar su inimitable estilo aquel gran maestro que adoctrinaba y educaba a la vasta masa de sus lectores con los frutos cotidianos de sus meditaciones y de su experiencia y con los dictados de su noble, entero y desinteresado amor a España.

Así aprendí ya desde mi niñez, en el ejemplo de mi involvi-

dable padre, a venerar al que era entonces el alma de nuestro «Diario» y a admirar en toda su firmeza y solidez a ese monumento del periodismo español, que hoy, al cumplir su CL aniversario, comienza ya a merecer ser calificado de multi-secular. ¡Que Dios le conceda aún muchos siglos de vida para bien de Barcelona, de Cataluña y de toda España y para el mantenimiento y defensa de los más nobles ideales de la civilización humana!

## EL RETRATO DEL ABUELO

Los que no han pasado los años de la infancia en esos palacios medio desvencijados o en esos viejos caserones en los que vivía en tiempos de antaño la gente noble y principal de villas, ciudades y pueblos, difícilmente pueden llegar a formarse una idea de la influencia que en la educación y en la formación del carácter y mentalidad del niño ejerce la sensación endémica del miedo. En esas casas inmensas tan pronto llega la noche, muchas de las piezas, grandes y pequeñas, se transforman, a los ojos de los niños, en tenebrosos cubiles donde se esconden en constante acecho todo linaje de duendes y fantasmas. En mi infancia las salas de mi casa paterna quedaban, o bien a oscuras, o, lo que era aún peor, débilmente iluminadas por la trémula llama de una espita de gas que hacía aún más medrosas las sombras vacilantes que aleteaban como misteriosos murciélagos por techos y paredes. Y el pavor que inspiraban esas lóbregas mansiones de sombras débilmente iluminadas por reflejos fantasmales, se hacía aún más impresionante cuando, como en nuestra casa, en el silencio helado en que estaban sumidas, sonaba el tic-tac obsesionante de un viejo y alto reloj de pared y se adivinaban, colgados en los muros, algunos retratos de antepasados de la familia, con sus pelucas y sus casacas, y, asido en la mano, un rollo de pergamino en el que se leía el nombre y las fechas del nacimiento y muerte de cada uno. Ciertamente era una empresa heroica para mí y mis hermanos atravesar de noche esas pavorosas estancias de misterio. Y así, siempre que nos veíamos forzados a hacerlo, las cruzá-

bamos con una candela o un candilejo encendido en la mano y a galope tendido.

Era necesario ese preámbulo para que el lector se diese cuenta de la impresión de terror que dejó impresa en mi alma infantil una anécdota que, a mi entender, reviste suficiente interés para ser relatada en estas columnas.

En nuestra antigua casa de la calle Caballeros, en Tarra-gona, existe todavía, bien conservado, un salón de estilo Imperio con bellas pinturas. Era, en mi niñez, una pieza por lo general deshabitada y sobriamente amueblada y adornada con cuatro grandes retratos de antepasados, suspen-didos en los cuatro ángulos de la estancia. De esos cuatro retratos, el que más llamaba nuestra atención, la mía y la de mis hermanos, era el de mi abuelo paterno. Este aparecía sentado junto a una mesa en la que apoyaba el antebrazo derecho y la mano. Al lado de un libro cerrado que se veía encima de la mesa, estaba puesto, boca arriba, un gran som-brero de copa. El retratado aparecía vestido de levita. Su actitud era rígida, su tez lívida, sus labios amoratados, sus ojos inexpresivos, su mirada glacial y atónita. No costaba gran esfuerzo adivinar que aquél era el retrato de una per-sona muerta. Efectivamente, según contaba mi padre, el abuelo murió relativamente joven, sin haberse hecho retra-tar, como tenían por costumbre todos los primogénitos de la familia; así es, que cuando murió se hizo venir en seguida a un pintor para que, fuese como fuese, le pintase el retrato. Y así salió ello... Un retrato para hacer caer de miedo a cualquiera. Recuerdo que por las noches, al pasar por delante de aquel cadáver vestido de etiqueta, yo lo hacía corriendo, a todo correr, y sin levantar los ojos del suelo.

Antes de contar la anécdota que me propongo dar a conocer a mis lectores he de ponerles en antecedentes sobre su actor principal. Este fué mi hermano mayor, Francisco, que en aquel entonces debía de tener unos veinticinco años. Este hermano mío era muy original y excéntrico, hombre de inte-ligencia privilegiada y un gran carácter, y encontraba una

gran diversión en contar cosas extraordinarias y espeluznantes a sus hermanos pequeños. Una de sus más decididas aficiones era la de la música, y tocaba admirablemente el violoncelo.

Aquel terror, que a mí y a mis hermanos infundía aquel retrato del abuelo muerto, llegó a su grado superlativo el día en que Francisco nos contó que a altas horas de la noche se ponía a tocar el violoncelo debajo del retrato, y que algunas veces, en los momentos en que él tocaba con más entusiasmo, el abuelo se movía y hacía visajes, y alguna noche llegaba hasta a bajarse del cuadro y conversar con él, y, sentándose al piano, le acompañaba.

Esta revelación fué para mí una fuente inagotable de terror. Por las noches, después de acostado, no podía conciliar el sueño temiendo el momento en que llegarían a mis oídos las notas del violoncelo. No tardaban mucho en llegar. Era un rumor, un susurro lejano, una melodía tenue que, desde lejos parecía abrirse lenta y suavemente paso a través de la densidad de las tinieblas y del silencio que inundaban toda la casa. Al percibir las primeras vibraciones se me representaba en la imaginación el cuadro espantoso de mi hermano Francisco en compañía de un cadáver y en conversación con aquel espectro que nos miraba desde su retrato con sus ojos helados de besugo. Instintivamente escondía la cabeza entre las sábanas con un escalofrío de terror por todo el cuerpo. Pero el interés y la curiosidad acababan por decidirme a asomar sólo un poquito la cabeza y me ponía a escuchar. Y entonces me parecía oír, con el gemido lejano del violoncelo, el confuso, pero cristalino teclear del piano. Entonces mi terror llegaba hasta el paroxismo, y me costaba un esfuerzo heroico reprimir el alarido que subía de mi pecho y que al fin quedaba clavado en mi garganta. Mi cabeza, desde aquel instante, ya no volvía a salir de las sábanas.

¡Oh, terrores de mi infancia, cuán gratos surgís hoy en mi memoria! Vosotros me educasteis cuando era niño en la sensación viva del misterio inefable que se oculta en nuestra vida y envuelve todo lo creado.

## ¡BENDITOS TIEMPOS AQUELLOS!

Los interesantes artículos que viene dedicando en nuestro diario nuestra distinguida colaboradora María Luz Morales a «El ocaso de la cortesía», tratan una materia que excede del concreto enunciado del tema. Porque, en realidad, la palabra y la idea de la cortesía es exponente del carácter general de toda una etapa de la historia de la civilización y de las costumbres. Puesta la cuestión en este plano más amplio, nos lleva de la mano a hacer un examen comparativo entre la manera de vivir de las altas clases sociales en dos épocas consecutivas separadas por una divisoria que se podría trazar alrededor del 1900. Los grandes inventos del cine, de la aviación, los trenes y tranvías eléctricos, el automóvil, la radio y, en general, de todos los medios mecánicos para imprimir a la vida del hombre un ritmo cada vez más acelerado, fueron sucediéndose, en efecto, rápidamente en los dos decenios que marcaron el fin de un siglo y el comienzo del siguiente; y a ellos atribuye con razón nuestra colaboradora, una acción decisiva en el ocaso de la cortesía. Probemos ahora de glosar brevemente los efectos que estas mismas causas han tenido en el radical cambio de costumbres y de la manera de vivir de las clases aristocráticas y plutocráticas que siempre son las que dan la tónica en este terreno.

Si hoy me decido a tomar cartas en este tema de discusión, es por una razón bien sencilla. Pertenezco a una generación de la que ya van quedando escasos sobrevivientes: la generación de los que aún han sido testigos presenciales del profundo cambio sobrevenido en la manera de vivir de

las altas clases sociales en el tránsito de un siglo a otro. Podría decir que yo, con todos los que han empezado a vivir en el último cuarto del pasado siglo, hemos llegado todavía a presenciar los últimos destellos de una civilización, que, sin darnos cuenta, se iba rápidamente al ocaso; hemos llegado todavía a la última etapa de una época que, según frase de Talleyrand, permitía aún conocer *la douceur de vivre*. Y, por ello, estamos plenamente capacitados para trazar la medida exacta del cambio radicalísimo que ha sufrido la manera de concebir la vida social y familiar de aquella fecha a esta parte. Sólo me propongo esbozar las características de ese cambio en forma de unos ligeros apuntes y observaciones personales de aquellas costumbres de antaño que, debido a la rapidez vertiginosa con que se desliza ahora la vida humana, se me aparecen como restos de una remota edad patriarcal.

La nota más característica, quizás de la manera de vivir de las altas clases sociales, era durante mi infancia y primera juventud, la sencillez y la sobriedad. En la vida familiar de estas clases, la ostentación y el lujo eran aún desconocidos; la alimentación, sana y abundante, pero sin refinamiento; el ajuar y la decoración de aquellos grandes y viejos caserones estaban reducidos a los muebles, cuadros, cortinas, tapices y vajilla heredados de los antepasados; la calefacción, nula o poco menos, reducida a una o dos chimeneas y a algunas camillas; las comodidades, casi limitadas a una o dos piezas, habitualmente cerradas, reservadas a las visitas de más distinción; la iluminación consistía en lámparas y espitas de gas y en modestos quinqués portátiles de aceite. Pondré unos pocos ejemplos vivos de estas normas. En casa de mis padres, en los días de mi infancia, la leche era, prácticamente, desconocida; los domingos nos traían de una finca algunos litros de leche de cabra, que los niños recibíamos, con gran alborozo, como si se tratase de una rara golosina; los demás días nos desayunábamos con la clásica jícara de chocolate y con el no menos clásico pan tostado. Nos levantábamos a las siete.

En el verano, todos los hermanos íbamos vestidos de dril mallorquín de «ca'n Ribetes de ses llistes», como decía mi madre, que era mallorquina, el cual era de una solidez y de una duración tan extraordinarias, que los trajes pasaban de uno a otro hermano a medida que íbamos creciendo. La comida empezaba, invariablemente, con la venerable sopa de arroz y seguía con el no menos venerable cocido, al que seguían dos platos, uno ligero y otro sólido. Mi madre, al casarse, siguiendo una antigua costumbre mallorquina, había aportado a la casa, como una parte de su dote, un juego de sábanas de lino, tejidas por ella misma en la rueca. Nuestro veraneo era siempre el mismo: un mes de baños en Tarragona y un mes y medio en una de nuestras fincas del campo; nada de viajes y excursiones de recreo a otras comarcas ni ciudades. En invierno, la casa se esteraba; las alfombras estaban reservadas a dos piezas de recepción... y todo por este estilo. El pensionado en el que fuimos educados todos los hermanos, el Colegio de San Ignacio, de Manresa, nos ofrecía todos los años quintuplicado este mismo cuadro de austeridad, digna de Esparta o de la antigua Roma... Pero este capítulo lo reservo para más adelante.

Al recordar los años tan duros, pero tan felices de mi infancia y primera juventud, me hago la reflexión de que hoy, una modesta familia de la clase media vive con más confort y refinamientos que las familias de nuestras clases linajudas y hacendadas de aquellos tiempos... ¡Oh feliz austeridad de aquellas costumbres patriarcales! Yo no puedo dejar de recordarlas con la más íntima emoción cuando las comparo con esta delirante sed de riquezas, con este afán desmedido de placeres, con este luchar inhumano para llegar a tener un asiento en el banquete de la vida, con este egoísmo desenfrenado que impera brutalmente en las relaciones sociales y particulares del presente. ¡Benditos tiempos aquellos en que el espíritu conservaba aún su primacía sobre todos los instintos de la materia! Al comparar el presente con el pasado, no llegaré al extremo de Varrón, el cual, en su incontenible

entusiasmo por las sanas costumbres tradicionales de los antepasados del pueblo romano, no sólo sentía y manifestaba abierta hostilidad contra las innovaciones importadas de países extranjeros, sino que no se desdeñaba de alabar y seguir usos y costumbres, gustos y aficiones de antiguos tiempos, propios de un pueblo rudo y primitivo, «cuyas palabras apesataban a ajo y cebolla». Pero sí estoy siempre dispuesto a repetir, aplicándolas a nuestro tiempo, aquellas amargas lamentaciones del gran historiador romano Tito Livio, cuando acusa airadamente a la Roma corrompida de su época de haberse desviado de las bellas tradiciones de virtud, honor y desinterés, heredadas de los antiguos, y se esfuerza en consolarse de las inquietudes presentes, volviendo la mirada a los heroicos ejemplos de austeridad y espíritu de sacrificio de los antiguos romanos.

## UNA PAGINA DE MIS "MEMORIAS"

Los hechos, llegados a mi noticia por transmisión familiar, que voy a evocar en el presente artículo, que, en sustancia, es una página de mi «Libro de memorias», se remontan a la Guerra de la Independencia, más concretamente, a las visitas que en son de paz hicieron a Tarragona las tropas de Napoleón en sus ires y venires continuos de ciudad en ciudad en los tiempos de su primera incruenta posesión del suelo hispano. En el interesante estudio sobre «El Corregimiento de Tarragona», con el cual acaba de ganar la «Medalla Antonio Agustín» el joven investigador José M.<sup>a</sup> Recasens, leemos: «Desde Barcelona se destacó una columna de 4.200 hombres, al mando del general Chabran, la cual llegó el 7 de junio de 1808 a Tarragona». He aquí como describe el autor la impresión que produjeron esas primeras tropas francesas al entrar en Tarragona: «El aspecto de esas primeras tropas napoleónicas que pisaron el suelo de Tarragona, era realmente imponente, mezcla de hombres de distintas razas con casacas y plastrones, casquetes de piel de oso, sables, lanzas, fusiles, cascos de dibujo griego y flecos... Llegaron a Tarragona en perfecta formación, con la soberbia que les daba la aureola de invencibles. Entre los ciudadanos debieron producir sentimientos de admiración y temor a la vez». La plana mayor y los oficiales de alta graduación se alojaron en las casas señoriales de la calle de Caballeros y el general Chabran en casa Montoliu. Mi padre nos contaba que en los relatos de su abuelo y de su padre, la figura del general aparecía en su rigidez militar muy suavizada por una exquisita

amabilidad y cortesía. Contados fueron los días en que el general Chabran estuvo alojado en nuestra vieja casa de la calle de Caballeros. Pero esos días fueron bastantes para que en mi familia se perpetuase a través de las generaciones la costumbre de designar la pieza que ocupó Chabran con el nombre del «cuarto del general». Otros generales se sucedieron como huéspedes forzosos en la casa de la calle de Caballeros, hasta que a principios de 1811, sublevada la ciudad contra los invasores, el general Suchet puso sitio a Tarragona, que fué asaltada y tomada el día 28 de junio de dicho año.

Cuando al cabo de unos años, evacuada por Napoleón toda la Península, se restableció la paz y la tranquilidad públicas, y mis antepasados volvieron a Tarragona, hubieron de hacerse cargo del enorme destrozo que hicieron en la casa de la calle de Caballeros los ocupantes franceses que en ella se alojaron hasta la retirada definitiva de los invasores. Había desaparecido de la casa toda la vajilla y toda la plata; se habían apoderado de los cuadros antiguos de gran valor artístico y de todos los tapices que había en la casa. Pero la burla más sangrienta de los usurpadores no consistió en hacer botín de la riqueza que en la casa pudieron hallar, sino en un sarcástico recuerdo que dejaron, como despedida, en una de las salas de la casa. Grande debió de ser la impresión de mis antepasados al abrir la puerta de esta sala y encontrarse ante un extraño espectáculo. Los soldados franceses, antes de abandonar la casa, se habían entretenido en adornar la sala con una original decoración. Repartidos en tres paredes, se veían colgados ocho grandes discos de pergamino en los que se leían las grandes victorias de Napoleón: Arcole, Rívoli, Alejandría, las Pirámides, Austerlitz, Jena, Wagram, Ulm, etc., con sus fechas respectivas. Presidiendo esas efemérides, entre dos grandes panoplias pintadas, en las que se veían mezcladas armas blancas con armas de fuego, estaba colocado, en la pared central, un disco mayor que los demás, en el que sólo se distinguía el perfil del rostro de un personaje, y abajo una inscripción que declaraba quién era: Napoleón Bonaparte.

Fué tal el sonrojo y la indignación de mi bisabuelo y los suyos en presencia de la soberbia y del cinismo de unos vencidos, que aún en su retirada querían actuar como vencedores, que por espontáneo impulso se abalanzaron sobre el retrato y a fuerza de arañazos borraron todo el perfil del detestado personaje. Estos discos y este retrato tan sañudamente arañado, figuraron, de aquel día en adelante, en el aderezo habitual de la casa. Siendo yo aún niño, subía con frecuencia, solo o acompañado de mis hermanos, a aquella habitación siempre cerrada y desierta, para contemplar aquellas reliquias de tiempos pasados, en los que la violencia y el odio se adueñaron de nuestro suelo. Según nos contaba mi padre, aquellos fieros arañazos con que nuestros antepasados maltrataron, hasta borrarlo, el rostro de Bonaparte, estuvieron por un tiempo en peligro de convertirse en una tradición de familia. Durante una generación todos los hijos de nuestra casa, siendo niños, habían de subir, un día u otro, a arañar, siquiera simbólicamente, en presencia de todos los familiares el rostro cada vez más destrozado de Bonaparte. Fué mi abuelo, según nos contaba nuestro padre, el que acabó con este «rito del arañazo», que amenazaba perpetuarse en nuestra familia con detrimento de la moral cristiana y del buen gusto.

## UNA GALERA MALLORQUINA

Huyendo de los estragos y peligros de la segunda guerra carlista, mi abuelo, Francisco de Montoliu y de Dusay, fué a refugiarse con su familia en Mallorca. En Palma encontró cordial acogida en las familias de la aristocracia mallorquina, sobre todo en la de don Pascual de Togores, Conde de Ayamans, con la cual trabó una gran amistad. A ella contribuyó en gran manera la coincidencia de sus opiniones políticas, pues el Conde y mi abuelo, lo mismo que el primogénito de éste, que había de ser mi padre, eran fervorosos partidarios de la reina Doña Isabel II y acérrimos enemigos del carlismo, que en aquellos tiempos contaba con la adhesión de la antigua nobleza catalana y de la mallorquina. Con la intimidad del trato entre las dos familias surgió la llama de un amor, que pronto acabó en relaciones formales, entre mi futuro padre y la segunda de las tres hijas del Conde, María del Pilar, que había de ser mi madre. Cuando la guerra civil, al cabo de unos años, hubo terminado y ya celebrada en Palma la boda de mis padres, mi abuelo y toda la familia volvieron a Tarragona.

Mi padre, inmediatamente después de la muerte de mi abuelo, hizo a mi madre un sorprendente y delicado regalo. Hizo venir de Mallorca una galera, el coche típico de la isla, y dos hermosas mulas mallorquinas, como tributo de admiración y amor a la isla donde su esposa había nacido y sido criada. Con la galera y las dos mulitas mallorquinas, de las cuales una se llamaba Linda y la otra Morena, íbamos a las fincas de mi padre más cercanas a Tarragona, y en verano a

los baños. Ibamos a bañarnos en la playa que lleva el nombre tan romano de Sabinosa, playa ideal, distante de la ciudad unos tres kilómetros, que sólo era frecuentada por algunas de las familias que tenían coche.

En nuestra casa almorzábamos muy temprano. A las tres de la tarde los expedicionarios estábamos ya a punto. No necesitábamos el reloj. Oíamos cómo Juan, el cochero, sacaba la galera al zaguán de la casa. Y cuando oíamos el piafar impaciente de las mulas, ya enganchadas, en las losas de la entrada, mis hermanos y yo bajábamos en tromba las escaleras y nos acomodábamos como podíamos en el carruaje. He de advertir que llevábamos una respetable impedimenta: libros, muchos de ellos grandes y rollizos; generalmente novelas de Julio Verne, de Gustavo Aimard, de Mayne Reid, de Walter Scott, etc., que leíamos ávidamente por el camino durante la hora larga que duraba la excursión. Cuando, dejadas ya atrás las calles de la ciudad, desembocábamos en la carretera, empezábamos a experimentar los tremendos efectos de los rayos de sol que no tardaban en convertir el interior de la galera en un horno. Pese a esta grave mortificación, mis hermanos y yo seguíamos impertérritos agarrados a nuestros mamotretos y devorando las aventuras de turno. El silencio sólo era interrumpido por los chasquidos de lengua con que Juan animaba a las mulas y por sus gritos de «¡Arre, Linda!», «¡Arre, Morena!». Al fin, pasadas ya todas las empinadas cuestas de la carretera, nuestra galera tomaba un corto atajo que, atravesando la vía del tren, conducía directamente a la playa.

El conjunto de sensaciones que yo experimentaba desde ese momento es indescriptible. La primera de ellas me sobrevinía en el momento en que cesaba bruscamente el traqueteo de las ruedas de la galera al chocar contra los guijarros de aquel mal camino. Súbitamente la galera empezaba a rodar silenciosa y blandamente sobre el lecho de arena de la playa, como si de golpe nos dejasen entrar en la suavidad ingrátida de un mundo etéreo. Y en el mismo momento me hería el

rostro la primera fresca bocanada de la brisa salobre del mar que allí ante mis ojos se tendía como una mágica alfombra azul de transparencias cristalinas. La sensación que yo experimentaba en el baño al flotar sobre aquellas suaves ondulaciones del agua nítida, irisada por el deslumbrante sol de julio, era también ingrávica y etérea. La transparencia del agua era tan extraordinaria que veía a los más diminutos pececillos de plata y de cristal danzar gentilmente en el fondo por encima de mis pies. A veces nos quedábamos a cenar en la playa donde aquellos amables pescadores nos guisaban un plato de exquisito pescado rociado de una sabrosa salsa de cangrejos.

La vuelta a casa en la galera cuando la luz del día ya declinaba, era muy diferente del viaje de ida. El baño y la frugal pero sustanciosa merienda nos provocaba un sopor que acababa en dulce sueño. El traqueteo de las ruedas de la galera sobre el pavimento de las calles de la ciudad nos despertaba pocos minutos antes de llegar a casa. ¡Oh galera mallorquina, tú meciste día tras día los sueños y los anhelos indefinibles de mi infancia y adolescencia; tú fuiste para mí una góndola encantada en la que aprendí a contemplar el misterio del cielo y del mar, del campo y de las montañas lejanas como un milagro de belleza y como el vestíbulo del mismo paraíso!

## INTERMEZZO MUSICAL

Yo nací al mundo de las Letras con el alborear del siglo actual, en el decenio de oro del Modernismo. Aún no se ha escrito un libro sobre el Modernismo catalán con la ambición de definirlo dentro del ambiente intelectual europeo contemporáneo. Yo diría que el Modernismo fué un retoño retardado del Romanticismo. Los modernistas catalanes cifraban sus ideales en dos palabras: libertad y entusiasmo. ¿Y qué son esas dos palabras sino los ideales básicos de todo romanticismo?... Bien, no me propongo hacer filosofía. Mi propósito es exclusivamente autobiográfico. Este romanticismo modernista penetró profundamente en mi familia. Eramos cinco hermanos varones. El primogénito era Francisco; los cuatro restantes, entre los cuales yo me contaba, teníamos de veinte a veintiséis años menos que él. Ese hermano mayor, que había de morir prematuramente en la flor de la vida, residía habitualmente en Madrid, donde ocupaba una cátedra en la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Era todo un temperamento musical y él fué el que contagió a sus hermanos más jóvenes su pasión avasalladora. Le dió por estudiar el violoncelo en el Conservatorio de Madrid y fué el alumno predilecto del profesor polaco Mirecki. Al fin de su carrera tocaba el cello maravillosamente, y en las vacaciones veraniegas, durante su larga permanencia en Tarragona, se hacía acompañar al piano por mi hermana María Josefa. Los nombres de los grandes compositores alemanes nos eran ya familiares. Bach, Haendel, Beethoven, Schumann, Glück, Schubert y Mendelsshon nos hacían vibrar con sus *suites* y sonatas, sus romanzas y sus *lieder*.

Nos animamos, los cuatro hermanos menores, a formar un cuarteto vocal. Lo notable del caso fué que nuestra música trascendió fuera de los límites del hogar y nuestro cuarteto de voces cosechó aplausos en reuniones familiares. Esto sucedió cuando teníamos ya un modesto repertorio bien estudiado y ensayado. En él figuraban corales de Bach, un coral de Schumann y otro de Mendelssohn, para voces de hombres, la canción popular «Muntanyes del Canigó» armonizada por Enrique Morera, el lied de Schubert «La doncella y la muerte» y la canción mallorquina «S'estrella de s'auga».

Este modestísimo coro nuestro llegó alguna vez a actuar fuera del recinto familiar. Una de esas actuaciones tuvo lugar en el «Cau Ferrat» de Sitges, donde residía el máximo pontífice del Modernismo, Santiago Rusiñol. Éste debió ser informado por algún amigo, de nuestras actuaciones corales y nos invitó dos veces a dejarnos oír en el salón de su «Cau Ferrat». Las dos veces fuimos cariñosamente aplaudidos. Pero no fué esta primera actuación la que nos impresionó más. En la segunda el éxito fué imprevisto, maravilloso, completamente romántico. Las noches de plenilunio en Tarragona, solíamos los cuatro hermanos ir a gozar del espectáculo de la claridad lunar rielando en el espejo del mar en calma. Nos refugiábamos en los bloques más hondos de la escollera, cómodamente sentados en un recodo que nos hacía invisibles. Espontáneamente brotaba entonces de nuestros labios la divina armonía de aquellos corales que habíamos aprendido. No sabíamos dejar de repetirlos otra vez, tras breves pausas de silencio. A media noche nos levantábamos y emprendíamos la subida a nuestra casa. Uno tras otro pusimos pie en el paseo de la escollera. ¡Cuál fué nuestra sorpresa al ver que allá arriba, mientras cantábamos en nuestro rincón invisible, se había formado un grupo de quince o veinte personas, que escuchaban en silencio aquellos mágicos acordes que surgían de la oscuridad! Nosotros nos limitamos a cruzar en silencio el grupo de nuestros oyentes y desaparecimos como fantasmas de sus ojos ¡Fantasmas huyendo de otros fantasmas!

Nuestra pasión por la música adquiría a veces las más originales formas de expresión. Cuando el piano de casa pasó de las manos de nuestras hermanas a las nuestras, procedimos ante todo al rito de la purificación del instrumento profanado por la música de ópera italiana y piezas ramplonas de salón. Lavamos el teclado con agua perfumada de espliego y romero. Con ramos de estas plantas y de tomillo hicimos en el interior del instrumento largos sahumeros. Esta pasión musical siguió con la misma virulencia cuando mi familia, obligada por nuestros estudios universitarios, fijó su residencia en Barcelona. Nuestras veladas musicales se prolongaban hasta la madrugada. Los vecinos de al lado, exasperados por no poder conciliar el sueño con nuestro implacable jolgorio musical, golpeaban furiosamente la pared hasta que, no sé si por consideración o por puro cansancio, nos decidíamos a retirarnos. Un día, el vecino de al lado y mi padre se encontraron en la escalera. El vecino se detuvo para quejarse amargamente de nosotros a mi padre. «A veces — decía el vecino — no nos dejan dormir, o nos despiertan, hasta bien entrada la madrugada.» A lo que mi padre observó: «Es extraño, porque a mí la música que gusta a mis hijos me hace dormir». Una anécdota parecida a ésta es una referente a mi hermano Francisco. Estudiaba en Madrid el violoncelo en una sala de su pensión. Era el segundo curso del Conservatorio y puede decirse que el ronroneo del arco sobre las cuerdas no cesaba en todo el día. La habitación daba a un pequeño patio y en un balcón estaban hablando dos señoras. «¡Esto ya es insoportable! Todo el día, sin pausa ni descanso, este vecino nos está dando una tabarra para volverse loca». Mi hermano había parado de tocar y oyó la queja de las vecinas. Sin decir nada se levantó y con el cello en una mano y el arco en la otra, se acercó al balcón y dijo cortés y sonriente: «Señora, lo siento. ¡Hay para siete años!»

## UN RETOÑO DE LA ANTIGUA PICARESCA

Desde que empecé a escribir esos recuerdos de mis años juveniles tuve el propósito de trazar una semblanza de este personaje que llamábamos Francisco el Estudiante, debido a que, al entrar en casa, principalmente como acompañante de los cuatro hermanos aun niños, estudiaba en el Seminario Conciliar de Tarragona. Francisco, por su carácter veleidoso, por su pereza enconada, por su odio instintivo al trabajo y por su afición a codearse con gente noble y rica, culta y distinguida, era un auténtico heredero de aquellos célebres pícaros españoles de los que tan regocijadamente escribieron algunos novelistas del Siglo de Oro. El benévolo lector verá plenamente confirmado nuestro aserto al paso que vaya leyendo en el presente artículo la resumida biografía de ese original representante de la ya extinguida casta del Lazarillo de Tormes, de Guzmán de Guzmán de Alfarache, de Pablos el Buscón, de Don Cleofás, de Marcos de Obregón, de Estebanillo González y de otros muchos personajes que pululan en la novela picaresca de los siglos XVI y XVII.

Poco tiempo duró Francisco en su cargo de acompañante de nuestra hermandad, pues, antes de haber transcurrido un año o dos, decidió colgar en la higuera sus ínfulas clericales para abrirse paso en el tumulto y los altibajos de la vida en el mundo. Por cierto, que sus primeros esfuerzos en ese sentido parecieron por una temporada llevar las trazas de triunfar. Nuestro exestudiante tenía una hermosa voz de tenor y sabía lo suficiente de solfeo para intentar abrirse paso en sus primeras tentativas de acreditarse como cantor de iglesia. Sa-

biendo nosotros el nuevo derrotero de su vida íbamos mis hermanos y yo a las iglesias para oír y admirar sus instintivas facultades musicales. Facultades que él lucía con la potencia poco común de su voz, una voz metálica de notable extensión, que le permitía llegar sin esfuerzo al «do de pecho». Pero no duró mucho tiempo este sesgo de su afición y de su destino. Francisco tenía que levantarse muy temprano y salía fatigado del esfuerzo que había de hacer con su voz de tenor en los solos en los que él encontraba ocasión de lucir sus excepcionales facultades. Un día compareció en casa y nos comunicó su resolución de renunciar para siempre al canto y emprender la más descansada profesión de criado de casa rica, y, si pudiera ser, de familia noble. Francisco desapareció de nuestra vista por largo tiempo. Al fin nos llegó una carta suya en la que nos hacía saber que servía como criado en la casa de un conde en Barcelona, y que estaba contento. No habían pasado muchos meses, cuando supimos por una parienta suya, que había cambiado de casa y que servía en la de unos fabricantes millonarios. Así fueron pasando los años sin noticias de su paradero, hasta que nos llegó la de que Francisco estaba hacía tiempo de ayudante de portero en un convento de franciscanos. Pero tampoco aguantó mucho tiempo en ese empleo, y fué cambiando, ya con mayor facilidad, de amo, siguiendo definitivamente la tradición de la novela picaresca en la que el protagonista se nos presenta como «criado de muchos amos».

Al fin, ya pasados sus años de juventud, Francisco reflexionó sobre el oficio o profesión que le convenía para el resto de su vida. Su arraigado odio al trabajo se impuso entonces de un modo categórico y creyó acertada su determinación de buscar recomendaciones para obtener una plaza en los servicios de Consumos en el Ayuntamiento de Barcelona. Logró su deseo. A partir de este nombramiento le veíamos con frecuencia en nuestros paseos en algún fielato de las carreteras de Horta y de Pedralbes. Cuando nos descubría nos llamaba con su potente voz de tenor. En esta última etapa de

su vida Francisco evolucionó en forma nueva y extravagante. Le dió por frecuentar, en sus horas de asueto, las bibliotecas y archivos públicos de Barcelona y se aficionó sobre todo a la Historia. En varias bibliotecas le conocían y le tenían por sabio, porque pedía libros de historia medieval y moderna de España y también porque se le veía concentrado en la lectura y guardaba quietud y silencio. Un día le descubrí en la Biblioteca de Cataluña con los ojos hundidos en un voluminoso libro de Heráldica. Pregunté a las bibliotecarias si sabían quién era ese asiduo y ejemplar lector. Me contestaron afirmativamente y una de ellas me dijo: «Se llama Francisco Boronat; debe ser un sabio porque siempre pide libros raros de Historia».

Francisco aprovechaba las horas libres que le dejaba su empleo para entregarse en esta forma a su ilustración. Así me lo declaró un día en que nos encontramos en la entrada de la referida Biblioteca y me declaró que iba en busca del origen de su familia; y anotaba todos los apellidos de la antigua nobleza catalana que se parecían, aunque fuese remotamente, al suyo. Otro día me mostró sus papeles. En ellos, con una letra atrozmente garrapateada, había escrito en columnas paralelas los apellidos que él sospechaba ser variantes de los suyos. Yo no podía contener la risa. «¡Pobre Francisco — pensaba yo —, otra víctima de la tan extendida manía nobiliaria!»

Francisco a su entusiasmo por la nobleza añadía un gran fervor monárquico. Todos los años, al llegar el día de San Alfonso, remitía a Alfonso XIII su tarjeta personal de felicitación. Esto daba lugar, cada año, a una alegría desbordante de Francisco. La tarjeta de felicitación era indefectiblemente contestada, dando las gracias, por el secretario del Rey. Recibir la esperada tarjeta y echarse Francisco a la calle a la primera interrupción de su servicio, era todo uno. Los cuatro hermanos que en aquel período residíamos en Barcelona, recibíamos indefectiblemente la visita de Francisco. Una visita muy original y cómica. Cuando la casa tenía en la entrada el

cuadro de los timbres, llamaba desde abajo; y cuando desde la escalera oía abrir la puerta del piso, con su voz penetrante, gritaba lleno de alborozo: «¡Carta del Rey! ¡Carta del Rey!» Entraba triunfante en el piso blandiendo en una mano la «carta del Rey», y nos la daba a leer mirando ávidamente en nuestra cara la impresión que su lectura nos producía. Excusado es declarar que todos le felicitábamos por el gran honor que había recibido del monarca.

El pobre Francisco siguió cultivando su loca obsesión nobiliaria. Poco a poco se iba hundiendo en el absurdo. Su paradoja se iba acercando rápidamente al delirio, esto es, a aquel grado de gravedad en que lo más cómico es lo más triste y lo más triste es lo más cómico. Un día encontré a Francisco al pie de la escalera de la Biblioteca de Cataluña. Nos saludamos y me dijo: «¿No sabe, señorito, que he descubierto que mi familia está emparentada con la de usted?» «¡Hombre! — exclamé yo con fingido tono de voz — esto es estupendo... Y dime, ¿cómo has hecho este descubrimiento?» «Pues, sencillamente, hace ya tiempo que me dedicaba a recoger de los libros de heráldica y genealogía todos los apellidos antiguos de casas nobles que se parecían mucho o poco a los míos. Hace pocos días descubrí que el tercer apellido de la familia de ustedes...» No voy a continuar detallando su descubrimiento. Acabé por sentirme molestado por tanta sanchez y me despedí de él. Cuando la Guerra de Liberación había llegado a su segundo año supimos que Francisco el ex estudiante hacía tiempo que había muerto. ¡Dios le tenga en su gloria!

Francisco el estudiante fué un hombre feliz. No quería trabajar, y supo el divino arte de evitar la penuria y la miseria a las que se condenan la mayoría de los haraganes. Escogió un trabajo moderado, como era el de los consumidores, los cuales se distinguían por huir del esfuerzo muscular y por los largos ocios que les permitía su ocupación. En una palabra, tuvo la intuición del, digamos, trabajo descansado que le permitía estar sentado la mayor parte del día y charlar sin

interrupción con sus compañeros. Fué un maravilloso artífice de su vida y supo encontrar la solución al problema de mantener firme su personalidad sin haber de caer en la penuria, en la vagabundez y en la miseria. Fué un artista consciente y un diestro forjador de su destino. Francisco el Estudiante, dentro de su modesta esfera, supo, como Goethe, que el tesoro más seguro del hombre culto es el de la personalidad. Su instinto aristocrático fué lo suficientemente poderoso para no ceder a la tentación de una vida de mendicante y, finalmente, supo llenar sus ocios con el cultivo de una aspiración a ascender al nivel de una cultura que le hermanaba con las clases altas y aristocráticas de la sociedad.

## UN CORAZON SENCILLO

Hoy siento un ligero temblor en la mano y en el corazón al coger la pluma para escribir este artículo, una página del libro de mis Memorias, que voy publicando en nuestro DIARIO. Mi emoción proviene de mi propósito de evocar una pobre y humilde mujer que vivió y pasó muchos años en casa de mis padres, como sirvienta, y que influyó, tanto en lo físico como en lo espiritual, en mi formación en mis primeros años. Esta pobre y humilde mujer fué mi ama. Yo quisiera tener el talento y la pluma de Flaubert en su cuento «Coeur simple» para evocar con todo el relieve de la realidad y toda la fuerza de sugestión la figura de Rosa, mi ama, aunque, en verdad, mi sentido profundamente religioso de la vida me llevaría muy lejos del arte crudamente realista con que el gran escritor francés traza la fisonomía moral e intelectual de su personaje. Con todo, espero que nadie me reprochará la libertad que me tomo de haber elegido para este artículo el mismo título del cuento de Flaubert. «Coeur simple», porque si ha habido en el mundo un corazón sencillo, éste es el de mi inolvidable ama, que, luego de haberme criado, siguió, durante muchos años, como sirvienta en casa de mis padres.

Rosa, mi ama, era absolutamente analfabeta; pero, en compensación, estaba dotada de un sentido místico de extraordinaria profundidad. Creció en su pueblo natal del campo de Tarragona. Se casó muy joven, y también muy joven se quedó viuda con cuatro hijos varones. Fué una mujer sana y robusta. Gozó toda su vida de salud perfecta. Su destino quedó fijado en torno a mi familia. Luego de haberme criado,

mis padres siguieron teniéndola de sirvienta. Todos la queríamos y la mimábamos. Atraía la simpatía de todos, no sólo por su laboriosidad y docilidad, sino además por la placidez constante de su trato y por su gran discreción, a las que se unía una maravillosa lucidez natural para comprender todo lo del mundo ultraterreno y la vida interior. Era devotísima, pero no «beata». Su gran temperamento místico, ayudado por una privilegiada inteligencia, la hacía llegar sin esfuerzo al fondo de los misterios y la liturgia de nuestra religión. Ella formaba parte del grupo de aquellas almas a las que se refería Jesús cuando hablaba de la ciencia de las cosas de Dios que había negado a los sabios y otorgado a los párvulos.

A mí y a mis hermanos nos despertaba viva admiración cuando a instancia nuestra y entre bromas y veras le preguntábamos qué había dicho el predicador en el último sermón que ella había oído. En pocas, pero justas palabras, Rosa nos exponía las principales ideas que el orador había desarrollado en el púlpito. Su sentido místico, como hemos dicho, era de notable penetración e intensidad. Cuando hablaba de Dios, de Cristo y del Cielo, y sobre todo de la Sagrada Eucaristía, parecía arrobada y decía cosas que no sabíamos cómo se las había asimilado a pesar de su ignorancia. Recuerdo a mi ama cuando, en la iglesia, me cruzaba con ella que acababa de comulgar. Al pasar yo por su lado, me miraba con sus extáticos ojos azules, húmedos de lágrimas. Me miraba, como queriendo comunicarme su fervor y su beatitud, oprimiendo su pecho con sus dos manos juntas. A ella, en esos momentos inefables, podía aplicarse aquel versículo del Salmo: «Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini». («De anhelo desfallece mi alma en los atrios del Señor»).

Era propensa a tener alucinaciones y presentimientos. Cuando en mi familia ocurría una desgracia, ella nos decía que había tenido un presentimiento (una «expressió» decía ella). Esto le sucedió, por ejemplo, cuando yo tuve el accidente que dejó mi mano derecha mutilada. Entonces vino espontáneamente a Barcelona y me veló y cuidó durante los

dos meses que duró mi curación. Durante los meses que para cuidarme pasó en Barcelona, sostenía que algunos días veía a San Ignacio en el portal de la iglesia de Belén, en figura de un pobre mendigo. No había manera de convencerla de que era una pura fantasmagoría causada por un episodio conocido de la vida del Santo. Ya anciana y desvalida, pasó a vivir con su hijo mayor, que era «masovero» de una granja cercana al pueblo de Morell. Costó mucho que se resignase a vivir lejos de Tarragona. El motivo era que en esta ciudad vivía junto a su parroquia, que ella con tanta frecuencia visitaba. Su hijo encontró el remedio inventando una historia. Le dijo que la iglesia había sido destruída por un incendio. Ella no podía acabar de creerlo y se hacía repetir a menudo la triste historia del incendio.

Pondremos remate a este artículo con una anécdota. Un día, siendo aún niños, los cuatro hermanos nos complacíamos en poner a Rosa dificultades a algunos dogmas católicos sólo por el gusto de presenciar su reacción contra nuestras heréticas consideraciones. Le decíamos que no veíamos claro eso de la eterna bienaventuranza que la visión de Dios nos daría en el cielo. Y añadíamos que esta misma eternidad de la bienaventuranza acabaría por cansarnos y hastiarnos. Ella quedó callada unos instantes, reflexionando sobre la solución de la dificultad. Por fin, con el rostro iluminado, nos dijo simplemente: «Senyorets, es que es cansen de respirar?» Nos quedamos callados. Entonces fuimos nosotros que, apabullados por el mazazo que había caído en nuestras cabezas, optamos por volver la espalda y desfilar en silencio uno tras otro. He consultado a más de media docena de clérigos ilustrados sobre esa inspirada contestación de aquella mujer analfabeta, y todos quedaron pasmados de la sublimidad teológica de la feliz comparación con la que ella deshizo nuestras fingidas objeciones.

## ¡ADIOS VELAS!

La civilización como Cronos, acaba por devorar a sus hijos. Ayer dedicábamos un elogio al balcón, en trance de desaparecer. Hoy nos toca entonar una elegía a la vela. Blanca vela latina, ¿qué viento te ha arrancado de la barca del pescador? El cielo aun te busca. El mar aun anhela tu leve reflejo en las olas. Las gaviotas aun exploran la inmensidad azul de nuestro mar con el afán de descubrirte para volar en tu compañía...

Recuerdo aún la honda conmoción que sufrió mi alma aquella mañana en que me cercioré con mis ojos del hecho consumado de la desaparición de la vela latina en el mar de Tarragona. Fué en los primeros días de haber fijado mi residencia en la ciudad. Era la mañana de un día de invierno. Había salido del hotel en dirección a la estación. Allá, en los confines del horizonte, apenas se insinuaba la primera sonrisa de la luz del día. En las calles de la ciudad estaban aun tendidas las sombras de la noche. De pronto, al doblar una esquina, hirió mis oídos un estruendo que venía del mar invisible. Era como un prolongado trueno lejano, un trepidar incesante de explosiones que profanaba los ámbitos del gran silencio de la ciudad dormida. En vano buscaba la explicación de aquel formidable estrépito. Por fin llegué a la vista del mar. Y vi un inmenso enjambre de barcas, navegando en conserva, a lo largo de las playas aun sumidas en la penumbra. Eran las barcas pescadoras de Tarragona que salían del puerto al rayar el alba. Eran como cucarachas negras arrastrándose perezosamente por la superficie bruñida del mar en calma...

Y recordé con nostalgia el espectáculo, tantas veces gozado allí mismo en los días de mi niñez y juventud, de las blancas velas deslizándose juntas en plácido silencio a la luz mortecina del día naciente. Ahora, las velas silenciosas han sido substituídas por crepitantes motores, y su nívea blancura que era como una aurora anticipada, se ha trocado en pestilente humareda de gasolina. ¡Adiós, velas! ¿Qué poeta ha cantado, como se merece, esa dolorosa elegía de la vela latina arrumbada como un trasto inútil por la civilización?

Los poetas no han escrito ninguna elegía de la vela. Pero han hecho y siguen haciendo algo más significativo. Aun los poetas de las últimas generaciones, aquellos que no han visto ninguna blanca vela izada en el palo de una barca pescadora, le rinden un cálido homenaje al seguir evocándola en sus rimas, como si no hubiese ya desaparecido, como si fuese algo eterno y consubstancial con nuestra visión del mundo y nuestro concepto de la belleza.

Tengo sobre mi mesa unos libros de versos, recién publicados, de cuatro poetas catalanes. Ved lo que escribe el poeta tarraconense Juan Antonio y Guardias: «Per això el mar també ens atreia... — I si una vela damunt seu s'esqueia — Ja s'hi llençava el nostre anhel.» Luis Valeri, en su libro «Boires i estrelles», escribe estos versos: «La barca es fa a la mar. De la platja lluent — La sonora remor... — Vibrarà de presagis en la gràvida vela.» Del mismo poeta: «esperant que un nou vent — Torni a donar a la vela sa tibantor turgent.» Del libro «L'íntim recés», de Gimeno-Navarro, son estos versos: «La cala, amor. Ai, la cala — La vela, amor. Ai, la vela — La vela, que sembla una ala — Per la cala sense estela.» Y, finalmente, Juan Teixidor, en su nuevo libro «Camí dels dies», nos evoca la vela en estos versos: «Vaixell que es malmena lluitant en la mar — Retuda la vela com fruit a la branca»; y esos otros: «Tant sols ignor, nauixer sense cap vela, — Si quan t'oblidi seré mort o viu.»

La poesía no se decide, no se decidirá nunca, a dar a la vela el adiós con que la civilización la ha visto y la ha hecho

desaparecer. La vela latina de la barca pescadora siempre palpitará al beso del viento y brillará como un blanco lucero sobre el azul de nuestro cielo y nuestro mar, en el mundo encantado del ensueño. La vela será un tema lírico en todas las épocas porque es un símbolo eterno que la poesía no dejará morir nunca.

## EL MIEDO EDUCADOR

Todos los que hemos nacido y vivido en nuestra infancia en esas enormes y robustas casas solariegas que los antepasados hicieron construir en el siglo XVIII en campos y poblados, conservamos durante toda nuestra vida recuerdos indelebles del miedo constante que nos torturaba en su interior, principalmente en la oscuridad de la noche. Afortunadamente esos impertinentes huéspedes, esos espectros, gnomos, duendes, calaveras, esqueletos, vestiglos y endriagos que solían visitarme en el reposo de la noche, no tenían el mal gusto de aparecer en una u otra forma corpórea a sus víctimas inocentes, pues éstas se bastaban para crear en su imaginación toda una familia variadísima de monstruos a cual más horrible y repelente. Cuando arrebuados en las sábanas del lecho oíamos resonar cerca o lejos, por las espaciosas salas de nuestro viejo caserón toda clase de voces, quejidos, suspiros, ecos, llantos, risas, gritos ahogados, chillidos lejanos, cantos «sotto voce», ayes dolorosos y amenazas que no por ser veladas dejaban de producirnos una impresión terrible, no podíamos permanecer tranquilos en la cama y con la cabeza cubierta por la almohada o bien hundida bajo la colcha, nos sentíamos mordidos por mortales escalofríos que nos anunciaban la inminente aparición de aquellos monstruos invisibles que ora unos, ora otros, nos asediaban sin piedad algunas noches.

La cosa era seria, porque parecía que los fantasmas tenían desde largo tiempo elaborado el plan de sus diabólicos ataques. Y lo peor del caso era que en esas noches de pesadilla, esa numerosa tribu diabólica de fantasmas parecían repartir-

se entre ellos los sustos destinados a la gente menuda de la casa, sobre todo cuando nuestra familia se trasladaba de una a otra de nuestras casas de campo. Así en la enorme casa de Morell la señal más expresiva de la presencia de los invisibles monstruos domésticos era un temeroso ruido detrás de las puertas de las habitaciones; era un rascar seguido, insistente, como si una mano al otro lado de la puerta quisiera alzar el pestillo para introducirse en el aposento. Cuando algunos años íbamos a Mallorca a pasar una temporada en la inmensa casa de nuestro abuelo mallorquín, ya encontrábamos instalados en ella una numerosa familia de duendes que se divertían dejando llegar a nuestros oídos sus misteriosas conversaciones, o bien amedrentándonos con subterráneas o profundas pisadas en el zaguán de entrada de la casa. Cuando el abuelo nos llevaba a pasar una o dos semanas en su antigua casa de campo de «Son Juliá», era la Fineta, el antiguo fantasma de la casa, la que castigaba con sus tremendos sustos a los niños malos.

Pero era en nuestra inmensa casa de Tarragona donde anidaba el miedo más temido por todos los hermanos. En ella estaba retratado muerto mi abuelo paterno con su sombrero de copa sobre una mesa, sentado en un sillón, con su levitón imponente y su lividez cadavérica en el rostro. Ya he tratado este tema en un artículo publicado tiempo hace en estas columnas. Lo malo en este caso era que mi hermano mayor, Francisco, era el íntimo consejero del difunto abuelo. Era Francisco, según él mismo nos decía, el que invitaba por las noches al abuelo a bajar del cuadro y sentarse en un sillón junto a él y le hacía oír música de su violoncello. Y la voz melodiosa del instrumento perforaba las paredes y llegaba a nosotros como una voz de ultratumba que nos abría los ojos de espanto, nos obligaba a hundir la cabeza en las sábanas y nos ponía frío en las venas y miedo en el corazón.

Todo, pues, contribuía en nuestra casa de la calle de Caballeros a hacer más denso de día en día el ambiente de embrujo que en ella se respiraba. Ya ciertas prácticas, devotas,

que mi buena ama Rosa me había enseñado hacía años, me habían predispuerto a todo lo fantasmal de la vida humana. Sólo haré mención de una oración que me hacía rezar todas las noches cuando, ya acostado, me disponía a dormir. Después de haberme ella persignado, ella decía: «Cristo al cap, Cristo als peus, Cristo al mig. Cristo per tot lo llit. Et Verbum caro factum est. Miserere nobis. Si alguna cosa mala hi ha — per la finestra sortirà. - Si la finestra está tancada — sortirà per la teulada».

¿Este obsesionante dominio del miedo en nuestra vida familiar, y principalmente en la de los cuatro hermanos aún en la niñez, amenazaba tal vez degenerar en una psicosis colectiva o individual? La verdad es que los cuatro vivíamos no sólo resignados a este terrorismo fantasmal que rezumaba la robusta casa, sino alegres y satisfechos de poder demostrar durante el día nuestra serenidad ante los trances de aquellas noches de Walpurgis. Mi padre, como lo demostró su conducta posterior en este asunto, observaba y vigilaba nuestras reacciones. Pero callaba preocupado en busca del remedio. Los últimos incidentes de nuestra historia acabaron seguramente de poner en guardia a nuestro padre. Recuerdo que por las noches, durante las dos horas de tertulia en que mi padre nos reunía a los familiares y a los amigos íntimos, era para nosotros una prueba tener que ausentarnos, forzados por una necesidad inexcusable, de la animación y el buen humor que reinaba en aquella pieza tan atractiva y espléndidamente iluminada. La gran sala que cada uno de nosotros tenía que atravesar estaba apenas iluminada por una mortecina y trémula llamita de gas que, con sus pálidos reflejos, hacía temblar las sombras y parecía infundir vida espectral a los ocho grandes retratos de antepasados que pendían de las paredes. Yo recuerdo que al llegar a esa tétrica sala, echaba a correr desaforado, tanto a la ida como a la vuelta. Excuso decir que nuestras hermanas, que eran mayores que nosotros, no se aventuraban a emprender tan arriesgada excursión sino en compañía.

La educación moderna de la infancia enseña que en el ambiente familiar el cultivo del miedo tiene una influencia corrosiva en el alma infantil. Basado en mi propia experiencia he de confesar, sin embargo, que tratándose de niños bien provistos física y espiritualmente de defensas para resistir victoriosamente la morbosa influencia del miedo, en buenas manos educadoras, puede convertirse en un beneficio y factor saludable si hacemos frente con la fuerza de la voluntad y la serenidad del entendimiento al asalto de inexistentes sombras y fantasmas. Mi padre, frente al problema que le planteaba el miedo que había contagiado a su prole, desarrolló, sin decir nada, un admirable y sencillo programa de acción. Lo expon-dremos en breves palabras.

En la casa de la calle de Caballeros había dos pisos superiores en un mismo plano, en comunicación con el principal. Uno de ellos era el de mi hermano mayor, Francisco, y había en él la biblioteca y el archivo. El piso, en las largas ausencias de mi hermano, era un desierto. Esta soledad ya bastaba por sí sola para retraernos de efectuar ascensiones a este piso, sobre todo en las horas nocturnas en las que al miedo de la soledad se añadía el de las tinieblas. Una vez nos sorprendió un encargo que dió mi padre a mi hermano Cipriano, una noche después de la cena. Le encargó que subiese al piso y le trajese unos papeles que encontraría en una mesa. Mi hermano, sin decir nada, se proveyó de una vela y cumplió el encargo. Pronto vimos que aquello era sólo parte de un programa de acción educativa que mi padre trataba de poner en práctica. Ya entramos en sospecha el día, quiero decir, la noche en que mi padre hizo el mismo encargo a mi hermano José. No recuerdo en qué espacio de tiempo fué mi padre repitiendo el encargo a los dos hermanos restantes. Cuando me tocó a mí el turno del temido encargo debía yo tener de ocho a nueve años. El miedo que tuve que ahogar fué simplemente atroz y recuerdo que al llegar de regreso a la escalera, la bajé a saltos como si fuese objeto de una persecución.

Bien. El resultado de la experiencia educativa puesta en obra por mi padre dió un excelente resultado. Mis hermanos y yo ganamos finalmente la victoria en la lucha contra los inexistentes fantasmas; y cuando fuimos ya mayores, cada uno de nosotros, solo, de noche o de día, cruzaba las piezas más desiertas de nuestra vieja casa despacio y silbando tranquilamente. Sólo por este esfuerzo victorioso de la voluntad frente a la imaginaria caterva de sombras enemigas, sólo por este ejercicio intensivo del entendimiento en pugna con la imaginación torturada, he de alabar a mi padre por el acertado criterio que tuvo al poner en manos de sus hijos las únicas armas eficaces — voluntad y entendimiento — contra el miedo, el infernal intruso que amargaba la paz y la dicha en nuestra familia.

## EL PRIMER RECUERDO

Lenitivo para nuestras congojas y sedante para nuestros afanes encontramos siempre que, cerrados los ojos a lo presente, nuestro espíritu emprende el vuelo para cernirse por encima de las islas paradisíacas de los recuerdos de nuestra infancia. No hace mucho tiempo que yo anduve durante varios días preocupado con el deseo de sorprender en mi interior los recuerdos más lejanos de mi vida. A costa de largos y repetidos esfuerzos, llegué a aislar tres o cuatro recuerdos vivos en el fondo de mi memoria. No me cabía duda de que ellos por su vaguedad objetiva y su precisión subjetiva habían de contarse entre los más remotos de mi vida. No pude llegar más que a contados resultados de mi pertinaz esfuerzo de escudriñamiento introspectivo. De esos tres o cuatro lejanos recuerdos elegí finalmente uno en cuya antigüedad tenía yo especial confianza. Y creí que valía la pena de aprovechar su relato para convertirlo en un capítulo de mis «Memorias de infancia y adolescencia» que vengo publicando.

Un día, en una conversación con un culto amigo muy dado al estudio de la psicología, salimos a hablar sobre el tema de los primeros recuerdos en la vida del hombre. ¿A qué edad, nos preguntábamos, el ser humano empieza a sentirse con capacidad para almacenar en su memoria experiencias de su vida que más adelante se le presentarán en forma de sueños o recuerdos? Cuando en el curso de la conversación le manifesté que mi primer recuerdo era el reflejo de una impresión recibida en el tercer año de mi vida, me salió al paso para informarme de que la ciencia psicológica actual había fijado

entre los seis y los siete años nuestra facultad de proporcionar a nuestra memoria impresiones suficientemente conscientes para elaborar con ellas recuerdos fijos, perdurables y concretos. Observé a mi amigo que, a pesar de ese dictamen científico, yo seguía creyendo en la realidad de la lejana fecha a la que yo atribuía la base objetiva de mi remoto recuerdo, porque se trataba de una realidad, de un acontecimiento de la vida familiar, de fecha perfectamente documentada y garantizada.

Mi recuerdo es éste. Me veo sentado en un coche junto con otras personas de mi familia. Todos vamos con traje de fiesta; todos vamos muy contentos y satisfechos. Por lo que a mí se refiere, me siento rebosante de satisfacción. En el momento en que por tan gratas sensaciones se siente halagada mi alma infantil, el carruaje va siguiendo el curso de la calle de la Nao de Tarragona en dirección a la iglesia de la Trinidad. Vamos a una fiesta religiosa, concretamente a un bautizo. A medida que avanzamos, yo me recreo a la vista de mi vestido nuevo y de la corbata flamante que yo lucía. Soy absolutamente feliz... Pasaron años sin que yo lograra la solución del enigma, y a fuerza de preguntar a mis familiares conseguí hacer luz sobre lo que más bien parecía el fragmento de un sueño. La calle era, efectivamente la de la Nao, la iglesia a la que nos dirigíamos era, en efecto, la de la Trinidad. Finalmente, el motivo de nuestro viaje en coche era el bautizo, en la mentada iglesia, de mi recién nacido hermano Plácido. Este, acabado entonces de nacer, era tres años más joven que yo. La consecuencia es ésta: yo, aquel niño que iba rebosante de satisfacción en el coche, tenía entonces tres años. Era, pues, una realidad que había sobrevivido fielmente en mi memoria infantil en forma de recuerdo.

Dos o tres recuerdos más se disputaron en mis adentros por largo tiempo la primacía con el que acabo de examinar. Por su extremada simplicidad psicológica y al mismo tiempo objetiva son, sin ningún género de duda, de una gran antigüedad en mi vida infantil. Y alguno de ellos podía ser tam-

bién el primero de mi vida. Pero no está debidamente confrontado con la realidad. Uno de ellos debe datar de una edad mía muy cercana a los tres años. El recuerdo es el siguiente. Mis tres hermanos y yo, junto con nuestro acompañante, íbamos subiendo, ya de vuelta a casa, la empinada cuesta de la Bajada de la Misericordia. Por unos momentos nos detuvimos para mirar el escaparate de una tienda. Recuerdo que yo estaba embabiecado con los objetos exhibidos en el escaparate hasta el punto de que no me di cuenta de que el acompañante y mis restantes hermanos se habían marchado en dirección de nuestra casa, que estaba muy próxima. Cuando cansado ya de mirar, volví la cabeza para continuar mi camino, me eché a llorar desesperadamente. Era la primera vez que me encontraba solo en una calle de la ciudad. El efecto que en mí produjo la soledad se desahogó en aquel copioso llanto. Pronto me pasó ese desconsuelo; y toda esa pequeña aventura finalizó venturosamente sin que mi debilidad fuese objeto de la mofa de mis hermanos. Para juzgar en casos como los que acabo de contar, si se trata de un auténtico recuerdo de una realidad o bien de una objetivación de un suceso de otro niño que nos haya sido contado, sería en rigor necesario saber de una manera fija a qué edad mínima puede asegurarse que se halla despierta en nuestro interior la conciencia de nuestros actos y de las impresiones que nos llegan del mundo externo.

## MUSEO, BIBLIOTECA, ARCHIVO

Nuestra casa de la calle de Caballeros, en Tarragona, era tan espaciosa que, a pesar de constar mi familia de once personas a las que hay que añadir las familias del capellán y del cochero y el servicio, quedaban aún varias piezas disponibles para alojar a numerosas personas. Los últimos pisos de la casa, en nuestra edad infantil, eran nuestra delicia. Entre las piezas de estos pisos había una muy grande y muy llena que visitábamos con frecuencia en compañía de nuestra madre. Era la despensa. El lector puede hacerse cargo de la difícil vigilancia que nuestra madre había de desplegar para que aquellos cuatro niños no cometiesen toda clase de desafueros con los variados recipientes y envases que nos brindaban toda clase de manjares salados y dulces. En mi memoria, tengo aún grabado un gran tarro de aceitunas, en el que, al menor descuido de mi madre hundíamos hasta el codo nuestros brazos para agarrar un puñado de aquellos sabrosos frutos.

Esos pisos nos abrían un paraíso de singulares delicias, no sólo para nuestros ojos, sino también para nuestro espíritu soñador y sediento de raras y exóticas sensaciones. Uno de ellos estaba reservado a la más variada colección de nobles reliquias del pasado. Eran tres o cuatro piezas repletas de armarios y muebles antiguos que en sus cajones contenían las más diversas muestras de antiguas y ajadas prendas de vestir y uniformes abigarrados y suntuosos de nuestros antepasados y también prendas deslucidas del vestuario femenino. Mi madre y mis hermanas mayores nos daban, en presencia de esos melancólicos despojos de tiempos pretéritos, lecciones

vivas de historia que aún hoy llevo grabadas en mi memoria. No nos cansábamos de mirar un miriñaque de nuestra bisabuela; una casaca del uniforme del que fué Maestre de la Orden de San Juan de Malta, Manuel de Montoliu y de Eril, que teníamos retratado en un cuadro antiguo en el salón de la casa; una bella espada del mismo uniforme; dos o tres pelucas, un pistolón, dos tricornios, una chupa de seda, etcétera. Era todo un museo en miniatura.

De este improvisado museo surgió en el pensamiento de mis hermanas una original iniciativa. Se acercaba el Carnaval, que en Tarragona era muy animado. Mis hermanas propusieron a mis padres que a mi hermano José y a mí nos disfrazasen de una pareja de marqueses del siglo XVIII con los restos de ropas, sedas, galones, brocados y blondas, guardados en aquellos muebles. Yo debía tener cinco años y siete mi hermano. A mí me correspondió el papel femenino y a mi hermano el masculino.

Ese piso, tan rico en evocaciones del pasado, tenía un complemento digno de ser registrado en estas Memorias. Este estaba formado por dos piezas: una de ellas, muy espaciosa, era la Biblioteca; la otra, más reducida, estaba destinada al Archivo. Sobre la Biblioteca de mi padre, formada a través de varias generaciones, sólo diré que se componía de algunos millares de libros y era considerada de gran valor por la cantidad de libros de Historia de los siglos XVII y XVIII, entre los cuales sobresalía una buena colección de antiguas Crónicas impresas de Cataluña y Valencia. La sección de literatura era nutrida gracias al apasionado interés que sentía mi hermano mayor Francisco por todo lo referente a la cultura intelectual. Al escribir estos recuerdos lejanos de mi vida, bendigo a esa Biblioteca familiar en la que a tan temprana edad, pude satisfacer mis aficiones intelectuales. En lo referente al Archivo, mencionaré un detalle interesante. Eran varios centenares los pergaminos que atesoraba, pertenecientes a todos los siglos. Contenía algunos de los siglos XII y XIII. Abundaban los de los siglos XIV y XV. Mi padre cuidaba el

Archivo con gran solicitud. Dedicaba muchas horas a la tarea de catalogar los manuscritos. Otro detalle tiene también gran interés. Los documentos referentes a mi familia empezaban a partir del siglo xvii. Los más antiguos, los medievales, procedían de la noble familia de los Eril, con la cual entroncaron los Montoliu, por el casamiento de uno de mis antepasados, con Cecilia de Eril, hija única, que heredó todo el patrimonio de sus antepasados. La falta de los más antiguos pergaminos de mi familia se debe a que en el siglo xvii Agustín, segundón de la rama principal de la familia de Valencia, se casó en Tarragona y fundó la nueva rama de la familia, volviendo así ésta a su más antigua residencia, esto es, el campo y la ciudad de Tarragona. Naturalmente, no siendo don Agustín el heredero, no trajo a su nueva residencia los documentos y pergaminos del archivo paterno. Los Montoliu de Valencia se extinguieron a principios del siglo pasado. El archivo de la familia, después de extinguida la rama principal, fué adquirida por el Estado y hoy está aún custodiado en el Archivo Nacional de Madrid. La importancia de este Archivo me fué confirmada por el insigne historiador Miret y Sans, el cual un día me dijo: «En el Archivo Nacional de Madrid tiene usted toda la historia de su familia, desde el siglo xi».

## MUSICA EN EL HOGAR

En mi familia, durante mi infancia y adolescencia, se rendía un culto fervoroso a la música. Mi hermano mayor, Francisco, tenía un gran temperamento musical y de él aprendimos sus hermanos desde la más tierna edad la veneración a los colosos de la música. Francisco tenía veinte años más que yo. Habiendo hecho en Madrid la carrera de ingeniero agrónomo, ganó en oposiciones una cátedra de profesor de la Escuela, de la cual fué más adelante Director. Así es que le veíamos en casa solamente los tres meses de las vacaciones veraniegas. Además estudió el violoncello en el Conservatorio de Madrid, donde fué discípulo del maestro Mirecky, violoncelista de fama mundial. En los siete años de duración que tuvieron sus estudios, mi hermano obtuvo las más brillantes notas. Nosotros, aunque niños todavía, podíamos apreciar de año en año sus adelantos en el dominio del instrumento. Dos de mis hermanas tocaban bastante bien el piano y Francisco se hacía acompañar por ellas en la ejecución de piezas clásicas. Puede decirse que mi hermano mayor introdujo el buen gusto musical en nuestra familia. Entre nosotros, ya desde chicos, nos eran familiares los nombres de Bach y Beethoven, de Schumann y Chopin, de Mendelsshon y Schubert.

Mi hermano Francisco era hombre de gran inteligencia, de gran carácter y de gran personalidad. El se creaba dificultades y problemas en la vida para saborear al fin los goces del triunfo. Esto lo demostró también con su serio estudio del violoncello, lo cual hizo él compaginable con su actividad

de profesor en la Moncloa. Lo demostró lanzándose al estudio del sánscrito, y lo hizo con tanto provecho, que llegó a dominar esta lengua lo suficiente para poder leer las obras de su antigua literatura. Lo demostró, también, cultivando, en ratos robados a otras ocupaciones, su primera vocación de marino. Había inventado un ingenioso juego de una batalla naval que él nos enseñaba durante las vacaciones. Era también un gran nadador.

Lo más notable de mi hermano, quizá pertenece a la esfera de la música. Contrariado por la dificultad y el engorro de haber de trasladar el violoncello de Madrid a Tarragona y viceversa, todos los años, y también el no poder utilizar para el estudio de su instrumento sitios tranquilos y retirados del campo, pero incómodos para llevar hasta ellos su instrumento, inventó un ingenioso artefacto que él mismo bautizó con el nombre de violoncello-esqueleto. En lo esencial, éste consistía en la supresión de toda la caja de resonancia y la conservación exclusiva de las clavijas, el cordal y el puente en que se apoyan las cuerdas. Este aparato se desmontaba fácilmente en tres partes que se colocaban sin dificultad en un estrecho y ligero maletín. Cuando al cabo de dos años dió por terminada su peregrina invención, Francisco, en nuestra casa de Morell, se refugiaba en el fondo del jardín, y nos dejaba oír de lejos el leve mosconeo de las cuerdas de su extraño violoncello. Cuando en verano pasábamos un mes en Poblet, se subía al cimborio y sentado en la galería circular de sus ventanales, estudiaba en la más absoluta soledad unas horas diarias. Esto último lo lamentábamos los demás hermanos porque a nuestro oído no llegaba ya la voz del auténtico violoncello que en años anteriores nos llegaba a todas las dependencias del claustro. Francisco improvisaba en el piano y sus melodías y modulaciones recordaban mucho a las de Chopin, el cual era uno de sus autores favoritos...

El ejemplo de Francisco fructificó en sus cuatro hermanos. Aprendimos a cantar bastante bien algunos corales de Bach, coros de Schumann y Mendelssohn y algunas cancio-

nes populares catalanas. Durante nuestros estudios universitarios nos decidimos a estudiar seriamente, cada uno, un instrumento; Cipriano, el violoncello; José, el piano; yo, el violín. Llegamos a tocar pasablemente algún tiempo de los tríos de Haydn, Mozart y Beethoven; pero no conseguimos pasar más allá. La vocación fué realmente seria en nuestro hermano menor, Plácido. Se decidió irse al extranjero para perfeccionar sus estudios. Fué el primer discípulo español de Jacques Dalcroze, el inventor de la gimnasia rítmica. Luego pasó a Alemania y al cabo de unos años se trasladó a América del Norte y ocupó como profesor de música varias cátedras en las Universidades del país.

De aquellos tiempos dichosos conservo el recuerdo de varias anécdotas referentes a nuestra pasión por la música. He aquí una de ellas. En aquel período juvenil de nuestra vida, después de cenar, hacíamos música con nuestros instrumentos, con nuestros cantos individuales y corales. Y a veces prolongábamos la velada hasta altas horas de la noche. Esto dió lugar a serias protestas de nuestros vecinos, los cuales golpeaban reciamente los tabiques de separación. La anécdota referente a esas protestas está ya relatada en el capítulo «Intermezzo musical» de este mismo libro.

## UN CASO INTERESANTE DE IMITACION

El homenaje que tuve la oportunidad de rendir a la memoria de mi hermana poetisa, María del Pilar, me mueve hoy a glosar una de sus más bellas composiciones que ofrece a nuestra consideración un caso muy interesante del problema de la imitación en el campo literario.

En su libro «Ecos del alma» encontramos una breve poesía arromanzada que tal vez sea la perla de su producción poética. Su título es «El alma y el serafín». El asunto, la idea de esta composición está evidentemente inspirada por una poesía de Costa y Llobera, titulada «Dos sospirs», que figura en el primer libro de poesías juveniles del gran vate mallorquín. Para que el lector juzgue por sí mismo este curioso caso de imitación, vamos a reproducir una y otra poesía.

Dice Costa y Llobera:

Prop de la llar s'escalfaven  
un vespre a encesa de llums  
la vella resa que resa,  
la jove mirant-se el fum.  
«Ai!», tot baix digué la jove,  
i la vella: «Ai, bon Jesús!»  
—Què teniu ara, padrina?  
—Filla meva, què tens tu?  
Cap d'elles tornà resposta,  
però pensaren al punt:  
—Si ho sabieu, padrineta!  
—Si ho sabíes, joventut!

Dice María del Pilar de Montoliu:

En un templo solitario,  
al pie del santo Viril,  
juntos oraban un día  
un alma y un serafín.  
¡Ay!, exclamó enamorado  
el ángel fuera de sí;  
¡Ay!, en su dulce deliquio  
hubo el alma de gemir.  
«Hermana, ¿por qué suspiras?»  
«¿Por qué gimes, serafín?»  
Los dos callaron; mas luego  
se dijeron para sí:  
«¡Ay alma, si tú lo vieses...!»  
«¡Le gustases, serafín...!»

Como puede ver el lector, nos encontramos ante un caso moderno de transfusión «a lo divino» de una producción poética de asunto profano. Los suspiros y el diálogo interior en la poesía de Costa y Llobera surgen de una anciana y una doncella, sentadas, un atardecer de invierno, cabe el hogar encendido, mientras en la poesía del imitador son un alma y un serafín los que en su interior comentan sus hondos suspiros. La escena del diálogo es diferente en una y otra poesía y está en correspondencia con la calidad de los interlocutores. El hogar encendido del poeta mallorquín se trueca en la composición del imitador en un templo, al pie del Sagrario. La imitación, que generalmente es de belleza inferior a la del modelo imitado, en este caso tiene el don de elevar el asunto a un plano superior de contemplación. El íntimo episodio casero se transfigura en un atisbo penetrante de una alta doctrina teológica y nos hace descender a las profundidades de la mística cristiana encarnada en el divino misterio de la Eucaristía. Siendo esencialmente la misma la estructura de ambas composiciones, la del imitador adquiere una idealidad, una transcendencia espiritual superior a la de su modelo, y ello hasta el punto

de que la poesía imitada merece ser calificada de composición original y personalísima de su autor.

Este interesante caso de imitación da pie a comentarios de innegable transcendencia estética. He aquí, brevemente expuestos, los que nos sugiere por el momento la confrontación de ambas composiciones.

En el campo literario la imitación reviste formas distintas según sea la materia o la forma de una obra la que ha sido objeto de imitación. Prescindiremos del caso en que hayan sido imitados tanto la materia como la forma. En tal caso la imitación tiene un solo calificativo: es un plagio. Una imitación puede tener un aspecto de originalidad cuando lo imitado es la materia o la forma del modelo. Son numerosos los ejemplos que podríamos citar de obras de gran valor en las que su autor se ha limitado a apropiarse la materia, esto es, el asunto de una obra anterior, y ha creado, en cambio, una forma original, totalmente distinta de la de aquélla. Se nos ocurren dos casos muy conocidos. «El Convidado de piedra», de Tirso de Molina, ha tentado, como es sabido, a muchos escritores y ha producido una numerosa familia de «Don Juanes», en los que la forma dramática que los autores han dado al viejo tema posee todas las condiciones de originalidad para asegurar a una obra un valor permanente y universal. Lo mismo cabría afirmar de las también numerosas imitaciones que en la literatura española ha producido el «Beatus ille» horaciano.

El caso inverso, el de la imitación de la forma y la originalidad de la materia en la obra imitada, es más raro en todas las literaturas. Es éste, precisamente, el caso que nos ocupa. La forma poética en «Dos sospirs» y «El alma y el serafín» es exactamente la misma: dos actores silenciosos, uno frente a otro, en la soledad de un interior; dos suspiros que se entrecruzan; dos interpretaciones igualmente calladas de los dos suspiros; dos exclamaciones que nos despliegan la visión de dos mundos distintos y apartados: los de la juventud y la vejez, los de las humanas criaturas y los

espíritus angélicos. Un estudio de las obras «a lo divino» de nuestro Siglo de Oro, producidas por la imitación de grandes y clásicos modelos profanos, sería quizá un campo muy apropiado para esperar positivos resultados del examen de los casos de imitación de la forma y originalidad de la materia, semejante al que acabamos de poner a la consideración de nuestros lectores.

## “VIO VENIR UNA GALERA”

La erudición tiene sus quiebras. Sobre todo la erudición por la erudición misma, la que podríamos llamar erudición pura, la cual consiste muchas veces en complicar los problemas de la historia literaria sin necesidad, en huir de una explicación inmediata y obvia por ser inmediata y obvia, e ir a buscarla en el país de las hipótesis y de las quimeras. El abuso de la erudición empieza en realidad cuando el erudito usa de ella como si fuese un fin, olvidando que únicamente posee el valor y el oficio de un puro instrumento para hallar la verdad. La erudición así entendida ayuda a maravilla a «hacer el sabio» a los que en realidad no lo son y se lanzan a descubrir la verdad muy lejos cuando la tienen viva y palpitante al alcance de la mano y bajo sus mismos ojos.

Escribo estas consideraciones después de una interesante experiencia que acabo de hacer y que me ha llevado casi sin sentirlo a relacionar un fenómeno de la naturaleza observado por mí con una imagen poética inserta en un bello y conocido romance.

Hace pocos días salía yo de Tarragona en automóvil con unos amigos. Eran las ocho y media de la mañana aproximadamente. Al salir de la ciudad y embocar la carretera, estaba amaneciendo. Algunos momentos después un vivo resplandor que resbaló sobre el mar — un mar liso y bruñado como un espejo — nos anunciaba que el sol estaba ya asomándose al horizonte. Una gran nube parduzca tendía su inmensa sombra en un ancho sector del levante, y el fulgor del sol, oculto tras ella, estallaba en maravillosos arreboles que jugueteaban, con

mágicos juegos de oro y rosa, con las nubecillas esparcidas por el azul inmaculado del cielo. La nube oscura mostraba sus bordes ribeteados por una deslumbradora cenefa de rutilante luz. En un momento, en la parte inferior de la nube se produjo un desgarrón y vimos a través de él, como a través de unos párpados inmensos, una delgada sección del disco solar relumbrando con un fulgor indescriptible. Uno de sus rayos hería vivamente una lejana zona del mar ensombrecido bajo la nube, que daba, por contraste, un relieve extraordinario a aquella mancha resplandeciente. Esta se convirtió a nuestros ojos en una masa de metales preciosos en fusión, en un pequeño islote de cristal transido de mágicas fulgencias, en... «un barco de plata». Tal fué la exclamación que brotó a la vez de los labios de dos o tres de los que estábamos contemplando aquella maravilla... Un barco de plata que navegó allá frente a nosotros no muy largo rato, hasta que casi súbitamente se desvaneció entre las oleadas crecientes de claridad que arrojaba el sol detrás de la nube parda ya hecha jirones. Mi imaginación quedó vivamente impresionada por esa nave de ensueño que mis ojos vieron por un momento como una realidad.

Días después estaba yo hojeando el «Romancero» en busca de ciertos versos de un romance que necesitaba para mis estudios. Por un azar se abrió la página donde se encontraba aquel famoso romance que tiene el don de transportarme, siempre que lo leo o lo recuerdo, a un mundo soñado, a un mundo irreal de bellos fantasmas, en el que la historia se volatiliza en leyenda y los hechos y las palabras en música; aquel romance del Infante Arnaldos, tan lleno de misterio: «¡Quién hubiera tal ventura sobre las aguas del mar...». Es tan misterioso y enigmático todo lo que nos cuenta este viejo romance, que los eruditos que lo han estudiado no han tenido en sus interpretaciones otro recurso que echar a volar la fantasía. Menéndez Pidal, más cauto, ha aplicado a esta composición su teoría sobre la formación colectiva de los romances y ha explicado, en parte satisfactoriamente, su carácter enig-

mático por las continuas adiciones y sucesivos retoques de poetas anónimos que llegaron a transformar el primitivo relato de una aventura real del protagonista en una narración fantástica e incoherente digna más bien de una balada que de un romance. Pero yo, que estaba influído todavía por la impresión que me habían causado las maravillas de aquel inolvidable amanecer, me detuve en aquellos tres versos referentes a la galera misteriosa que viera el infante Arnaldos: «Vió venir una galera que a tierra quiere llegar; — las velas trae de seda, la ejarcia de oro torzal, — áncoras tiene de plata, tablas de fino coral».

La erudición quizá ha descubierto o descubrirá que esta galera ideal vista por el infante Arnaldos la copió el poeta, de otra obra anterior, y ésta a su vez de otra aún más antigua. Pero yo creo más probable que donde encontró y vió el poeta con sus propios ojos ese brillo de la seda, ese resplandor del oro, ese fulgor de la plata, ese relucir del coral de la misteriosa galera fué en el mar, a la hora del amanecer y salir el sol, por uno de esos prodigiosos efectos de luz; por uno de esos mágicos espejismos que surgen con frecuencia en ese inmenso «retablo de las maravillas» y eterno laboratorio de metamorfosis que cubre la mayor parte de la superficie del planeta.

Al anónimo poeta del bello romance el mar le ofreció como regalo la visión de una nave de seda, oro, plata y coral, mientras a mí me la ofreció toda de plata bruñida y resplandeciente como un ascua. ¡Y cuántas deben ser las imágenes que los poetas no van a tomar de poetas anteriores, ni siquiera de su propia imaginación, sino que se las da regaladas la misma naturaleza, madre inagotable de metáforas y leyendas, fábulas y mitos!

## PERSONAJES Y PERSONAJILLOS

Alrededor de nuestra casa pululaba una muchedumbre de personas, hombres y mujeres, que se ganaban la vida tomando parte considerable o insignificante en el funcionamiento de la economía doméstica de mi familia. Hombres y mujeres, chicos y chicas, criados y criadas, recaderos y faquines, costureras y lavanderas, antiguas sirvientas jubiladas iban y venían todos los días para prestar el servicio que mi padre o mi madre les habían encargado. Era todo un mundo abigarrado y pintoresco de personajillos al servicio de la casa.

El servicio doméstico estaba confiado casi exclusivamente a mozas payesas del pueblo de Rocallaura. Todos los años en el período de la cosecha, bajaban de ese pueblecito de la montaña para vendimiar los viñedos y recoger las avellanas de La Pineda. De entre ellas, mi madre escogió la que había de ser la novia y la esposa de Juan, nuestro cochero. Muchas de las chicas de servicio salían de nuestra casa para contraer matrimonio. Entre los personajillos que tenían trabajo diario o constante en nuestra casa, figuraban las dos «Terasetas» costureras; Rosa, mi ama; y el señor Lerma, que mi padre tenía ocupado como secretario de su despacho. Le estoy viendo aún con su figura escuálida y su baja estatura, con su chaqué de alpaca, su corbatín negro, y afilado bigote y su andar menudo y presuroso; sabía redactar las cartas en correcto estilo burocrático. Otros prestaban servicios de recaderos. Entre ellos recuerdo a José Illa, casado con Marina, antigua criada de la casa; y la hermana de ésta, Dolores. De Juan

Montserrat, el cochero, y, de mi ama hablo extensamente en otros capítulos de este libro. Sólo añadiré un detalle pintoresco. Juan y José no se llevaban bien por razones políticas. Juan, como mi padre, era fervoroso alfonsino, y José era carlista de corazón. Ello era para mi padre motivo de desagradables incidentes.

Son también dignos de mención, el doctor Sas, homeópata que teníamos como médico de cabecera; el señor Yáñez, nuestro maestro de dibujo, de temperamento bohemio y de original personalidad; y el maestro de solfeo y piano (no cito el apellido, porque me han dicho que alguno de sus descendientes vive todavía en Tarragona). De él quiero contar una anécdota muy graciosa. Un día, instado por nosotros, sus discípulos, tocó al piano la partitura de «Peer Gynt», de Grieg, sobre un poema de Ibsen. Se entusiasmó principalmente con el fúnebre canto que el compositor dedicó a la muerte de Ase, destacado personaje del poema. Al acabar de tocar ese fragmento, nuestro profesor no sabía cómo expresar su entusiasmo y dijo: «¿Cómo es posible que Grieg haya podido escribir tan magnífica música sobre la muerte de un asno?». El bueno del profesor había creído que el personaje Ase era sencillamente un asno («ase» en catalán).

Pasaré a hablar de los personajes que con sus familias formaban parte de nuestro grupo de amistades y relaciones sociales. Citaré a la familia de los Canals, próximos parientes nuestros, los Castellarnau, los barones de las cuatro Torres y Condes del Asalto; y los Vallgornera, los Balle, los Batlle, los Yxart, los Foxá, que tenían, como nosotros, sus casas en la calle de Caballeros; los Satorra, los Miret, los Feliu, los Castellví, los Muller, los Gasset, etc. De vez en cuando acudían estas distinguidas familias a la tertulia que mi padre presidía todas las noches en el «Cuarto de la chimenea». Acudían también, a ella, familias forasteras distinguidas, residentes en Tarragona. Una de las principales era la de Javier de Salas y de Carabajo, teniente coronel de Artillería a la sazón, de la guarnición de Tarragona, y su consorte con sus

hijos Javier, Luis, Antonio y Casilda, entonces niños y nuestros compañeros de juego. A nuestra tertulia acudían también asiduamente señores forasteros que ocupaban altos cargos de las oficinas y dependencias del Estado, entre ellos el presidente de la Audiencia, altos cargos del Banco de España, altos jefes de la guarnición, títulos de nobleza, como los Condes de Azara, la Condesa de Tres Palacios, etc.

Daba tono y carácter a nuestra tertulia, la presencia frecuente de algunos reverendos canónigos de la Catedral. Citaré solamente a los canónigos Dachs, Segalés y Tous, este último mallorquín. Este canónigo era de una distinguida familia de Palma. Tenía el atractivo de una amena conversación que él sabía hacer interesante con la recitación de muy graciosas y divertidas anécdotas e historietas mallorquinas, que oía con gusto, sobre todo, nuestra madre. El canónigo tenía un variado repertorio de cuentos deliciosos sobre sermones de humildes párrocos mallorquines, que nos hacían desternillar a todos de risa. Con la gran variedad de personajes que frecuentaban nuestra tertulia, pasábamos estupendamente las veladas. Se jugaba al tresillo, pero se interrumpía con frecuencia para gozar de los graciosos cuentos que brotaban sin pausa de los labios del señor canónigo. Se distinguía también nuestra tertulia por la presencia de caballeros mozos que acudían a nuestra casa bien pertrechados de flechas de Cupido y repartían sus flechazos entre las más agraciadas, bellas y atractivas señoritas allí reunidas, y probaban también de herir al corazón de mis hermanas, todavía jovencitas.

Y ya que he entrado a hablar del grupo clerical de nuestra tertulia, no quiero pasar por alto la persona del capellán doméstico de la familia, mosén D., el cual ocupaba con su familia, compuesta de dos hermanas solteras ya entradas en años, y de un perrito llamado «Vulcano», el espléndido entresuelo de nuestra casa. Celebraba todos los días en nuestra capilla, a las ocho de la mañana, y le ayudábamos la misa por turno riguroso los cuatro hermanos menores. Era hombre

tosco, poco sociable, fumador empedernido y desprovisto del instinto de conversación. De suerte que su presencia en nuestra familia no contribuyó de ningún modo a que recibiésemos de él una buena instrucción religiosa, como hubiera deseado mi padre.

## TORRES HUMANAS

Una muchedumbre de diez a doce mil personas se apretujaba, el otro día, en el tendido del coso taurino de Tarragona. Con motivo de las fiestas de Santa Tecla, se celebraba allí un gran certamen, en el que se presentaron cinco «Colles» de los «Xiquets»; dos de Valls, una de Vendrell y dos de Tarragona. La moderna plaza de toros se transfiguró, aquel día, a mis ojos, en una sorprendente evocación del anfiteatro romano de la antigua Tarragona. Las torres humanas de los «Xiquets de Valls» son un espectáculo de gran emoción. Son el bello resultado de la lucha y la victoria del hombre contra la fuerza de la gravedad, o, mejor dicho, del ingenio humano, sirviéndose de esas mismas fuerzas y dominándolas en atrevidas formas arquitectónicas de una maravillosa y épica belleza. Para llegar a este victorioso resultado, los «Xiquets» aplican una técnica complicada, que han aprendido de una experiencia secular. Esas torres humanas tienen, en su atrevida construcción, tres momentos o etapas sucesivas. Primeramente, la torre «se carga» con el material humano sabiamente graduado. La segunda etapa, muy rápida, es la del «coronamiento». La torre «se corona» cuando «l'enxaneta», niño de cinco o seis años, después de trepar ágilmente hasta lo alto del castillo, consigue pasar de una horcajada, por encima de otros dos niños abrazados en la cúspide, y empieza a escurrirse rápidamente hacia abajo. Desde este momento empieza la tercera etapa: la de la «descarga» del castillo, que dura unos segundos.

La construcción de las torres humanas tiene mucho del arte arquitectónico. Son construcciones efímeras, de carne viva y palpitante, de material dotado de inteligencia. Fuerzas y resistencias están en ellos calculadas según las leyes de un perfecto equilibrio. Pero fijaos en la base de esos castillos humanos. Los hombres que sirven de cimiento, que son los más fornidos y robustos, con los pies en el suelo y firmemente agarrados unos con otros, necesitan todavía un más serio refuerzo. Por esto el círculo que ellos forman hay que rellenarlo de músculos de acero hasta convertir a la base en una masa maciza de hombres que, con manos y brazos hacen horquilla por debajo de los brazos enlazados de los que han de aguantar en los hombros, el peso del castillo. Estos son los que se llaman «primeros». A los hombros de «éstos», se suben los «segundos», los cuales están reforzados con las prietas anillas de las manos de otros hombres que los tienen amarrados por la parte inferior de las piernas. Y siguen los «terceros», los que tienen la misión más difícil, pues han de sostener, sin ayuda de nadie, el peso formidable de tres o cuatro pisos encima de ellos.

El castillo ya ha empezado. La base está ya hecha. Ya están colocados los «segundos» e inmediatamente trepan los «terceros» hasta colocarse sobre los hombros de aquéllos, como si fuese terreno firme. Es en este momento cuando las «grallas» emiten, en un prelude de notas largas y alegres, el anuncio de haber dado comienzo la dura prueba. Y ahora, al son de esta música, ruda y agreste, pero tan finamente descriptiva, van encaramándose unos tras otros, los que han de formar la viva y trémula torre humana. Fijaos, por un momento, en la masa de hombres que forma la base. Aquello no es ya arquitectónico, no tiene nada que ver con un fundamento pétreo. Aquello es la raigambre poderosa de un árbol gigantesco. Docenas de brazos hercúleos, tendidos y crispados hacia lo alto, rodean de un infrangible cinturón de músculos palpitanes la base de la torre que se va cargando rápidamente. Diríase un monstruo mitológico de cien brazos, un fabuloso

Briareo que se ha prestado a sostener con ellos la temeraria construcción con cuerpos humanos.

El que asiste a los grandes campeonatos de los «castellers» experimenta emociones de carácter único en la vida deportiva. El público aquel día siguió con apasionada atención todos los dramáticos momentos de la construcción de los veinticinco o treinta castillos que, unos tras otros, se levantaron. Un silencio impresionante se hace en la multitud, que sigue con los ojos hipnotizados, conteniendo el aliento y con el corazón palpitante, el ágil y seguro trepar de aquellos atletas por las columnas vivientes de la torre humana. Pero algunas veces, cuando el castillo está ya a punto de ser coronado y tiembla con trazas de desmoronamiento, un chillido de mujer, un murmullo de inquietud, un ¡ay, ay! de angustia, vienen a interrumpir, por algunos momentos, aquel denso y expectante silencio. Pero cuando llega el momento culminante, cuando «l'enxaneta» monta ágilmente encima de los dos niños agachados y saluda, con un breve aleteo de su manecita a la multitud, ésta rompe a aplaudir con frenético entusiasmo y tributa una clamorosa ovación a los atletas.

La dramática emoción que atenaza el ánimo de todos los espectadores, se mantiene siempre tensa, con la ayuda del comentario musical con que las «grallas» van describiendo todos los momentos de la construcción. ¿Quién fué el autor de esta tonada tan emotiva y tan plásticamente descriptiva del alzamiento del castillo? No lo sabemos. Pero esa tonada que sabe traducir en ritmos musicales tan acertados la carga, el coronamiento y la descarga del castillo, debió de ser un gran artista popular dotado de una intuición y un genio musical insuperables. Hay que oír a las «grallas» en el momento en que «l'enxaneta» corona el castillo. La melodía se suspende flotando en el aire, para exhalar un «trémolo» prolongado. Y luego el rápido descenso está expresado en un «prestissimo» y en una melodía que se deshace en cascadas de alegría.

He tratado de dar a mis lectores una impresión viva y fiel de lo que experimenté aquel día memorable en el Coliseo

de Tarragona. Pero mi pluma no posee la agilidad ni el vigor suficientes para describir, como se merecen, las emociones de este juego viril y arriesgado que ejecutan, con tan excelsa belleza, unas docenas de hijos del pueblo. Unicamente un Píndaro sería capaz de cantar dignamente, en exaltados epinicios, unos juegos dignos de haber alternado con los olímpicos bajo el cielo azul de la antigua Grecia.



II

EL MORELL Y LA PINEDA



## EL GIGANTE BENIGNO Y BONDADOSO

Debía ser la segunda quincena del septiembre a la hora de ponerse el sol. Yo venía de Poblet y me dirigía a Tarragona. En aquella hora el tren atravesaba los viñedos y avellanares que se extienden entre los pueblos de Vilaseca y La Canonja. Allá lejos, las últimas estribaciones de la sierra de Prades que yo acababa de dejar... Las montañas se teñían de un místico tono violáceo y se recortaban límpidas, precisas en un cielo inundado de los vivos resplandores del sol que se hundía lentamente entre las cumbres doradas. Unos estratos finos y lisos parecían tender en el horizonte su blanco y refulgente sudario para recoger y envolver en sus pliegues al astro del día en su rápida caída. En los viñedos se veían esparcidos grupos de vendimiadores y vendimiadoras que iban recogiendo en silencio en sus cestos los dorados y opulentos racimos. Así y todo, la sensación de soledad que emergía del campo en aquella hora augusta de atardecer, era absoluta.

Yo iba solo en el compartimento del tren. El traqueteo del vagón, en medio del silencio expectante del campo, acabó por adormecerme. Sentía que una ola inmensa de recuerdos lejanos, sumergidos hacía años en el fondo de mi subconciencia, ascendía lenta pero sin interrupción a mi memoria y en ella quedaban flotando cual ramos de soñadores lotos y nenúfares que asomasen a la superficie de las aguas dormidas en un estanque. Pálidos fantasmas sobrevivientes de los años remotos de mi dichosa infancia. Sueños que se agolpaban con acariciadora insistencia en mi adormecida mente, evocados por la visión serena de aquellos viñedos, olivares y

avellanados, tendidos casi al abrigo de las murallas de la antigua ciudad, y que se me aparecen aún hoy como una mera prolongación de la vieja casa paterna erguida todavía con señorial arrogancia en los barrios altos de la ciudad. ¡Campos benditos de mi infancia que parecéis emanar más bien de mi mundo interior y me atraéis con el mismo encanto de la dulce intimidad del hogar familiar!

La mansa ola de estos gratos recuerdos acabó por sumergirme y hacerme perder la conciencia. Quedé dormido y soñé... Soñé que de todos aquellos campos que el tren iba atravesando, surgían voces suaves y amables, cantos dulces e insinuantes, algo así como un clamor de alegría de gentes que saludan a un familiar que viene de lejos a reunirse con los suyos tras muchos años de ausencia. De este sueño he retenido solamente que, a medida que iba cruzando aquellas soledades aún risueñas y alegres bajo el último beso del sol poniente, los campos me preguntaban, medio recitando, medio cantando: «¿Te acuerdas...?». Y a continuación surgían de todas partes ráfagas de vivos y concretos recuerdos de mi infancia que desaparecían en seguida al ser barridos por las oleadas sucesivas. Y entre todo este inmenso y dulce clamor de todo lo que me rodeaba, oí una voz clara y poderosa que fué creciendo en intensidad hasta que por fin acabó por cubrir y anular todos los demás rumores. Y esta voz decía:

«¿Te acuerdas de aquella gran casa de campo, cercana a la playa, con su majestuoso portal, con su magnífico patio interior, con sus amplios pórticos en la fachada, con su espaciosa era delante de ella, con su jardín, a un lado, lleno de apacibles sombras? ¿Te acuerdas de aquel gigante que se levantaba a cierta distancia detrás de la casa, junto a un regato de agua rumorosa y cristalina? Es este gigante quien ahora te habla, el gigante benigno y bondadoso que te acogía a ti y a tus hermanos con ingenua alegría cuando jugábais a su sombra. ¿Te acuerdas de que este gigante, que cinco o seis como vosotros no podían abrazar, os regalaba los oídos con un suave susurro de ramajes y dulces trinos de pajarillos y

en los días de gran calor refrigeraba vuestra frente sudorosa agitando mansamente un gran ventalle de tupidos ramos? ¿Te acuerdas de aquella jovencita campesina que pasaba junto a vosotros con el gran jarro apoyado en la cadera para ir a llenarlo en el regato, y os miraba con ojos retozones y os hacía interrumpir el juego para gozar el embeleso de contemplarla? Yo también suspendía por un instante el aliento, hacía callar a los pajarillos y detenía el balanceo de mi ventalle ¿Te acuerdas, dime, del benigno y bondadoso gigante de tu infancia? Mira, al cabo de tantos años aún sigo en pie en el mismo sitio, siempre arrogante y risueño, siempre joven y acogedor, siempre amigo de los niños».

En este momento el tren, que se había parado en la última estación del viaje, arrancó con tal violencia, que me desperté. Me parecía aún estar oyendo la voz del gigante que dominaba, por lo fuerte y lo clara, a todas las otras voces. La luz del día iba extinguiéndose. Un silencio augusto inundaba los campos que recibían extáticos, la última caricia de la luz dorada del ocaso. El tren pasaba por un campo despojado de árboles que permitía tender la mirada hasta el mar vecino. A la distancia de unos trescientos o cuatrocientos metros divisé entonces la casa ancha y robusta de la Pineda con su gran arboleda a un lado. Frente a ella se erguía quieto y solemne, dilatando su amplia y frondosa copa redonda en la claridad crepuscular, el pino gigante que tantas veces había abrigado los juegos y las risas de mi infancia. El tren fué alejándose de él hasta que desapareció de mi vista. Pero en mis oídos quedaron vibrando por largo espacio las palabras cariñosas que en mi sueño me había dirigido aquel gigante benigno y bondadoso, aquel gigante amigo de los niños que se acordaba aún de aquellos que hacía tantos años saltaban y jugaban a su sombra paternal.

## LA PINEDA

### I

La Pineda era la finca principal y la preferida de mi padre. La finca actualmente ha sido el lugar elegido para el emplazamiento de la Universidad Laboral de Tarragona. En la actualidad pueden ya verse construídas muchas de las inmensas dependencias que integrarán esa masa grandiosa de aulas, talleres, dormitorios, campos de deporte y galerías de dimensiones gigantescas. La predilección de mi padre era debida no sólo a su gran rendimiento —era la propiedad rústica más extensa y fecunda de mi familia—, sino a su espléndida y ventajosa situación a orillas del mar entre Salou y Tarragona, la ciudad de nuestra residencia. Las otras fincas estaban ya más alejadas, como las de Alforja, Pla de Cabra, Morell, Guissona y Tartareu, estas dos últimas en la provincia de Lérida. No había semana que no fuésemos a La Pineda algunos de la familia. Ibamos en nuestra galera mallorquina, tirada por un tronco de mulas igualmente mallorquinas. Era una nota típica y original de Casa Montoliu. Hasta la muerte de mi padre nuestra galera rodó incansable sobre sus cuatro ruedas por caminos y carreteras, poniendo en los hermosos campos que atravesaba una nota de gracioso exotismo que contribuía a acentuar la personalidad de mi familia. La galera y las mulas tenían un aditamento imprescindible: el cochero, llamado Juan, que estuvo toda su vida al servicio de mi familia. A él he dedicado ya un recuerdo en la primera sección del presente libro.

La galera tenía cabida para seis, tratándose de gente menuda; y aún así íbamos un poco apretados; en el pescante había sitio para dos más, al lado de Juan, el cochero. Nos acomodábamos como podíamos en el interior del carruaje, aunque, a decir verdad, teníamos preferencia por el pescante y nos lo disputábamos porfiadamente, por más que en este asunto regía el principio del Derecho Romano: «*ius primi occupantis*». La estrechez a la que nos habíamos de resignar estaba aún agravada por los enormes libros que nos llevábamos para el viaje. Eran, entre otros, las novelas de Julio Verne, Mayne Reid y Gustavo Aimard; libros en folio y de mucho bulto. Desde el instante en que el coche salía del zaguán a la calle, nos hundíamos en la lectura y no la dejábamos hasta el término del viaje. En vano los hermosos campos de Tarragona desplegaban el verde esplendor de sus viñedos, olivos, avellanos, almendros y algarrobos a nuestro paso; en vano el cielo y el mar lucían su azul más inmaculado y rutilante, y en vano las montañas de la sierra lejana con sus picos y sus cumbres sumergidas beatamente en un océano de luz, invitaban a mecerse en un sueño de serenidad olímpica. Nosotros, agarrados materialmente a aquellos grandes bultos de letra impresa, hundidos los ojos en sus páginas, volábamos en imaginación muy lejos de aquellos amables campos que nos salían al encuentro sonriéndonos en nuestro camino, y seguíamos la pista del Zorro Azul en las inmensas praderas del Misisipí, o nos sentíamos mecidos por las olas del océano en la corbeta de un capitán audaz y aventurero; o bien nos sentíamos en camino hacia el Polo Norte, en barco, o hacia el centro de la Tierra a través de las entrañas tenebrosas de un volcán apagado, o hacia la luna en un fantástico proyectil, o dispuestos a dar la vuelta al globo terráqueo usando todos los medios de comunicación disponibles...

Los únicos que en la galera seguían en contacto con el mundo y la realidad eran mi padre que leía la prensa (sus diarios eran «La Epoca» de Madrid y el «Diario de Barcelona»), y los dos afortunados hermanos que ocupaban el pescan-

te, a los cuales oíamos estallar continuamente en carcajadas con las que subrayaban los chistes y chascarrillos inagotables que les contaba Juan el cochero, alternándolos con los « ¡arre, Linda! », « ¡oxte, Morena! » con los que animaba a las mulitas mallorquinas.

La Pineda era reputada, en tiempo de mi padre, como la mejor finca del Campo de Tarragona. Recuerdo aún el gran patio interior donde daban las diferentes dependencias de la casa, la gran galería porticada de cara al mar y, enfrente de la casa, la gran era que, de niños, utilizábamos como un magnífico aeropuerto para el lanzamiento de un grandioso cometa más alto que cada uno de nosotros. Ultimamente se ha acordado derribar esa gran masa de viejas construcciones para levantar en el mismo sitio una casa de campo de gusto moderno. Recuerdo también, con íntima ilusión el molino y junto a éste la gran balsa y el gran pino detrás de la casa; pino que era una muestra soberbia de lo que debió ser antaño el bosque de pinos gigantes que, como dice el mismo nombre de la finca, cubría en tiempos remotos aquel idílico y virgiliano pedazo de costa. A un lado de la casa se extendía un grande y frondoso jardín que mi padre había hecho plantar y en el cual mis hermanas se deleitaban cultivando hermosas flores.

El enorme pino era nuestro preferido lugar de cita y de nuestros juegos. Bajo la fresca sombra de su inmensa copa a veces los cuatro hermanos representábamos, como sabíamos, las últimas escenas, que acabábamos de leer, de comanches, apaches y hombres blancos en las praderas del Arkansas, o bien jugábamos a perseguirnos alrededor del formidable tronco del pino que ni tres de nosotros podíamos abarcar con nuestros brazos.

## LA PINEDA

### y II

En aquel hermoso paraje, presidido por el pino gigantesco, fué donde, cuando yo debía tener de ocho a diez años, descubrí la primera vez en mi vida el encanto de la belleza femenina y barrunté las primeras manifestaciones del amor.

El mayordomo de nuestra finca se llamaba Antonio Pijoán. Era alto, enjuto, bien musculado, de esbelta figura. A pesar de sus años — setenta, más o menos — iba siempre erguido y su caminar era ágil y ligero. Sólo delataban su edad la testa completamente cana y las arrugas que surcaban su atezado rostro. En el tiempo de mi relato, Antón era ya viudo. Su familia se componía de un varón, Bautista, guapo e inteligente mozo; dos hijas, Margarita, de unos deciocho años, y Josefa, de unos quince, y otro hijo, llamado José. Era la de Antón una cabeza romana, digna de ser perpetuada, como la de los emperadores, en una moneda o en un monumento. A Josefa, con su gentil y esbelta figura, yo la veía idealmente vestida con una clámide de holgados pliegues.

Pero esto mi imaginación no lo descubrió hasta una tarde en que mis hermanos y yo nos encontrábamos al amparo del alto y frondoso ramaje del majestuoso pino. El vientecillo fresco y salobre del mar hacía susurrar y crujir levemente hojas y ramas. Nos llegaba, tenue y acariciador, el piar de los nidos ocultos entre las frondas del árbol. Cerca de allí saltaban las aguas cristalinas de un arroyuelo que acababan por ser engullidas con grato rumor por la boca de una mina. Todo

era paz y sosiego en aquellos risueños campos que tendían, bajo la caricia de un sol tibio de mayo, su fecundo regazo de viñas y olivos, avellanos y almendros. Estábamos aquella tarde haciendo la siesta bajo la sombra de nuestro querido pino. Yo no había conseguido dormirme. De vez en cuando, al más leve ruido, me permitía abrir los ojos para cerciorarme de lo que por allí cerca pasaba. Una vez percibí el rumor distante de unos pasos que se aproximaban lenta y acompasadamente. Cuando juzgué que estaban ya próximos, abrí los ojos, y vi a Josefa, la cual, con un gran cántaro apoyado en la cadera y sostenido por la comba de su brazo desnudo, con un cántaro más chico en su mano izquierda y la cabeza graciosamente tocada con un pañuelo blanco, que dejaba caer en la nuca las puntas de una gentil lazada, se encaminaba con paso lento y ondulante hacia el arroyuelo.

¿Qué ocurrió entonces en mi interior a la vista de aquella criatura tan conocida y que tantas veces había visto por la casa y los caminos de la finca? Se me apareció entonces como nueva y nunca vista. Aquel día descubrí a Josefa porque se me había revelado inopinadamente su belleza. Ya no volví a cerrar los ojos, ni siquiera a entornarlos, antes los mantuve abiertos, bien abiertos, para no perder ni uno sólo de los movimientos de la gentil muchacha, para notar cada una de las actitudes de su gallardo cuerpo al arrodillarse, al volver a hincar el cántaro en la cabeza y a rodearlo con la graciosa comba de su brazo desnudo. Nada me pasó por alto. Me sentía como embelesado. Todo yo era ojos. Y una extraña beatitud me dilatava el pecho y me sumía en un hechizo singular e inexplicable.

Más adelante, cuando leí por primera vez en la «Odisea» la escena de Ulises y de Nausica lavando la ropa en un arroyo cercano al mar, se despertó en mi memoria el recuerdo de ese callado y al parecer insignificante episodio de mi infancia. Ahora, al escribir estas líneas, bendigo mil veces a aquella gentilísima Nausica tarraconense, que tuvo en mi vida la misión de abirme, en aquella tarde de mayo, en La Pineda,

con su aparición, el mundo del amor. Más adelante, cuando yo era ya hombre alguien me dijo que Josefa se había hecho monja y en el momento en que escribo me dicen que vive todavía reclusa en el convento de Carmelitas Descalzas de Tarragona. Hace algunos años me dijeron que Josefa había muerto en su convento. Debía tener entonces cerca de ochenta años. Bendigo a Dios por no haberla visto a través de las rejas con pinchos de su convento, con el rostro arrugado y la figura encorvada por la edad. Y bendigo a Dios también por haber podido conservar en mi imaginación el recuerdo tan vivo de su rostro agraciado y de la gentil figura con que se me apareció, siendo yo niño, bajo las ramas del frondoso pino, aquella tarde inolvidable de mayo.

## EL MORELL

El Morell es un pueblo del Campo de Tarragona, equidistante de los tres vértices del triángulo formado por Tarragona, Reus y Valls. El pueblo ha tenido siempre escaso número de habitantes, pero es de gran riqueza agrícola y comercial que tiene por bases el cultivo de la viña, del avellano, del olivo y del algarrobo, y el comercio principalmente de las avellanas. Esta riqueza ha sido últimamente incrementada por el cultivo, cada día en aumento, de los árboles frutales, singularmente el del melocotonero, debido a la fama creciente de sus melocotones, reputados como los más sabrosos y succulentos del campo y apreciados en el mercado como de la más alta calidad, y fruta de lujo. El pueblo a pesar de su riqueza agrícola estaba aún en el más lamentable estado de atraso por lo que se refiere a la educación de la mayor parte de sus pobladores y al estado primitivo de su urbanización, pues puede decirse que la parte vieja del poblado ofrecía el mismo aspecto sucio y descuidado que podía tener un siglo atrás.

Heredada por mi padre de sus antepasados, se alza en el punto culminante del montículo, en el que el pueblo está asentado, nuestra antigua casa solariega, bella y robusta construcción de mediados del siglo xviii, con su tejado piramidal de cuatro vertientes, con su gran portalada rematada por el escudo de la familia, con su amplia entrada abovedada, con sus espaciosas bodegas y lagares de la planta baja, con sus cuadras y establos capaces para alojar a numerosos animales de tiro y de labor, con sus inmensos desvanes y su torracha,

con su gran jardín sombreado por el frondoso ramaje de altos y viejos árboles, a lo que se añadía, en tiempos no muy lejanos, una espléndida era, hoy desaparecida, frente a su fachada, en la que yo y mis hermanos presenciábamos durante el verano las faenas de la trilla y en los días de fiesta mayor el baile público en el que los jóvenes y las mozas danzaban alegremente al rústico son de la dulzaina y el tamboril. La casa, que se levantaba junto a la iglesia del pueblo, fué durante muchos años el lugar preferido de nuestro esparcimiento veraniego y sus amplias piezas resonaban durante los meses de agosto y septiembre con las voces, los saltos y las risas de una prole tan alegre como numerosa. Es una casa, como todas las viviendas señoriales de los pasados siglos, destinada a cobijar una familia prolífica, y que, como he experimentado en los años ya distantes de mi juventud, se convierte en una mansión tétrica y llena de misterio cuando es albergue de una familia reducida.

En el Morell tenía mi padre esa gran casa con honores de palacio. Tenía también muchas y buenas tierras de labor, esparcidas por los alrededores del pueblo, de las cuales recuerdo un gran huerto con un magnífico estanque, las «Moreretes», el Terme de la Selva, el Cap del Terme, la Albareda a la orilla del río Francolí y, finalmente, La Coma, que hoy hace ya años que está ocupada por el ensanche del pueblo.

Muchos son los recuerdos que conservo de aquellos lejanos y felices días de mi niñez transcurridos en la paz de nuestra vida familiar en el vasto ámbito de nuestra casa del Morell. Uno de los más remotos es el de la inauguración de la línea del ferrocarril que durante muchísimos años fué la de los directos de Barcelona a Madrid. Veo aún la flamante estación acabada de construir adornada de flámulas y gallardetes, el gentío que llenaba los andenes en los que, por decirlo así, se había volcado la masa de sus habitantes; y veo aún la llegada lenta y majestuosa del convoy al entrar en agujas, entre los clamores de entusiasmo de la multitud, con su locomotora adornada por dos grandes banderas nacionales.

Recuerdo también las sabrosas cocas hechas a la usanza del país con pasta «adobada» unas de azúcar, y otras, que eran nuestras preferidas, aderezadas con lomo, salchichas, tomate, pimienta encarnado y cebolla cocida que eran siempre acogidas con el mayor entusiasmo.

Conservo todavía muy vivo en la memoria el recuerdo de dos párrocos del pueblo que subían algunas veces a casa a presentar sus respetos a mi padre. De uno de ellos he retenido una graciosísima anécdota que yo y uno de mis hermanos junto con nuestro padre y nuestra madre tuvimos ocasión de presenciar.

Héla aquí. Una tarde de verano, próxima ya a la puesta del sol, caminábamos de paseo por la carretera, acompañados de un matrimonio, emparentado con mi familia, que había venido de Madrid de donde eran hijos y donde residían, para pasar unos días con nosotros en la casa del Morell. Cuando estábamos ya de vuelta nos encontramos con el cura párroco del pueblo que iba en dirección contraria. Nuestros parientes llevaban un perro, más bien pequeño, de una casta rara y exótica. El buen cura, hechas ya las presentaciones, se fijó en el perro que llevaban nuestros parientes. Y después de haberlo examinado, exclamó con dialecto mixto de catalán y castellano: «¡Qué perro más extraño! ¡Parece una cigüeña, lo que en catalán llamamos una guineu!». Una carcajada incontenible estalló en la boca de todos. El pobre cura rural había tratado de encontrar el equivalente castellano de «guineu», zorro, y no habiéndolo encontrado, se enzarzó en el más gracioso lío traduciendo «guineu» por «cigüeña» y observando que la traducción catalana de «cigüeña» era «guineu». ¡He aquí un ensayo minúsculo de evolucionismo darwiniano!

Al presente la Casa del Morell ha pasado a ser propiedad de mi cuñada María de Siscar, Marquesa Vda. de Montoliu.

## PERDIDOS EN LA LLANURA

El Campo de Tarragona tiene una configuración triangular. Es un inmenso triángulo apuntado al mar en Tarragona y con la base apoyada en las vecinas montañas. La masa central está repartida entre Tarragona, Reus y Valls. La parte inferior está orientada hacia el suroeste; la superior lo está al nordeste. El ser una llanura cultivada y el limitar con las montañas, algunas muy alejadas de los centros principales de población, dan por resultado que en el Campo de Tarragona el excursionismo no se cultive con intensidad. Esta llanura con sus espléndidas vistas y sus lozanos cultivos convida más al paseo que a la excursión. Solamente las montañas, estribaciones de la Sierra de Prades, están en ese Campo lo suficientemente lejanas para tentar al excursionista. Puntos preferidos para el paseo y a distancias moderadas, son principalmente las ermitas. Abundan éstas en toda la extensión del Campo y algunas de ellas son visitadas por una gran masa de devotos. Recuerdo, cuando mi familia estaba instalada en nuestra casa del Morell, nuestros paseos que nos llevaban con frecuencia a la ermita del «Roser» en Vilallonga, a la del «Remei», en Alcover y a las de «Paret Delgada» y de San Pedro, en Selva del Campo.

La aventura que nos acaeció un año a principios de septiembre, siendo yo aún niño, fué rara y original. No es frecuente, en efecto, perderse en una llanura sobre todo si ésta es de sobra conocida por los paseantes. Habíamos salido del Morell a las tres o las cuatro de la tarde hacia la no muy distante ermita de «Paret Delgada». Emprendimos la marcha

por la carretera hacia Vilallonga y desde allí seguimos un camino a la orilla de la riera de La Selva. El paisaje que nos acompañaba en ese paseo era el mismo que se despliega en todo el Campo con monótona uniformidad: viñas y olivos, algarrobos y avellanos, tierras de labrantío, árboles frutales... Pero he de advertir que a medida que íbamos acercándonos a la montaña, el paisaje iba adquiriendo una variedad y un encanto que nos hacía olvidar la monotonía del paisaje típico del llano. Llegamos, por fin, a la ermita. La tarde era calurosa. Bebimos de la rica agua del antiguo pozo que se levantaba en medio de la gran plaza de la ermita. Penetramos en la iglesia y nos entretuvimos mirando los ex votos colgados de la pared de la escalera del camaril; nos postramos ante la imagen de la Virgen de «Paret Delgada», y dimos por acabada la visita. En el patio, en un delicioso rincón de sombra, consumimos la deliciosa merienda constituida por la clásica «amanida» y la «coca» exquisita, típica del Campo. Cuando el sol ya se inclinaba hacia las montañas nos preparamos para el regreso. A poco de haber emprendido la marcha, el sol ya hacía un buen rato que había desaparecido detrás de la sierra. Otra vez olivares, avellanos, algarrobos, huertos, barbechos, viñas y más viñas, «masos» y casas de campo iban sucediéndose a nuestra vista. Lo único que alteraba esa monotonía era la inagotable opulencia del crepúsculo, uno de esos crepúsculos incomparables del Campo que transfiguran el poniente en jardines celestes, donde fulguran los matices de todas las flores y en una inmensa vitrina en la que centellean los destellos de todas las piedras preciosas. Andábamos despacio, como hechizados por el esplendor de las nubes rosa y violeta, que eran el grandioso estuche de tantas maravillas. Andábamos despacio y no advertíamos que el mago que tras las montañas obraba tantas maravillas, pronto pondría fin a este espectáculo deslumbrador y cedería el paso a las sombras de la noche.

Pronto echamos de ver que nos habíamos puesto en camino demasiado tarde y que la noche nos envolvería en su oscu-

ridad a una gran distancia del pueblo, término de nuestra ruta. Todos teníamos conciencia de nuestra equivocación, y desde ese momento nos habíamos vuelto mudos y caminábamos todos en silencio, sólo atentos a nuestra preocupación. La noche empezaba ya a borrar de la tersura del cielo hacia el levante toda la tenue luz del día y a encender una tras otra las estrellas. Unos cuantos minutos más y ya no veríamos el camino ni dónde poníamos los pies. Oímos como, cerca de nosotros, mi hermana y su marido cuchicheaban palabras que no llegaban a hacerse inteligibles a nuestros oídos... En pocos minutos, aquellos campos dilatados se habían arrebujado en la densa capa de sombras nocturnas. Ese último extinguirse los débiles destellos de la luz del día, que convierte toda la naturaleza en un mundo irreal y fantasmagórico, fué para todos la señal de hacer un alto en nuestra marcha. Nuestro cuñado, en voz alta y clara, nos comunicó a todos nosotros, convertidos ya en sombras, las consignas que habíamos de seguir: Que con la débil luz que aún nos iluminaba, procurásemos reunirnos todos en un solo pelotón; que no diésemos un solo paso adelante, pues el campo estaba cruzado por acequias y barrancos, que nos pondrían en gran peligro, etc. Seguimos con todo rigor tan oportunas órdenes y nos limitamos desde aquel momento a hablar, comunicándonos unos a otros nuestras impresiones en medio de aquella absoluta obscuridad que no alcanzaban a atravesar los rayos luminosos de las estrellas. Todos fuimos avisados por la voz de nuestro cuñado, que en el peor de los casos tendríamos que pasar toda la noche bajo las estrellas, envueltos en aquellas densas tinieblas, hasta romper el alba. Bajo el difuso resplandor del cielo estrellado, tocándonos unos a otros, empezamos a rezar el rosario. Aún no habíamos llegado al último misterio cuando en lugar del sordo murmullo de nuestro rezo, surgió de todos los labios un clamor de alegre sorpresa. Era la luna en su fase creciente que acababa de asomarse al horizonte de levante y derramaba ya su pálida luz por la inmensidad del campo. Pero lo más notable y lo más providencial, fué que la luna,

en su ascenso, se situó por unos momentos detrás del campanario de un pueblo aún lejano y nos hizo divisar, con toda claridad, la silueta, de nosotros tan conocida, del campanario de Morell. Estalló entre nosotros un alegre griterio. Al cabo de unos minutos, a la luz de la luna, pudimos reconocernos unos a otros y, lo que es aún más importante, descubrimos claramente que bajo nuestros pies teníamos el buen camino que nos conducía al término de nuestra excursión.

Al fin volvimos a ponernos en marcha con gran alborozo, pero conservando nuestro pensamiento fijo en nuestros padres y hermanos que nos estaban esperando en casa con la angustia más honda en su corazón.

Llegamos a casa cerca de media noche. Antes de llegar, vimos los balcones abiertos y oímos voces de los que nos estaban esperando. Al entrar en casa nos abalanzamos en los brazos abiertos de padre y madre y hermanos. La emoción nos impidió, en los primeros momentos, expresarla con palabras. Un consolador silencio habló más elocuentemente que todas ellas. Las palabras surgieron a borbotones de todos los labios para explicar a los que habían quedado en casa la angustia que habíamos sentido durante algunas horas nosotros los perdidos en la llanura y en la noche, más que por nosotros, por los que nos estaban esperando.

## UNIVERSIDAD MODERNA Y RECUERDOS ANTIGUOS

Los que residimos en Tarragona y andamos ya cerca de la meta final de nuestra vida, somos los únicos que podemos darnos exacta cuenta de la trascendental transformación que a partir de los últimos decenios se está operando en la ciudad. No tengo por qué hablar a mis lectores de esa maravillosa metamorfosis. Las crónicas que con frecuencia publica en nuestro DIARIO Luis M.<sup>a</sup> Mezquida desde esa ciudad, permiten al lector formarse una idea de la vasta obra de embellecimiento que una inteligente urbanización está realizando año tras año en la ciudad de los Escipiones. Hoy sólo me propongo tratar de una etapa importante en la admirable empresa de la transfiguración de la vieja Tarraco en una acogedora y atractiva urbe moderna.

En poco más de dos años ha surgido en las cercanías de Tarragona, gracias a la iniciativa y al esfuerzo del Estado y con la colaboración de las corporaciones oficiales, una nueva y flamante ciudad que ya forma parte viva del paisaje familiar de los tarraconenses. Una importante masa de edificaciones se eleva ya a la vista de los ciudadanos allá en el inmenso y gracioso arco que describe la playa entre Tarragona y el cabo de Salou. Mis lectores ya saben que es la Universidad Laboral la que allí está surgiendo con sus aulas y talleres, su biblioteca y su iglesia, su inmenso comedor y su vasta cocina, sus residencias para profesores y alumnos, sus campos de deporte, y sus grandiosos paseos y avenidas. He visitado varias veces la Universidad, he departido en amable coloquio con su ilustre rector, don Francisco Aguilar y Paz y con dis-

tintos profesores. Todos me han manifestado un gran entusiasmo en el ejercicio de su cargo y su propósito de contribuir con todas sus fuerzas al progreso de esa nueva Universidad.

Intimos son los lazos que me unen desde los primeros años de mi vida a ese pedazo de tierra donde hoy se levanta la Universidad Laboral de Tarragona. La Pineda — tal es el nombre de la finca que hace años adquirió el Estado para construir esa Universidad — era la hacienda preferida de mi padre, entre las que había heredado de sus antepasados. Desventuras sin cuento le obligaron a poner en venta esa hermosa hacienda, y su pérdida fué para él un golpe terrible, que en pocos meses le llevó al sepulcro. Nunca, hasta fecha muy próxima, en el medio siglo transcurrido desde entonces, me pasó por las mientes visitar esa arca, para mí sagrada, de los recuerdos de mi infancia y adolescencia. Pero al presente, ya transformada La Pineda en emplazamiento de la Universidad Laboral, me he decidido a visitarla y frecuentarla. La segunda visita la consagré a evocar despacio los gratos recuerdos de los primeros años de mi vida. Recorrí paso a paso toda la extensión de la finca en callada contemplación de aquellos campos luminosos, testigos de mis alegres correrías y escenario de mis juegos infantiles en compañía de mis hermanos. Recorrí paso a paso toda la extensión de la finca. Una sola nota dolorosa me sumió en honda melancolía: el «Mas», antiguo, con su gran portal, con su gran patio central, rodeado de todas las dependencias de la casa solariega, estaba ya en trance de desaparecer para levantar un edificio nuevo. Me consolé un poco al ver todavía en el mismo sitio la gran era frente a la casa y el camino que llevaba a la playa. Sabía que detrás de los restos de la antigua casa se erguía aún con su antigua majestad el pino gigante que presidía, en tiempos ya lejanos, siempre benigno y bondadoso, nuestros juegos infantiles. Y me encaminé presuroso hacia él por el camino más corto. Encuentro a faltar junto a él el antiguo molino y la gran balsa. Me han dicho que la balsa la habían cubierto y echo de menos el alegre murmullo del

caudal al caer entre remolinos de espuma en el espejo del estanque. Me acerco al gran patriarca secular de la finca. Allí sigue enhiesto, imperturbable, majestuoso, como siempre, nuestro mudo pero siempre acogedor amigo de la infancia. Me acerco a él, despacio, casi de puntillas, como si entrase al interior de un templo. Quedo absorto al levantar los ojos a su formidable copa, donde pían escondidos los pajarillos y me detengo por unos instantes a contemplar, entre sus robustas y verdes ramas, pedazos de cielo azul, de un azul profundo y luminoso que fulguran como mágicos cristales de un gran ventanal de una catedral gótica. Trato de rodear su formidable tronco con los brazos y desisto de mi determinación al convencerme que se necesitan más de dos hombres para conseguirlo. Y en este instante me acuerdo, con íntima satisfacción, de que era ésta, exactamente su medida en mis años infantiles. Al fin, me siento en la hierba, muy cerca de él. Con el cigarrillo en la mano y entre las espirales de humo azulado que salen de mis labios, quedo sumido en una plácida melancolía o en una melancólica placidez y me dejo hundir en la oleada de los recuerdos que brotan de las ramas de aquel formidable y risueño compañero de mi infancia...

El sol ya descende al ocaso. Es ya hora de levantarme y emprender el camino de regreso. Por el camino gozo del paisaje que a mi vista se despliega. Al frente, la faja del mar de un azul de ensueño, tendida a lo largo del arco maravilloso de la playa. A mi izquierda, el sol poniente arbolado de nubes carmín y violeta. A mi derecha, el cabo de Salou hendiendo en el mar su proa de esmeralda. Y entre el norte y el levante, Tarragona asentada en la cumbre de su peñón, rodeada de la catedral y las murallas y desplegando su falda maternal de luz deslumbradora por toda la masa de su caserío escalonado por el declive de la ciudad.

Regreso al fin a Tarragona, con el espíritu bañado de un optimismo consciente. Me lo han derramado en las venas los intensos momentos de evocación que he vivido. Y al volver los ojos a la Universidad Laboral, pienso que lo que he visto

de ella es una aparición: la aparición de la misteriosa ciudad de Callópolis, cuyo emplazamiento en la costa con tan malafortunado afán buscan los arqueólogos. Y pienso que tal vez un cataclismo la hundió en el fondo del mar, cerca de la costa, y que ahora, por un prodigio, hubiese vuelto a lucir al sol, transfigurada en una gran Universidad moderna...

## LAS CONSTELACIONES

Hace días, en una de esas finas estampas que Miguel Melendres publica en nuestro «Diario», leí aquella idílica escena, empapada de ingenua ternura, en la que Teresa, la hermana mayor, explica a sus dos hermanitos pequeños, sentados en la playa, el inefable lenguaje de las constelaciones en el límpido cielo de una noche estival. Con la rapidez del relámpago se me iluminó al instante en los fondos insondables de la memoria una escena semejante de la que fui actor allá en los ya tan lejanos días de mi niñez. Y he vuelto a presenciar y ver como en sueños, con la misma viveza de una realidad actual, aquellas reuniones nocturnas de los cuatro hermanos, sentados o de pie en torno a una de nuestras hermanas, aún muy jovencita, en la gran terraza de nuestra casa solariega en el campo de Tarragona, envuelta en la obscuridad, transverberada por los sutiles rayos de las estrellas, de una serena y templada noche de agosto. Esta hermana, inolvidable, nos reunía allí para enseñarnos las constelaciones y las estrellas de primera magnitud y nos explicaba el sentido simbólico de sus bellas designaciones. Hermana inolvidable que hubiera hecho hablar de su innato talento de poeta, si su alma, nacida para más altos destinos, no hubiera renunciado a todas las ilusiones del mundo para seguir los «silbos amorosos» del Buen Pastor, que la condujeron al claustro. Su modestia hubo de resignarse, a instancias de nuestro padre, a ver publicada, cuando acababa de salir del colegio, una colección de poesías con el título de «Ecos del alma», como hemos dicho, a la que puso un elogioso prólogo el co-

nocido escritor Juan de Dios de la Rada y Delgado. Entrada ya en la vida religiosa, su lira enmudeció, a lo menos para el mundo, y en la memoria de todos los hermanos nos quedó el dulce recuerdo de su alma angelical. Perdónenme los lectores esta digresión motivada por el vivo recuerdo de esa hermana que en religión llevó el nombre, que tan bien le cuadraba, de María de los Angeles.

Ella fué mi primera maestra de Astronomía. En aquella aula que tenía por techumbre la bóveda celeste, aprendí a deletrear los mágicos símbolos de los astros y las constelaciones y las ingeniosas reglas para encontrar las geométricas figuras, radiantes como sus nombres, que vemos palpitar en el azul profundo del cielo veraniego. Así aprendí a encontrar y distinguir sin esfuerzo los dos Carros o las dos Osas, el Boyero, la Lira, las Pléyades, Orión, el Cisne, Casiopea y los signos del Zodíaco y las estrellas de primera magnitud que llevan desde milenios los bellos nombres de Sirio, Orión, las Pléyades, Arturo, Vega de la Lira, el Aguila, Aldebarán, Cástor y Pólux, Perseo, la Flecha, etc.

¡Qué fuente de puros e íntimos goces ha sido para mí, a lo largo de mi vida, ese conocimiento del cielo estrellado, en el que me introdujo mi buena hermana con sus lecciones nocturnas! No son numerosos los que pueden encontrar una tan copiosa fuente de delicia en la contemplación de la bóveda estrellada, y ello es debido a que la ignorancia de los que contemplan las maravillas celestes les hace aparecer el firmamento lleno de una caótica confusión de signos y figuras cuyos nombres empiezan por desconocer. ¿Cómo encontrar plenamente el secreto del atractivo y de la sublimidad del cielo estrellado, si los que lo contemplan no son capaces de poner mentalmente un orden, aunque sea convencional, en aquella gigantesca y caótica catarata de llameante pedrería? Sólo a los ojos enseñados, aquel inmenso laberinto de luces y resplandores que rutilan en los abismos del infinito, aparece bellamente acotado en grandes parques dispuestos en una ordenación arquitectónica. Sólo el que conoce los nombres mi-

lenarios que llevan esos jardines encantados puede recorrerlos a caballo de la imaginación en un paseo lleno de encantos. Sigamos los pasos de los grandes poetas, si aspiramos a entender un poco el sibilítico lenguaje de los astros, porque es al poeta a quien Dios ha dado la clave de la belleza misteriosa de esos mundos resplandecientes que para el hombre son el grandioso pórtico del Infinito.

Todos los grandes poetas han cantado el cielo estrellado. Y el solo hecho de haberlo cantado, aunque sea una sola vez, es una de las pruebas de su grandeza. Existe un poeta alemán que en España solamente es conocido como autor de la «*Mesíada*»: Klopstock. Pero ¿quién le conoce en nuestra patria como genial poeta lírico? ¿Quién ha leído en su lengua original sus odas y epigramas? A Klopstock debemos la más inspirada oda a los astros que jamás se haya escrito en el mundo, la titulada «*Die Gestirne*». La cita con ardoroso entusiasmo Goethe en su «*Werther*». Lo notable de esta composición es la alianza que nos ofrece entre el arrebato sublime de la exaltación líricorreligiosa y el detalle con que describe las más bellas constelaciones de nuestro hemisferio, junto con la belleza de las interpretaciones de las simbólicas figuras que esmaltan el cielo estrellado. A veces el poeta crea todo un mito a base del nombre de las constelaciones. «Oh, Lira — dice —, ¿quién te prestó tu melodía? ¿Fueron el tono y el oro de cuerdas celestes lo que te levantó al cielo? Tú resuenas en la danza sagrada que nuestro Planeta, por ti animado, traza en su órbita en torno tuyo.» Sólo para gustar las bellezas de esta oda incomparable valdría la pena estudiar y aprender la lengua alemana.

## UN GRAN DESCUBRIMIENTO

En nuestra casa solariega del Morell solíamos dar un buen paseo por el campo cuando el sol ya declinaba hacia la sierra para hundirse definitivamente detrás de las cumbres azuladas de las montañas lejanas. En el período en que el día visiblemente se iba acortando, esto es, hacia la mitad de septiembre, veíamos el sol poniente hundirse con silenciosa calma y majestad tras la cima conocida, por su configuración, con el nombre de La Mola. Aquel día de septiembre la puesta del sol no prometía ninguno de esos espectáculos sensacionales que mis hermanos y yo esperábamos con ilusión todos los días al ver que encima de aquella cumbre se posaba en el cielo un enjambre de nubes y nubecillas que un poco más tarde el sol poniente teñiría con arte mágico de arboles rosa y oro y verde esperalda. Aquella tarde en todo el cielo flotaba una neblina gris que el sol no llegaba a perforar ni a desvanecer.

Aquel día salimos mis hermanos José, Plácido y yo sin la compañía de mis padres y hermanas. Nos acompañaba una joven sirvienta. Yo debía tener siete u ocho años. Fuimos siguiendo la carretera y al poco rato la dejamos para tomar un camino que se extendía paralelamente al talud de la vía férrea, bordeando los campos que separan los pueblos del Morell y Poblá de Mafermet. Ese sendero llevaba a una mina, conocida con el nombre del Madró, famosa por su agua fresca y cristalina que tenía fama de virtudes medicinales. Allí nos detuvimos y saboreamos nuestra merienda. Al cabo de unos minutos nos levantamos y continuamos nuestro paseo hacia la línea férrea. Y he aquí que al llegar al cruce de nuestro

camino con otro que llevaba a la Poblá, hubimos de quedar parados para dar paso a una silenciosa comitiva de hombres, mujeres y niños, que iban acompañando un modesto féretro, llevado a manos por cuatro mozos. Aquel camino llevaba al rústico cementerio de la Poblá. Acababa de pasar el cortejo, cuando nuestra joven acompañante nos propuso llegarnos hasta el cementerio para asistir al acto del enterramiento. Los tres hermanos fuimos reacios a aceptar la proposición, pero ella, resuelta a satisfacer su deseo, sin decir una palabra y cogiéndonos del brazo nos forzó a seguirla en su antojo.

No sin protesta hubimos de seguir tras ella, y no sin temor nos introdujimos con la demás gente en el cementerio y nos detuvimos con el grupo de acompañantes muy cerca del hoyo que había de servir de fosa al desconocido difunto. En aquellos momentos estaban dos gañanes abriéndola con pico y pala. El sol había resbalado ya detrás de La Mola y la luz, cada vez más indecisa del día se iba haciendo por momentos más pálida inundando los campos de una claridad mortecina. Cuatro hombres llevaron el féretro a brazos al borde de la fosa. Yo no podía sustraerme a la angustia con la que esperaba ver por vez primera un difunto. No tardó en ser abierta la caja mortuoria. Al fin apareció el muerto allá a cuatro pasos de mí. El cadáver era el de una jovencita. El choque que en mis adentros sentí en aquel momento fué terrible. Fué una mezcla de flaqueza y cobardía, de miedo y espanto, de pasmo y terror ante el misterio inescrutable de la muerte. Mi impulso espontáneo fué el de cerrar los ojos ante aquella terrible realidad para mi desconocida, y huir lejos, muy lejos, de aquella criatura humana convertida en fantasma. Pero me quedé plantado en el mismo sitio ante aquella visión que imantaba mis ojos y me helaba la sangre. Al cabo de un rato aquel fantasma fué objeto por mi parte de una atención más fría y serena. La jovencita era de rostro agraciado. Había quedado en el ataúd un poco incorporada y me permitía hacerme cargo de sus bellas facciones. De la cabeza había resbalado hasta el pecho una frondosa cabellera rubia que le ocultaba

entre sus ondas las manos cruzadas sobre el pecho. El sacerdote daba su última bendición, cuando sorprendí en los labios pálidos de la doncella la leve insinuación de una dulce y casi imperceptible sonrisa, una sonrisa de indefinible beatitud que desde aquel momento hasta hoy he llevado grabada en mi memoria. Es esa misma beatífica sonrisa la que inspiró a Gustavo Adolfo Bécquer aquella inefable estrofa que en la última de sus «Rimas» dedica a una dama desconocida, enterrada y esculpida en una vieja iglesia gótica: «De la postrer sonrisa — el resplandor divino — guardaba el labio como el cielo guarda — del sol que muere el rayo fugitivo».

Esa indefinible sonrisa de beatitud no la he sorprendido jamás en los labios de otros difuntos. ¿No podríamos definir esa misteriosa sonrisa como la sonrisa del eterno descanso?

Esta experiencia infantil en la que descubrí el misterio de la muerte me enseñó por primera vez lo que en realidad de verdad es la vida del hombre. Hasta el momento de hallarnos en presencia de un cadáver humano no sabemos, en realidad, que el hombre desaparece de nuestros ojos convertido «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada», como nos dice Cóngora en un famoso soneto. Entonces es cuando descubrimos que la muerte es la ley de la vida humana. En mi descubrimiento noté que había comenzado en mi interior el desmoronamiento de las ilusiones de mi infancia.

III

MALLORCA



## SIETE MARAVILLAS

A las tres de la mañana del 1.º de agosto, después de haber pasado la noche en un hotelito del puerto de Sóller con la angustia de un calor asfixiante que nos mantuvo con los ojos abiertos durante las pocas horas que habíamos destinado al sueño, nos embarcamos en una gasolinera provista de todo. Las estrellas que tachonaban el cielo diáfano de una serena noche de estío, no tardaron en palidecer en la oleada creciente de las claridades del alba. Amaneció sin una nube, sin un girón de niebla bajo un cielo de una tersura de seda sobre un mar en bonanza. Una divina sonrisa parecía propagarse con el resplandor del nuevo día por los abismos de mar y cielo. Pronto el sol asomó por el horizonte envuelto en una sinfonía de fulgores deslumbrantes. El nuevo día se anunciaba extremadamente caluroso. Avanzábamos por un mar en calma, bien arrimados a los ingentes peñascos que erizan toda aquella bravía costa. Y no tardaron en aparecer las primeras maravillas.

La primera fué una cueva profunda que nos englutió en sus negras fauces. Era una gran cavidad toda invadida por el mar, que permitió recorrerla en toda su extensión. Al penetrar nuestra lancha en la cueva divisamos en la penumbra un islote en medio de ella, en la cual parecía erguirse la estatua gigantesca de un dios o de un guerrero mitológico. Dimos la vuelta al islote no sin sentir cierta zozobra ante aquella figura toscamente desbastada de Poseidón, que parecía vigilar amenazadora la entrada de todo profano en su sagrado recinto.

Esto fué puramente el preludio de la larga serie de maravillas que nos aguardaban. La segunda fué una cala (la cala de Calabuig, si mal no recuerdo). Era más propiamente un pasadizo de unos dos o tres metros de anchura, abierto entre dos formidables acantilados. El pasadizo no era recto, sino que trazaba una amplia y graciosa ondulación que no permitía ver el fondo de aquella misteriosa hendidura. El agua en aquel solitario paraje era de una virginal transparencia. Entre los leves chasquidos del agua dormida que nuestra hélice había despertado, íbamos avanzando poquito a poco ansiosos de descubrir el término de aquel encantador escondrijo marino. Al fin la suave curva fué a morir en una playa minúscula, de finísima arena, en donde el agua, mansa, desmadejaba sus rizos con tímido chapoteo. ¡Qué dulce soledad, qué casto silencio, qué divino sosiego! Aquello era la «Cala Gentil», de Costa y Llobera, llevada a la región del sueño. Nos sentíamos todos como hechizados, y bautizamos la diminuta y escondida playa con el nombre de «Cala de la Sirena». Realmente era el baño digno de una deidad que no había dejado huella en la mitología griega.

Otra maravilla nos esperaba al cabo de un breve espacio de tiempo: «ses Coves Blaves». A los cuatro o cinco metros de altura, en uno de los muros roqueños de una cala, se abrían tres o cuatro grutas, una junta a otra, en las que la extraordinaria reverberación del sol en la tersa superficie del mar produce un efecto óptico de la más rara y peregrina belleza. Era como si en la boca de cada una de esas grutas flotase al beso del aire, en suaves ondulaciones, una leve y translúcida cortina de gasa azul. La imaginación a la vista de este mágico espectáculo se evade al mundo soñado de los niños y sin esfuerzo nos transfigura aquellas cuevas inaccesibles en el vestíbulo del palacio encantado de una nueva Circe, maestra en hechizos y sortilegios.

En nuestra ruta nos acompañó siempre otra maravilla incomparable. El mar exasperadamente azul a cada latido de su reflujo deja al descubierto por breves instantes una cenefa

policroma de madréporas que forma en torno de toda la isla una brillante guirnalda de nunca soñadas flores de las más finas tonalidades: violeta y púrpura, turquesa y esmeralda.

Al cabo de un trecho, después de haber dejado «ses Coves Blaves», los titánicos peñascos de la costa parecieron de pronto desgajarse en una gran extensión, y apareció abierta ante nuestros ojos con toda su sublime majestad la playa del «Torrent de Pareys». Esta playa, extendida entre imponentes acantilados, es ya muy conocida de los turistas y excursionistas, pues aunque sea difícil su acceso desde tierra, el angosto callejón cortado en peña viva permite llegar, no sin dificultad, hasta ella. Su efecto es el de un inmenso teatro con un fondo inenarrable de la más impresionante escenografía. Ya desde el primer momento de nuestra contemplación, la evocación fué unánime en la fantasía de todos los compañeros de excursión. Aquello que veíamos era la entrada al Walhalla, el Olimpo de los dioses de la antigua mitología germanoescaandinava; pero un Walhalla mediterráneo, acogedor y amable dentro de su misma salvaje sublimidad. Lo positivo fué que en nuestro interior sonaron los majestuosos acordes de la «Entrada de los dioses en el Walhalla», una de las páginas inmortales del portentoso genio musical y poético de Ricardo Wagner. Cuando dejamos ese mágico paraje, todavía esperábamos ver surgir de las angosturas de las peñas el volar alucinante de las Walkyrias, pero unas Walkyrias luminosas y sonrientes en consonancia con aquel azul sereno que fulgía por mar y cielo.

Una de las siete maravillas de aquella excursión, que envolvía todas las precedentes en un abismo de radiante belleza fué el azul luminoso, fascinante, inmaculado de cielo y mar. El azul del mar, sobre todo, llegaba a los términos de lo inverosímil por su intensidad y su pureza. Aquello no era agua. Aquello era tinta celeste. Y no nos cansábamos de hundir las manos en el agua con la ilusión de que nos las dejaría teñidas de aquel azul mágico, imposible, que solamente he visto pintado en los ropajes de las figuras de Fra Angélico.

Pero aún nos quedaba otra maravilla, la séptima maravilla, por admirar, en aquel mundo de deslumbradoras claridades. Si la palabra «magia» brotaba a cada momento de los labios de todos nosotros, como ahora salta continuamente a los puntos de mi pluma, en ningún momento de nuestra excursión marítima tuvo esta palabra tan adecuada aplicación como en los instantes en que estuvimos contemplando «el Organo».

Para gozar mejor de esta maravilla, desembarcamos y subimos una empinada cuesta entre las rocas. De pronto se nos apareció un grupo de enormes peñascos en los que se alineaban una larga serie de estalactitas. El efecto era el de la tubería de un órgano gigantesco. Las estalactitas tienen allí la particularidad de ser de los matices más variados: rosa, anaranjado, azul, verde, violeta. Cuando hubimos expresado nuestro asombro, nuestro guía nos dijo: «Ahora cojan una piedra y golpeen con ella cada una de las estalactitas.» Así lo hicimos, y, ¡oh sorpresa!, cada estalactita golpeada vibró con una nota diferente, una nota fija, clara, cristalina, y de todas juntas se formó una mágica polifonía. El «órgano» de piedra nos había revelado su secreto. ¿No es éste un bello y sorprendente milagro de la Naturaleza?

Aquel día inolvidable yo reviví el mundo alucinante de la «Odisea» y de los mitos de las deidades marinas de la antigua Hélade, Tritones y Sirenas, Nereo y sus Nereidas, Glaucos y Poseidón, me parecía a mí que iban a salir de un momento a otro de aquellas cuevas y de aquellas calas para jugar por las olas entre cánticos y risas y alegres tocatas de cuernos marinos... En una palabra, tuve la sensación de estar en presencia de la antigua mitología rediviva.

## UN CUENTO DE NIÑOS PERDIDOS

La casa de mi abuelo materno, don Pascual Felipe de Togores, conde de Ayamans, era, en mi infancia, un palazote inmenso, situado en una esquina de la calle de Morey, en el antiguo barrio señorial de Palma de Mallorca. Los recuerdos que tengo de mi abuelo y de su casa son de los más remotos de mi vida y tienen ahora para mí todo el hechizo de un sueño encantador. En la actualidad, la casa, todavía en pie, no presenta a la vista su antiguo patio con su artística escalera. Todo ha sido chapuceramente transformado en una vulgar entrada digna de un almacén cualquiera. Es de presumir que el interior del viejo inmueble habrá sufrido idéntica o parecida profanación. La casa tenía entresuelo y dos pisos con numerosos altillos, y unas dos o tres escaleras y escalerillas los ponían en comunicación.

Hoy quiero relatar una famosa aventura que nos sucedió en la casa del abuelo a mí y a mi hermano José, cuando teníamos, respectivamente, cuatro y seis años. Ya habíamos explorado juntos sin dificultad el piso principal, y nos parecía que ya no nos faltaba por descubrir ninguno de sus misterios. Un día decidimos armarnos de valor e internarnos por los ignotos desiertos del segundo piso. Emprendimos la ascensión por la primera escalera que encontramos a nuestro paso. Llegados a la primera estancia abrimos puertas y ventanas, unas tras otras, y empezamos a recorrer salas, alcobas, pasadizos, galerías, piezas de todas las dimensiones, unas amuebladas con muebles viejos de formas anacrónicas, otras destartaladas; unas con viejos grabados y cuadros colgados de las pa-

redes, otras con las paredes desnudas, otras ocupadas por grandes armarios y viejas arcas cerradas. Tomamos una escalerilla que nos condujo a un cuarto obscuro. Retrocedimos prudentemente al primer intento de penetrar en sus medrosas tinieblas al darnos cuenta de que no disponíamos de ninguna linterna de explorador. Volvimos a bajar y volvimos a seguir en silencio rondando por las soledades de aquel laberinto que parecía no tener fin ni salida. Por último nos sentimos fatigados y dando por totalmente explorado aquel nuevo mundo del silencio, acordamos dar por acabada nuestra temeraria exploración.

Y emprendimos la vuelta. Pero era precisamente la vuelta la que había de poner a prueba nuestro tesón. Volvieron a desfilar ante nuestros ojos, cuartos, salas, salitas, salones, pasadizos, galerías que no sabíamos si eran las que ya habíamos cruzado o eran otras. Encontramos por fin una escalerilla que bajaba, pero nos condujo a unas nuevas habitaciones, a un pequeño estudio sin comunicación ninguna. Volvimos a subir. Entonces no era solamente cansancio lo que sentíamos. Empezábamos ya a tener miedo; nos sentíamos prisioneros de aquel laberinto que nos iba enroscando en el cuerpo sus incontables anillos. Nos dirigíamos tan pronto a la derecha como a la izquierda, andábamos sin norte, sin rumbo. Suspirábamos por encontrar al fin la escalera que nos había llevado al piso, y la escalera no aparecía. Aquello se ponía feo. Instintivamente nos cogimos de la mano. Nos salió al paso otra escalerilla que bajaba, pero pronto vimos que no era la que buscábamos. Entonces, dándonos por rendidos, nos sentamos, siempre cogidos de la mano, en un escalón, y prorrumpimos los dos en un patético llanto que fué transformándose rápidamente en un trágico alarido. Con toda la fuerza de nuestros pulmones chillábamos y rugíamos para que nuestros gritos perforasen los muros y se organizase y pusiese en marcha la expedición de salvamento que nos sacase del fondo de aquella espantosa soledad. Al cabo de algunos minutos de sollozar sin descanso, oímos pasos que se iban acer-

cando, y por fin vimos aparecer, como si fuera un ángel del cielo, a una sirvienta, que nos condujo por «el camino recto y seguro» para llegar a la suspirada escalera.

En mis excursiones me he perdido varias veces por la montaña, por el bosque, y de noche por la llanura. Pero doy por seguro que la sensación de angustia que en esos momentos he experimentado no ha sido tan aguda y avasalladora como la que se apoderó de mi alma infantil en aquella ocasión en aquel mudo y desolado laberinto del segundo piso de la inmensa casa de mi abuelo.

Como puede ver el lector, en tiempos aún no tan lejanos de los nuestros, no todos los Haensel y Gretel se perdían en la selva con peligro de encontrar una malvada hechicera. También se perdían en el interior de las casas con el pánico consiguiente y había que acudir en su auxilio para sacarles del mal paso. Hoy, la Civilización, dicen, ha barrido el miedo y el misterio de la vida del hombre. Por lo menos hemos de reconocer que el misterio y el miedo no pueden ya tener morada en los chiribitiles de las casas modernas y que los niños no se perderán nunca en ellas. No deja de ser un progreso o, por lo menos, una ventaja.

## ANACRONISMOS Y SUPERVIVENCIAS

Mallorca — especialmente para los catalanes, que si no la divisamos desde nuestras costas, la presentimos porque la sabemos arrimada a la divisoria de mar y cielo — es, en realidad, si no una isla encantada, sí un breve trasunto de un paraíso terrenal, una meta constante donde convergen nuestros anhelos de evasión a un país de ensueño, a un remanso de paz, en el que la Naturaleza parece haber querido derramar todas sus bellezas y atractivos. Para los que, como el que esto escribe, podemos considerar a «Sa Roqueta» como una segunda tierra natal, su llamada desde el otro lado del mar tiene la fuerza de atracción de un dulce y penetrante canto de sirena que en ocasiones nos llena de una nostalgia irresistible. En mi caso personal, Mallorca se levanta con todo su poder de seducción en mi memoria como una zona vital de los horizontes familiares de mi infancia. La imagen de Mallorca que llevo dentro es la que se grabó en mi alma en mis años infantiles, cuando tan frecuentemente unos u otros de nuestra numerosa familia nos embarcábamos rumbo a la isla para pasar una temporada en casa de mi abuelo materno. Esos recuerdos son para mi como un sueño fascinante.

En mi infancia todo lo que yo veía en la isla tenía algo de extraordinario y diferente de la realidad vulgar, algo que era más bien propio de paisajes, de moradas, de seres humanos no siempre precisamente de un cuento de hadas, pero sí de un mundo anacrónico en el que la leyenda medieval y hasta la antigua del mundo clásico se hubieran perpetuado en forma viva hasta nuestros días. Mallorca en aquel período de mi infancia era un inmenso arsenal de historia congelada.

Todo aquel barrio señorial que extiende al amparo de la catedral el intrincado y gracioso laberinto de sus calles limpias, recoletas y silenciosas, cobijaba en aquel entonces una vida familiar que había quedado cristalizada, como su arquitectura, en forma invariable desde el siglo XVIII.

Ya tuve ocasión hace algunos meses de relatar a mis lectores un auténtico «cuento de niños perdidos» aunque sin bosques ni brujas, del que fuimos actores y víctimas un hermanito mío y yo en un piso deshabitado del inmenso caserón de mi abuelo. Ahora viene al caso evocar el recuerdo de una misteriosa fantasma que se deslizaba entre las sombras y penumbras de las habitaciones silenciosas, cerradas durante la mayor parte del año, de la inmensa casa de campo que tenía mi abuelo en su finca de «Son Juliá». La fantasma — y éste era el detalle que me infundía más pavor — llevaba un nombre legendario y era del sexo débil. Se llamaba «Sa Fineta». Era el terror de los niños malos.

Un anacronismo de carácter poético y patriarcal existía todavía en mi niñez, en las costumbres de las familias antiguas de Mallorca. Mi madre nos contaba que en su juventud ella y sus dos hermanas pasaban algunas horas al día hilando con la rueca y el huso. Y lo que es aún más interesante: las hijas de las familias distinguidas de la isla habían de llevar en su ajuar de novia, como parte del dote conyugal al nuevo hogar, una docena de sábanas del mejor lino hiladas por sus propias manos. Y así lo hicieron mi madre y sus hermanas. Sobre esta tradicional costumbre mallorquina, la poetisa María Antonia Salvá me escribió hace tiempo una carta que es toda una exquisita página literaria. Recuerdo que me decía entre otras cosas que esta costumbre no era ya medieval, sino que tenía un vivo perfume de patriarcalidad homérica y era digna de las heroínas de la «Odisea» (\*).

(\*) Es tan encantadora la carta que la incomparable poetisa de Mallorca, M.<sup>a</sup> Antonia Salvá, me escribió hace largo tiempo sobre mi madre cuando todavía no se había casado, que no puedo resistir a la tentación de reproducirla íntegra en una nota. Hela aquí:

## CARTA A MANUEL DE MONTOLIU

Gentilíssim senyor i amic:

Havent llegit el vostre article de *La Veu de Catalunya* sobre el meu darrer llibre de versos, restí meravellada, tant del que n'heu dit, com de la paciència suma amb què heu esbrinat aquelles pàgines, cosa que ni jo sabré agrair-la com cal, ni entenc que pugui fer-se més que amb un silenci reverent.

Devotíssima lectora de les vostres crítiques literàries, em sembla un antic conegut, i no sols per la vostra ploma. El vostre cognom de Montoliu — de Tarragona, veritat? — m'evoca un tot de records: unes noies de beutat i distinció adorables que devien ésser germanes vostres i eren a Mallorca per la primavera de 1886; les vaig veure un moment dins una joieria, i no he pogut oblidar-les mai més. La vostra mare es diria Pilar, i seria una de les tres filles del vell comte d'Ayamans (Pasqual Felip) a qui jo he conegut encara, illustre pros d'aspecte nobilíssim, que recordava algun dels retrats que resten del Manzoni. Al seu noble casal de la Ciutat de Mallorca hi va néixer un dels vostres germans (?) que fou batejat amb el nom de Cebrià, nom que havia immortalitzat un Sant de la branca paterna. (Aquests detalls m'arribaren per relat del meu pare, traspasat d'aquest món a darreries del segle passat.) Nosaltres vivíem al carrer de Morey, a on jo vaig néixer i vaig habitar en la meva primera infantesa les temporades que passàvem a Ciutat; no estranyeu, doncs, que recordi amb tanta fruïció el palau dels Ayamans: el nostre domicili n'era davant per davant.

Oh, el noble casal de «Ca's Comte», que en dèiem nosaltres, amb el seu escut a la façana, amb la seva entrada espaiosa, i l'amplia escala de pedra que tenia a un dels replans aquell portalet dels «estudis» exornat amb relleus i amb aquest vers misteriós:

«Per un tal bé, repòs tindrà ma vida.»

Vora l'ampla portalada del carrer hi veia jo seure cada horabaixa, fet ja com una mena d'institució, aquell antic sirvent, En Marçal; com que el vegi encara el dissabte del Corpus, afanyat a fregar els poms de llautó de la balconada, quan N'Eloi (la campana grossa de la Seu) anunciava la solemnitat de l'endemà i els veïns començaven a pensar en els domassos amb què havien de guarnir balcons i finestres i en les flors que havien de caure damunt la custòdia de Nostre Senyor en passar la processó.

Llavors Son Julià, la bella finca comtal, del terme de Lluçmajor, amb les seves altes tàpies, amb els esveltíssims xiprers, arços i cinamoms que les depassaven, on la futura Marquesa de Montoliu, que sabia filar com les princeses d'Homer — i quan s'hagué de maridar volgué emportar-se'n una felerada de llenç filat pels seus propis dits, segons contava el poble —, passava llargues temporades amb el seu pare i les seves germanes Leocàdia i Maria Fernanda.

Més tard, no sé quin suau perfum d'Orient i de les Creuades m'evocava el nom de Montoliu. Però que lluny estava jo, en aquell temps, de pensar que un gloriós descendent de tan preclara família s'ocuparia, un jorn, dels meus escrits! Perquè a mi no em cap dubte que, fill o nét, sou vós un honorable plançó dels Montolius de Tarragona, als quals, sense conèixer-los personalment, he venerat de cor endins tota la vida.

El anacronismo o el caso de supervivencia más extraordinario que en mi infancia presencié en aquella isla fué el de la perpetuación de los últimos restos del régimen feudal en la administración de justicia en la casa señorial que tenía mi abuelo en el pueblo de Lloseta. Recuerdo aún el respeto que me infundía, cuando una que otra vez conseguíamos mis hermanitos y yo que nos lo abriesen, el salón del Tribunal de Justicia instalado en una de las grandes piezas de la casa. A la escasa luz que permitían filtrar los postigos entornados de los balcones, veíamos sobre su gran tarima la mesa del Tribunal forrada de damasco carmesí, las severas colgaduras y cortinas del mismo color que adornaban balcones y puertas, y los grandes cuadros y tapices que cubrían sus paredes. Mi admiración crecía de punto cuando al ver tan grave y solemne aparato, me imaginaba que en aquel ostentoso sillón del centro de la mesa, más alto que los demás, se sentaba mi abuelo como presidente del Tribunal y juzgaba desde allí a los acusados de algún delito de poca monta. Seguramente la jurisdicción que en la administración de justicia ejercía mi abuelo, era el último e insignificante resto del régimen feudal y estaba limitada a juzgar y sancionar las faltas y los delitos de menor gravedad. La impresión que me dejaba cada visita a la sala del Tribunal, se completaba diariamente al entrar y salir del gran zaguán de la casa. A mano derecha, al salir, había un oscuro aposento cerrado con una reja de madera; y detrás de la reja yo veía, casi siempre, pegada la cara a los barrotes, a un mozalbete de unos catorce o quince años, de rostro agraciado que al pasar por delante de él, me miraba con ojos melancólicos y una resignada sonrisa en los labios. Era un muchacho a quien se había sorprendido robando unas gallinas en una granja cercana. Era aquélla la prisión del castillo convertido en casa solariega. Una prisión que, aún con el preso y todo, no me infundía miedo. A mí me daba la impresión, al ver a aquel jovenzuelo de los ojos tristes allí encerrado, de que se trataba de un cuento de niños.

## “CUALQUIERA TIEMPO PASADO FUE MEJOR...”

Los primeros recuerdos que conservo de Mallorca se remontan a la edad más temprana de mi vida. Hasta que allí murió mi abuelo materno, unos u otros de los nueve hermanos que éramos, íbamos todos los años a pasar una temporada en casa del abuelo de Mallorca. Ya he contado varias veces a mis lectores las impresiones aún vivas que conservo en mi memoria, de aquellos tiempos felices. Hoy quiero añadir algunos pocos, pero vivos y precisos recuerdos del ciclo mallorquín de mi infancia.

Mi abuelo vivía en un caserón de grandes dimensiones, en un viejo palacio situado en el antiguo barrio donde se agrupaban las viejas mansiones de las antiguas familias de la nobleza mallorquina. Aún hoy esas calles tranquilas y recoletas exhalan un encanto indecible con sus patios espaciosos inundados de esa luz tan nítida que acaricia el cielo y la tierra de aquella isla. En el patio de la casa de mi abuelo había una artística escalera antigua que en tiempos más recientes, por efecto de una reforma que se hizo, quedó cegada por un muro. Mi abuelo era ya muy viejo en aquel primer tiempo de mi vida. Por referencias he sabido que era un anglófilo convencido y había introducido en su vida familiar algunas costumbres inglesas. Llevaba patillas de viejo marinero inglés que le pasaban por debajo de la cara y no usaba bigote. Era hombre de muy extensa cultura y en su bien nutrida biblioteca había preciosos códices y antiguos libros de las obras de Ramón Llull y uno de los más antiguos manuscritos de la Crónica del Rey don Jaime I. Mis hermanos y yo nos levantá-

bamos tempranito y, una vez aseados y vestidos, nuestra primera visita era para el abuelo. Entrábamos en sus habitaciones, casi de puntillas, porque el abuelo nos inspiraba un gran respeto. Nos recibía siempre sonriendo, sentado en un gran sillón. Después de haberle dado los buenos días, nos santiguaba y nos besaba. Luego, alargaba el brazo a una mesa que tenía junto a él y tomaba en la mano una cajita redonda y chata. Desenroscaba la tapa y uno por uno nos hacía acercar a él y nos presentaba la cajita abierta en la que se veía una o dos pastillas de chocolate. En el momento en que alargábamos los dedos para tomarlas, veíamos con sobresalto correr un ratoncito mecánico que el abuelo hacía mover con un sencillo mecanismo situado en la parte inferior de la caja. El abuelo reía, reía al ver el susto que nos daba el travieso ratoncillo hasta que nos llevábamos las codiciadas pastillas. Todos los días, a la misma hora, se repetía el original juego de nuestro abuelo.

La base principal del patrimonio de mi abuelo la constituían dos grandes haciendas: Lloseta y «Son Juliá»: la primera en las cercanías de Inca; la segunda en el sur de la isla, en la proximidad de Lluchmajor. Ya he contado algo a mis lectores sobre mis recuerdos de Lloseta, en un reciente artículo. «Son Juliá» era una magnífica finca presidida por una antigua casa de grandes dimensiones que mis hermanos y yo no nos atrevimos nunca a explorar en su totalidad. Mi abuelo, en sus frecuentes visitas a «Son Juliá», hacía enganchar en su galera, un tronco de cuatro lozanas mulas mallorquinas. Aún hoy, cuando lo recuerdo, siento vibrar en mis oídos el alegre repique de los cascabeles que despertaban los ecos de las solitarias calles que atravesábamos hasta salir a campo libre. En la finca se levantaba, a poca distancia de la casa, un pequeño promontorio, que llamaban «la muntanyeta», cubierto de espesos arbustos, que nos brindaba todos los días una diversión deliciosa: la de ir a buscar, bajo las matas, los huevos que ponían las numerosas gallinas que picoteaban aquel pedazo de tierra.

Pero juntamente con éste se levantan, en mi memoria, otros aspectos del pasado, no tan risueños como el que acabo de evocar. Era de rigor, cada vez que íbamos a pasar unos días en «Son Juliá», que las mujeres del servicio nos hablasen, en tono miedoso, de un fantasma que moraba en lo más secreto y escondido de la casa y se aparecía muchas veces a los niños malos. Este fantasma tenía un nombre: «Sa Fineta». Yo debía ser un niño bueno, porque nunca acerté a ver la aparición de la temida «Fineta».

En Mallorca oí contar, en mi niñez, muchas consejas y anécdotas populares de miedo. Pero no lo resultaban, porque el miedo estaba en esos relatos diluído en notas y ocurrencias de buen humor. Los duendes eran los protagonistas más frecuentes de esas breves anécdotas en que aquellos espíritus inquietos y entrometidos se encargaban de dar la nota cómica al final de la narración. He aquí una muestra. Una vez, en una casa del barrio aristocrático de Palma, había duendes que por las noches se dedicaban al divertido deporte de asustar a sus moradores. Las víctimas preferidas de esos seres fantásticos fueron, durante una temporada, dos muchachas de servicio que dormían en la misma habitación. Oían, con el natural sobresalto, en puertas, paredes y muebles, golpes sospechosos que las despertaban. Tantas eran ya las noches consecutivas en que hubieron de soportar tamaña mortificación, que una vez una de las muchachas, incorporándose en la cama, después de encender una vela, dijo a su compañera: «Mos haurem de mudar de casa». ¡Cuál debió ser la sorpresa de las dos muchachas, cuando oyeron que una voz misteriosa les hablaba y decía: «Doncs noltros també mos mudarem»! A lo que podríamos observar que bien pueden dormir sin zozobra alguna los moradores de aquella isla, si todos los duendes esparcidos por sus casas gastan con ellos el mismo plácido humor que demostraron tener aquella noche en que se decidieron a entrar en conversación con los mortales.

## UNA ANECDOTA SIMBOLICA

Los que hemos tenido aún la suerte de conocer en nuestra infancia y juventud lo que era «la *douceur de vivre*» en un mundo libre de esos horribles espectros de las guerras mundiales y de los concomitantes cataclismos económicos, sociales y morales, no podemos volver los ojos al pasado sin sentir una profunda nostalgia de aquellos tiempos que ahora se nos aparecen más felices quizá de lo que eran en realidad, si los confrontamos con la baraúnda infernal de calamidades que azotan sin pausa al mundo en estas horas trágicas de la historia. Ahora, a medida que pasan los años, se remozan mis recuerdos de los felices tiempos de antaño con una vivacidad tal, que cedo fácilmente a la tentación de redactar mis impresiones personales sobre los múltiples aspectos del enorme contraste de lo que es la vida de hoy con la de entonces en sus aspectos morales y sociales. Y uno de los aspectos que más seduce a mi pluma es el que nos ofrece el antagonismo que en el campo de la cortesía y del trato social existe entre dos épocas consecutivas separadas aproximadamente por la divisoria entre el siglo pasado y el presente.

Son tantos y tan interesantes los comentarios que me suscita la comparación entre este hoy y aquel ayer de la historia del mundo en los que Dios me ha hecho vivir, que no pienso agotar el tema por numerosos que sean los artículos que pueda dedicar al resultado de mis cavilaciones. No tengo trazado ningún programa para este tema que es más propio para ser desarrollado en un libro que en artículos periodísticos. Hoy voy a tocarlo desde el punto de vista del trato social. Y como

sea que mis observaciones se basan casi exclusivamente en mi experiencia y mis recuerdos personales, voy a ocuparme de las profundas diferencias del trato social en una y otra época a base de una anécdota familiar tan elocuentemente expresiva, que en rigor no necesita comentarios. He aquí la anécdota tal como me la contó mi buen amigo, el ilustre escritor Miguel de los Santos Oliver.

Mi abuelo materno, Pascual de Togores, conde de Ayamans, de la más antigua nobleza mallorquina, al cual aún conocí en los años de mi niñez era, según decían, hombre de ideas políticas muy liberales, alfonsino convencido y enemigo acérrimo de la causa carlista. Ello, sin embargo, no era óbice a que en el terreno social fuese de ideas muy rígidas y lo suficientemente anacrónicas para sostenerse en una actitud declaradamente adversa a la tendencia, ya bastante pronunciada en la segunda mitad de su vida, a derribar las antiguas barreras que en otros tiempos separaban inexorablemente en el trato y en las costumbres a las clases sociales. En esto era don Pascual de una intrasigencia inflexible. Era un gran señor totalmente chapado a la antigua. Esta manera de pensar la manifestaba en el trato de las gentes en una matización extensa y variadísima de actitudes frente a las personas con las que estaba en relaciones de amistad o puramente conocidas. Y tenía el secreto de acomodar su trato a los diferentes grados de la jerarquía social a la que aquellos pertenecían.

Entre sus fincas tenía mi abuelo una, situada en las cercanías de Lluchmajor, llamada «Son Juliá». El mayordomo de la hacienda tenía entre sus hijos uno de entendimiento muy despierto y de muy discretos modales. Debido a esto, su padre quiso darle carrera. El chico escogió la de abogado. A mi abuelo le pareció bien la decisión del mayordomo y se brindó a pagarle sus estudios. El día que el chico fué a despedirse de mi abuelo antes de embarcarse para Barcelona, le llamó a su despacho en su viejo caserón de Palma. Mi abuelo, al entrar el novel estudiante, permaneció sentado y no le alargó la mano. Lo mismo hizo al despedirse después de ha-

ber hablado afablemente durante un buen rato con el muchacho, el cual permaneció de pie al otro lado de la mesa.

El chico volvió a Mallorca acabado el curso y se apresuró a ir a saludar a mi abuelo y a participarle que había salido de los exámenes con sobresalientes y matrículas de honor. Mi abuelo le felicitó efusivamente y le hizo contar durante algunos minutos sus impresiones. El chico permaneció de pie y mi abuelo, ni al entrar ni al salir el muchacho, le tendió la mano. La escena se repitió en los años siguientes con la única diferencia de entretenerse más tiempo en la conversación. Llegó, finalmente, el año en que el mozo aprobó, siempre con la misma brillantez, las asignaturas del último curso. ¡Ah!, entonces el bueno de mi abuelo, al verle entrar en su despacho, sin levantarse, le alargó la mano y estrechó la del hijo de su mayordomo que se había elevado a un nivel social ya más cercano al suyo. Mostró gran interés por sus estudios y después de permanecer uno y otro de pie durante un largo rato, le despidió estrechándole otra vez la mano.

Y ahora viene el epílogo de la anécdota. El muchacho quiso doctorarse y se fué a Madrid. Volvió como siempre laureado con la máxima calificación. Al desembarcar, hizo la obligada visita al conde, que ya estaba informado de sus triunfos. Aquel muchacho de antaño, de modales rústicos, ahora ya sabe presentarse con aire señorial no reñido con una actitud respetuosa. Tan pronto abre la puerta del despacho, ve cómo mi abuelo se levanta y adelantándose hacia él le felicita con un fuerte apretón de manos y le ofrece sonriente una silla. Y sentados uno frente a otro, anudan una larga conversación. Al despedirse, mi abuelo le acompaña hasta la misma puerta y estrechándole otra vez la mano, le dice que con mucho gusto le recibirá siempre que lo desee.

He aquí una anécdota que no necesita comentarios, porque es la expresión viva del hondo sentido de jerarquía que animaba y sostenía aquella civilización que hoy, tras una larga agonía, estamos viendo naufragar en el caos en que al presente se debate la humanidad.

## RECUERDOS DE MALLORCA

Mi abuelo materno, don Pascual de Togores, Conde de Ayamans, tuvo tres hijas: Leocadia, María del Pilar, mi madre, y María Fernanda. Sin sucesión masculina, su heredero del título y de la parte mayor de su patrimonio fué el hijo mayor de mi tía Leocadia, Mariano Gual y de Togores, el cual tenía otro hermano, José, y tres hermanas, Concepción, María Teresa y María del Pilar. Estos, en resumen, eran mis próximos parientes mallorquines, junto a los descendientes de mi tía Fernanda que casó con un Dezcallar. De ellos viven aun algunos sucesores de las familias Morell y Dezcallar que se enlazaron con los sucesores de mi abuelo materno.

Mi abuelo, a más de ser muy culto e ilustrado, era todo un carácter. Por lo que toca a su cultura puedo afirmar que su biblioteca particular guardaba verdaderos tesoros. No tengo más que citar algunos de sus viejos libros: manuscritos y ediciones antiguas de las obras de Ramón Llull, del cual era muy devoto. Entre los libros lulianos figuraba la magna edición moguntina del siglo xvii de las obras completas del gran filósofo y poeta mallorquín; y tengo que mencionar, como pieza rara, un magnífico códice de últimos del siglo xiv, de la célebre Crónica de Jaime I el Conquistador. Después de la muerte de mi abuelo, estos y otros libros antiguos de gran valor fueron adquiridos por el reputado bibliófilo Isidro Bonsoms. Otra nota interesante de la personalidad de mi abuelo es la que se refiere al entrañable afecto que profesó a su nieto y mayor hermano mío, Francisco. Recuerdo todavía

con qué cálida simpatía mi hermano hablaba de nuestro abuelo, ponderando la erudición y el entusiasmo con que expresaba su simpatía hacia la vida y la obra del gran iluminado de Randa y Miramar.

Una tercera nota de la personalidad de don Pascual es la que se refiere a su carácter austero y a la educación antisentimental que dió a sus tres hijas. Mi madre nos contaba a los cuatro hermanos que nuestro abuelo aplicó a ella y a sus dos hermanas, cuando todavía no habían salido de la infancia, un método infalible para que en un sólo día aprendiesen a nadar. Había dado previamente orden al marinero que era su maestro de natación, que un día se las llevase a las rocas de la playa y las arrojase sin previo aviso al mar una después de otra. Las tres, efectivamente, fueron grandes nadadoras. Y, finalmente, otra nota muy significativa en mi abuelo era su anglofilia. Ciertamente, abundaban los anglófilos entre las gentes ilustradas de la isla. El mero hecho de ser isleños, como los ingleses, engendraba en ellos una simpatía instintiva a los hijos de la rubia Albión, tanto más cuanto en aquella etapa de la Historia de la Gran Bretaña la era victoriana señalaba el apogeo de su poderío y de su riqueza. Don Pascual tenía así, muy marcada en sus gustos, una mezcla muy original de influencias extranjeras y del más castizo tipismo del alma popular.

De mis dos tías mallorquinas la que tenía más recia personalidad era Leocadia. Esta era la que más conocíamos. Tía Leocadia era un acabado tipo de raza. Era una mujer fuerte, una mujer estoica y sufrida hasta un grado indecible. Cuando enviudó, reglamentó su vida con tanto rigor que puede decirse que hacía vida más de monja de clausura que de señora de gran mundo. No era agraciada de rostro, pero tenía grandes y hermosos ojos. Hacía vida recoleta y pasaba todo el día, desde que volvía de misa, reclusa en sus habitaciones. Se dejaba ver por nosotros, sus sobrinos, sólo unos minutos cada mañana. Nos santiguaba, nos decía unas pocas palabras amables, nos obsequiaba con alguna golosina. Al cabo de unos

minutos nos despedía para volverse a encerrar en sus habitaciones. «Es una santa», decían los íntimos de la casa.

Pasaba las horas en permanente soledad, rezando y meditando y distribuyendo sus limosnas entre los necesitados que acudían a ella.

Pero tía Leocadia no era una vulgar beata. Tenía demasiada personalidad para serlo. Era una mística y una ascética que se había aislado del mundo para vivir en soledad con Dios. Vivía en íntima y constante comunión espiritual con las almas de sus familiares, ya fallecidos. Esta comunión, este culto a los muertos de su familia tenía en ella formas originalísimas que nunca he observado en ninguna otra persona devota. Ella se había impuesto una obligación que no figura entre las obras de misericordia que nos enseña el Catecismo. Era una modalidad especial del «enterrar a los muertos» que nos recomienda la Iglesia. Lo que hacía tía Leocadia era «vestir a los muertos» cada tantos años. Ella iba al cementerio acompañada de una sirvienta con una canasta repleta de ropas. Se hacía levantar la losa del panteón de la familia, y con ayuda del conserje del cementerio bajaba hasta el fondo de la cavidad. A la luz de una linterna examinaba una por una las momias de los allí enterrados. Cuando observaba que las ropas que las cubrían estaban ya hechas harapos, les despojaba de ellas y las cubría con las ropas nuevas y flamantes que llevaba. Esa originalidad de tía Leocadia tenía otras manifestaciones. Mi madre no dejaba de recibir, al cabo de unos días, una carta de su hermana en la que puntualizaba con un detalle minucioso el estado en que ella había encontrado las momias de los familiares enterrados en el panteón. Esas cartas eran acogidas por mis hermanos y por mí, entonces aún niños, con risas y exclamaciones de horror. Pero ahora a mi avanzada edad juzgo de otra manera la original obra de misericordia practicada por mi tía Leocadia. Era un rito de gran sentido religioso que exigía al que lo practicaba un alma intrépida, tener un concepto archicristiano de la muerte y haber conseguido, con la gracia de Dios, despojarse de toda

idea tétrica y pavorosa de la muerte para concentrarse en el convencimiento de que las almas de aquellos cuerpos enterrados «duermen», ya en la presencia de Dios, «el sueño de la paz» y gozan del «refrigerio y la luz» de los bienaventurados.



IV

POBLET



### “JAM HIEMS TRANSIT...”

Quien tiene la suerte de recorrer en estos días finales de la primavera este paraíso terrenal, que está tendido en el campo, en las sierras y en los bosques que rodean el Monasterio de Poblet, queda mudo de asombro ante la maravillosa lozanía con que árboles, arbustos y las más humildes hierbas campesinas florecen y se coronan de frutos ya sazonados unos y prometedores otros de una ubérrima cosecha. Y éste dicen que es el aspecto general que ofrecen los campos de toda España. Y al cruzar por estos que huella ahora habitualmente; al poner en parangón la actual promesa ya segura de una abundancia de todo punto excepcional que contrasta con la escasez que hemos padecido los españoles en los pasados años de pertinaz sequía; al recrear nuestra vista por la suave ondulación del oro de los sembrados que ya se inclinan al peso de las obesas espigas, dispuestas a ser inmoladas por el filo de la hoz de los segadores; al ver cómo las ramas de las cepas, de los avellanos, de los almendros, de los olivos, de los árboles frutales y de los algarrobos, entre el temblotear apacible del verdor tierno de sus hojas recientes y lustrosas, revientan de yemas, granos y bayas, prometedores unos, y de frutos de todos los colores de las piedras preciosas otros, bajo el tibio resplandor del sol de junio y al beso penetrante de brisas clementes, después de haber recibido el bautismo fecundo de lluvias abundantes; al contemplar, en fin, este océano de verdor tendido en torno por doquiera hasta perderse de vista en el horizonte, nuestro corazón, como otro árbol henchido de savia generosa hasta el desbordamiento, revienta también

de yemas y frutos de reconocimiento y gratitud a la divina Providencia; y un aliento encendido de acción de gracias al Altísimo entreabre nuestros labios prestos a estallar en un himno a la gran misericordia del Padre que está en los cielos, pero que vela amorosamente desde lo alto por todas y cada una de sus criaturas.

¡Frescas mañanitas de esta primavera excepcional en las que el mundo se nos aparece como si estuviese aún fragante del sagrado aliento creador de Aquél que lo sacó de la nada con su «Fiat» todopoderoso! ¡Cuán vanas se nos aparecen las inquietudes y las luchas egoístas de los hombres al sentir en nuestra frente la caricia de los primeros rayos del alegre sol mañanero y del inviolado airecillo expirado de lo más recóndito de las montañas y de los bosques vecinos! ¡Qué divina delicia la de contemplar este fluir musical de las aguas cristalinas serpenteando y saltando juguetonas e inagotables por los cauces y los lechos de esos ríos generalmente secos y de los que graciosamente un agudo humorista dijo que habían de regarse para que no hicieran polvo! ¡Y ver las humildes hierbas innominadas y las florecillas silvestres en toda su inmensa variedad invadir las márgenes de los caminos, y esmaltar de maravillosas estrellas los labrantíos y tender una alfombra de esmeralda por todas las porciones no cultivadas del terreno alrededor de los troncos de almendros y nogales, chopos y álamos, hayas y robles! ¡Y qué alegre algazara la de los pajarillos al asomar el primer resplandor del sol en las cumbres de la sierra próxima! Todas las églogas, todos los idilios pastorales que se han escrito en el mundo zumban entonces dulcemente en el interior de mi alma. Y ahora que estoy ocupado en la lectura y el estudio de la maravillosa traducción que hizo fray Luis de León de la Egloga de todas las Eglogas, y del Idilio de todos los Idilios, de esta perla única de la literatura universal que se llama el «Cantar de los Cantares», no hago más que repetir y cantar interiormente ante el milagro de la presente primavera los versículos incomparables del libro de Salomón: «Veni, amica mea... Jam hiems

transit, etc.», que en la traducción insuperable del poeta dicen: «Levántate, amiga mía y galana mía, y vente. Ya ves; pasó el invierno, pasó la lluvia y fuése. Descubre flores la tierra... oída es la voz de la tórtola en nuestro campo, etc.».

Sólo que yo no he oído la voz de la tórtola en nuestro campo. Pero he oído la voz de otra avecilla. Una avecilla bonita que en estos campos anuncia, junto con la del ruisenor, durante este mes de junio, la bonanza del cielo. Este pájaro de pintado plumaje es la abubilla, que en catalán, con una gráfica y graciosa onomatopeya, llamamos «puput», y en la terminología científica «upupa epops». Su voz, aunque monótona, es de una gran sonoridad; una sonoridad entre la del óboe, la del clarinete y la del fagot... Pu-pu-pu, pu-pu-pu... No sé qué tiene de triste esta voz que no llega a modular un canto. Pero es una voz que surge límpida y pura de la garganta de la primavera y anuncia aires tibios, verdor y flores en los campos y bonanza en el cielo. ¡Canta, canta, abubilla amiga! Pu-pu-pu... Pu-pu-pu.

## ¿QUE ERA POBLET EN MI INFANCIA?

El Monasterio de Poblet murió trágicamente en el primer tercio del siglo pasado a manos de los turbas de incendiarios, de demoledores y de profanadores. Su inmenso cadáver insepulto estuvo algunos años casi abandonado y fué víctima de las más horrendas mutilaciones. Pero cuando todo aparecía consumado, Dios decretó la resurrección del Monasterio, y fué la de Tarragona la mano de la que ella se sirvió para realizar el milagro. Fué Tarragona la que, acercándose a aquellos tristes despojos y con su corazón henchido de piedad, pronunció el «Levántate y anda». Y Poblet se levantó y desde aquel momento ha andado ya un largo camino hacia su restauración material y espiritual.

¿Qué era Poblet en los días de mi infancia? Una imponente invasión de hiedras despeñándose en cascadas arrolladoras desde lo alto de las cornisas y de las almenas, cubriendo vastos lienzos de los muros; sepulcros abiertos, en los que se veía blanquear los huesos de los nobles y magnates allí enterrados, y convertidos en nidos de lechuzas; ventanales y pórticos sin cristales ni puertas, abiertos a los vientos y las lluvias y dando libre paso a todos los estragos e inclemencias del cielo; vuelos de vencejos durante el día, y de murciélagos durante la noche por las naves de la iglesia y por las inmensas dependencias del monasterio; la gran pila del templete del claustro, seca y despedazada y, en torno a ella, el antiguo jardín monástico agonizando bajo el ahogo de los cardos, zarzas y ortigas que lo inundaban de un cabo a otro; el gran rosetón de la iglesia abriendo su enorme cuenca tene-

brosa en lo alto de la fachada y devolviendo en lúgubres y repetidos ecos las voces humanas que se alzaban en el exterior; tejados que dejaban ver el cielo y las nubes; columnas rotas, estatuas mutiladas; fragmentos mil de nobles alabastros, esparcidos por el suelo; la gran iglesia aún oliendo a tufo de lana y excrementos de rebaños de ovejas que allí conducían los pastores para hacer servir el abandonado templo de aprisco nocturno; las tumbas reales abiertas y vacías, mostrando todavía las heridas de la horrenda profanación, que ofreció a algunas familias de los pueblos vecinos ocasión para ataviar a sus niños con prendas confeccionadas con sedas, terciopelos y damascos de las riquísimas vestiduras de las regias momias; la iglesia, el refectorio y las naves del claustro convertidas en lugares de esparcimiento, en merenderos y hasta en salas de baile donde los habitantes de poblados vecinos y los veraneantes acudían para celebrar fiestas y verbenas, iluminar las ruinas con bengalas y organizar irreverentes mascaradas a base de disfraces de frailes encapuchados; boquetes abiertos en diferentes partes de los muros exteriores, huellas de las grotescas exploraciones de buscadores de tesoros, que se servían para el logro de sus fines de los medios más grotescos de la nigromancia y del sonambulismo; historias de miedo, contadas por el conserje del Monasterio, que en sus rondas nocturnas y en noches de luna veía deslizarse por el aire pálidos fantasmas y espectros, almas en pena de los enterrados en aquel recinto; agonía lenta e implacable del gran cenobio arruinado, sin dueño y sin alma, bajo los efectos del asedio más cruel sufrido durante su secular historia: el asedio de los propietarios vecinos que habían practicado brechas en sus muros y tomado posesión y empezado el cultivo de grandes porciones de sus patios interiores y disputaban sañudamente al Estado la propiedad de algunas antiguas y monumentales edificaciones del Monasterio; lúgubre desolación de aquella formidable masa de construcciones cuya significación trascendental ya se había desvanecido para nuestro pueblo y que sólo despertaba el entusiasmo ro-

mántico de poetas e historiadores y la ya no tan romántica admiración de anticuarios y coleccionistas que iban royendo al Monasterio sus tesoros escultóricos para enriquecer sus propias colecciones; trágica transformación de lo que había sido gloriosa institución de nuestros reyes y luminoso foco de santidad y cultura, en un inagotable arsenal de materiales de construcción del que los pueblos vecinos extraían toda la piedra labrada, madera y hierro que necesitaban sus pobladores para sus fines particulares; y, finalmente, la terrible amenaza de un próximo hundimiento total y absoluto, a la que parecían empujar irresistiblemente los cuarenta años de completo abandono en que tuvo al gran Monasterio aquel bochornoso régimen liberal y demagogo que propagó en nuestra patria la indiferencia, el desprecio y el odio hacia las huellas de los tiempos más gloriosos de nuestro pasado.

Tales son, rápidamente diseñados, los recuerdos más lejanos y más vivos que los que pertenecen a mi generación conservan del Monasterio de Poblet si, como el que esto escribe, tuvieron ocasión de visitarlo en los días de su infancia. Al cabo de medio siglo aquella fatídica elegía que cantaban en silencio unas ruinas, cada vez más pavorosas, se ha trocado en el himno exultante de la restauración integral que surge hoy de estas gloriosas piedras, simbolizada, en lo material, por los alegres chorros del agua cantarina que vuelve a entonar su canción de vida en la gran pila del templete, y, en lo espiritual, por el desfile silencioso, por las naves del claustro, de los monjes blancos de la comunidad cisterciense, reintegrada providencialmente a este antiguo hogar suyo donde durante tantos siglos mantuvieron encendidos los grandes ideales de Religión y Patria.

Los que vieron lo que era Poblet hace hoy más de medio siglo tienen la impresión, al contemplarlo, de estar presenciando un gran milagro. Roguemos a Dios que nuestros hijos lleguen a ver el término feliz de este milagro y que ellos puedan un día contemplar a nuestro gran Monasterio otra vez unguido de toda su grandiosa significación.

Cuando los monjes abandonaron el Monasterio en 1810, en 1820 y, de un modo definitivo, en 1835, la espiritualidad de Poblet ya hacía dos siglos había empezado a descender a su ocaso. Ciertamente, el derrumbamiento de sus muros, el destrozo de sus altares, el despedazamiento de sus imágenes, la expoliación de su riqueza arquitectónica y escultórica, la profanación y la devastación de sus tumbas, estragos que se prolongaron durante los largos años de su abandono, tienen su más trágica significación en su valor simbólico. La caída de sus piedras y la ruina de sus magníficas obras de arte no fueron más que los signos visibles de la caída y de la ruina de su espíritu. Aprendamos a leer en la catástrofe material y artística de Poblet en el siglo pasado el hundimiento anterior del espíritu que lo había levantado y le había guiado por los caminos de su pasada grandeza.

Mucho se ha escrito en elogio de la espléndida obra de la restauración material y artística del Monasterio llevada a cabo en estos últimos tiempos. Pero hemos de confesar que el gran volumen de lo que se ha dicho y escrito sobre la restauración material y artística de Poblet está en vivo contraste con lo poco que se ha dicho y escrito sobre la obra de su restauración espiritual. Es verdad que se repitió infinitas veces la expresión «restauración espiritual». En los primeros años de la vida del Patronato, más concretamente aún en los de la malhadada República, se usó y se abusó de esa expresión. Pero «restauración espiritual» en los labios y la pluma de muchos significaba algo muy distinto de lo que en rigor y propiamente significan. Si se tratase de una Universidad, de una academia, de una corporación docta, no tendríamos inconveniente en aplicar el adjetivo «espiritual» en este sentido. Pero tratándose de un monasterio, o de una institución esencialmente religiosa, las palabras *espiritual*, *espiritualidad*, no podemos referirlas más que a la religión, a todo lo que se relaciona con Dios y con la vida sobrenatural.

El renacimiento o restauración espiritual de Poblet fué una aspiración, un anhelo que se dejó sentir desde el primer

día del trágico abandono del gran cenobio. Fué una aspiración, un anhelo de una minoría, de una reducida selección de almas sensibles a los valores sobrenaturales de la vida humana. Suspiraban en secreto por ver o cuando menos considerar como posible y más o menos próximo el día en que aquellas mudas bóvedas y aquellos desmantelados muros de la iglesia de Santa María volviesen a resonar con los fervorosos acentos de la divina alabanza y en que aquellas naves desiertas volvieran a poblarse de altares donde se sacrificase de nuevo la Sagrada Víctima y se volviese a elevar en manos sacerdotales la Hostia inmaculada.

Hacia fines del siglo pasado este secreto anhelo de espiritualidad era compartido por algunos de los miembros de la Comisión Provincial de Monumentos. Entre ellos se contaba su presidente: mi padre. Y ellos consiguieron contagiar este anhelo a sus restantes compañeros de la corporación y a una minoría selecta de la clase distinguida de ciudadanos de Tarragona. Fué en los últimos decenios del pasado siglo — concretamente un día de junio del año 1885 — cuando se vió colmado el anhelo de aquellos buenos ciudadanos. Una clara mañana de junio, en medio de trinos de ruiseñores y del blando susurro de las primeras hojas de los chopos, fué vuelta a consagrar la hermosa capilla de San Jorge, junto a la Puerta Dorada. Se celebró con conmovedora sencillez la primera misa en esa capilla, debidamente restaurada y luciendo una gran profusión de flores y luces. Yo era todavía niño, tenía 8 años. El público fué numeroso y escogido. La mayoría de los concurrentes tuvo que oír la misa de pie fuera de la capilla atestada de gente. Yo, como he dicho, era todavía niño y por esta circunstancia me he creído obligado a insertar esta evocación en el presente libro. A pesar de mi corta edad, aquel episodio y la honda emoción que en mí despertó, quedaron para siempre grabadas en mi memoria. Se había dado el primer paso en el camino de la restauración espiritual de Poblet. El segundo se realizó más de medio siglo después, como veremos.

Ningún otro paso había de darse durante ese largo lapso de tiempo. Durante este período y al tocar a su fin, y durante el período en que acababa de ser constituido el Patronato de Poblet (1929), dióse un grande y decisivo impulso a la obra de la restauración material y artística del Monasterio. Pero, aún así, los visitantes seguían entrando y circulando por la dismantelada iglesia con el sombrero puesto y comentando a veces con irreverente chacota, el cigarrillo humeante en los labios, el triste espectáculo de los restos despedazados de la antigua grandiosidad y riqueza del templo. Eran aquellos los tiempos en que el conserje del Monasterio poniéndose al frente del altar mayor, bajo las gradas del presbiterio, hacía una demostración al vivo de las magníficas condiciones acústicas de las bóvedas del templo entonando con voz estentórea y con ribetes de caricatura las notas solemnes del Prefacio: *Vere dignum et justum est*, etc.; o en que otro conserje más decidido y desahogado que el anterior, al llegar, en medio del grupo de visitantes, a la sacristía mayor, les decía: «La cúpula de esta grandiosa sacristía tiene unas resonancias maravillosas. Esperen un momento; voy a hacerles una interesante prueba de lo que acabo de decir». Acto seguido se dirigía a un ángulo obscuro de la sacristía y volvía con una carabina en la mano; y encarándola hacia arriba, *bum*, la disparaba, haciendo retemblar las piedras y llenando de una tempestad de ecos estruendosos las naves y las bóvedas del templo.

Bien es verdad que en aquellos tiempos la Comisión de Monumentos había puesto coto a ciertos escandalosos abusos de tiempos anteriores en que se celebraban opíparas meriendas en el antiguo Refectorio, se organizaban mascaradas nocturnas iluminadas por bengalas y amenizadas por individuos disfrazados de monjes que parodiaban el desfile de la antigua Comunidad por los claustros; y, lo que es aún más escandaloso, se había llegado a consentir por el guardián del Monasterio que se organizase un baile en la iglesia al son de un destemplado acordeón.

Nunca, sin embargo, faltaron almas sencillas que se dolían de estos tristes espectáculos, personas que visitaban la destrozada iglesia con la mayor compostura y reverencia y ocultaban, como en un sacrario, en el fondo del pecho aquel íntimo anhelo al que antes me he referido, de ver un día aquel templo sin altares convertido otra vez en la casa de Dios. Esta minoría veía con la mayor satisfacción el progreso que hacía día tras día la restauración material y artística del Monasterio, confiada a hombres inteligentes y doctos que habían conseguido llevar al terreno de la realidad sus sueños restauradores y sus anhelos de ver otra vez aquellas piedras evocadoras dar cobijo a las más nobles manifestaciones de la cultura de nuestra tierra. Esto nos llenaba de alegría, pero no conseguimos llenar el vacío de nuestra alma que anhelaba, a fin de cuentas, devolver a Dios lo que a Dios había sido consagrado.

Voy a contaros a este propósito una anécdota vivida por mí, hace muchos años, cuando Poblet estaba ya en vísperas de entrar por el camino de su restauración.

Una vez un grupo de amigos que estábamos veraneando en Poblet quisimos hacer una visita nocturna al Monasterio. Nuestro propósito era dar una audición de música clásica bajo la bóveda, de maravillosa resonancia, de la sacristía mayor. La ejecución del concierto corría a cargo de mi esposa, en Gloria esté, que era una consumada artista del violín. Entre las tres o cuatro familias que formábamos el grupo, había la del poeta Maragall, recientemente fallecido. Estaban allí su viuda, doña Clara Noble, y tres o cuatro de sus hijos e hijas. A la débil claridad de un farolillo nos dirigimos a la sacristía nueva, donde dejamos sola a mi mujer con su violín y el farolillo a sus pies. Los demás nos colocamos en la iglesia frente al altar mayor. No había todavía culto en el templo. Hasta nosotros, sumidos todos en las densas sombras, llegaban, como si fuese música encantada que brotase de las bóvedas invisibles, las melodías de Bach y Händel, de Schumann y César Franck, de Beethoven y Schubert, que nos enviaba,

a través del profundo silencio en que yacía el templo, el violín remoto e invisible. Todas las bóvedas parecían responder con sus misteriosos ecos a aquellas ondas de mágica armonía. Todos estábamos suspensos y callados, sin atrevernos casi a respirar, recelosos de romper aquel inefable encanto de una música que nos hablaba de Dios en aquellas ruinas y despertaba en la hondura de nuestro pecho un sentimiento inefable de adoración. Cesó por fin la música; oímos acercarse unas pisadas; la claridad del farolillo volvió a brillar entre las tinieblas; la que lo llevaba lo alzó a la altura de la cabeza. Y entonces vimos a la viuda del poeta y a sus hijos arrodillados en las gradas en actitud de orar ante el altar destrozado. La viuda del poeta al caer de rodillas con sus hijos en las gradas del altar mayor, al peso de la emoción de aquella divina música, había realizado un acto preludial de consagración del templo profanado.

Como he dicho, con la consagración de la capilla de San Jorge se había dado el primer paso en la restauración espiritual de Poblet. El segundo fué la consagración de la iglesia de Santa María. Y el tercero y último había de ser la restauración en el Monasterio de la gloriosa orden del Císter, con la venida y la instalación de sus monjes en el cenobio ya restaurado, en 1940. Pero esto entra ya en un período de mi vida muy distante de mi infancia y adolescencia.

## ECOS Y FANTASMAS

Muy contados deben ya ser los de mi generación que hayan visto lo que yo he visto desde los primeros años de mi vida en el Monasterio de Poblet. Por abrigar el temor de que lo que allí he visto y también oído en aquellos remotos días de mi infancia, quede irremisiblemente olvidado bajo la losa de los siglos si no me decido a confiarlo al papel, y como, por otra parte, esos relatos los juzgo de interés para la historia de la restauración del Monasterio que ahora estamos presenciando, voy a aprovechar la hospitalidad que me ofrecen estas columnas para dar a conocer a mis lectores esas rápidas notas arrancadas de mi libra de memorias.

Poblet, a últimos del siglo pasado, no era, en verdad, como por algunos se ha dicho, un montón de ruinas, ni siquiera un monumento abandonado. La Comisión de Monumentos de Tarragona, que presidió mi venerado padre durante los últimos años de su vida, cuidaba con celo verdaderamente ejemplar de su conservación y tenía un conserje permanente encargado de su custodia que residía con su familia en una dependencia del Monasterio. Debido a estas circunstancias, todos los de mi familia teníamos entrada libre en el viejo y solitario Cenobio y conocíamos todos los rincones de aquella inmensa masa de edificios, a todas horas desiertos. No tan desiertos, sin embargo, que no estuviesen habitados por una población silenciosa e invisible durante muchas horas del día y de la noche. Los seres más sociables de esta población eran en verano los vencejos y las golondrinas que ejecutaban los «raids» de sus vuelos en la iglesia mayor y en el dormitorio

de los novicios. Había también la familia taciturna de los murciélagos que ensayaban al anochecer su torpe vuelo por aquellas mismas dependencias y se columpiaban a la sombra de los tejados, durante el día, en sus nidos colgantes. Había también la familia noble de los gavilanes encaramados en lo alto del cimborio y la familia esquiva de las lechuzas esperando que cerrase la noche para salir de caza con su vuelo fofo y casi imperceptible. Y, finalmente, en la planta baja no faltaban las humildes familias de los más variados reptiles, desde la lagartija hasta la culebra, que de vez en cuando salían medrosamente de sus escondrijos del claustro y de los patios.

No eran, sin embargo, estas familias tan variadas de seres mudos o vocingleros las únicas que tenían alojamiento en las viejas piedras del Monasterio, ni eran ellas tampoco las que le daban carácter. Eran, al fin y al cabo, gentes advernedizas y, propiamente, unos intrusos que habían tomado posesión de un alojamiento ajeno abandonado. Los pobladores por derecho propio del Monasterio eran de dos especies. De ellos, unos sólo se dejaban ver, aunque de tarde en tarde; los otros eran invisibles y sólo se dejaban oír. Aquéllos eran los fantasmas; éstos, los ecos.

Confieso que no he visto nunca un fantasma en Poblet, ni en las condiciones y circunstancias más favorables. Ni cuando era niño logré descubrir ninguno, ni aun en las noches de luna, ni en las más oscuras, durante las rondas que, guiados por el conserje y a la mortecina luz de unos faroles, hacíamos por los lugares más inverosímiles del Monasterio, por ejemplo, por los tejados de la iglesia. Pero el conserje sí que los había visto. Y sus relatos eran tan impresionantes, que yo tenía de la existencia de los fantasmas la misma convicción que si los hubiese visto con mis propios ojos. Nos contaba que por las noches, antes de acostarse, hacía la última ronda por todo el recinto, armado de su carabina. Era hombre valiente y había tomado parte en las guerras civiles, y así sus relatos me ofrecían todas las garantías de la verdad. Los fantasmas se le aparecían a respetable distancia, sobre todo en noches de

luna o en noches muy cerradas, con la particularidad de que eran tres siempre los mismos. Uno era el fantasma del dormitorio de novicios; el segundo, el del palacio del rey Don Martín; el tercero era el de los torreones y del paso de ronda. Los tres se aparecían por separado y no en una misma noche. Iban vestidos con el hábito cisterciense, blanco, con amplia cogulla. Hacían signos misteriosos, se deslizaban en silencio y acababan por desvanecerse entre las sombras.

Los otros pobladores por derecho propio del Monasterio eran, como hemos dicho, invisibles y sólo se dejaban oír. El Monasterio en aquellos días de mi infancia era una monstruosa guarida de ecos maravillosos. Los niños sabíamos exactamente los lugares donde con mayor claridad e insistencia respondían a nuestras voces. Eran éstos los situados frente a las dos enormes cuencas, abiertas a todos los vientos, de la iglesia mayor y del dormitorio de los novicios. ¡Oh delicia mezclada de pánico la que sentíamos a la hora del atardecer al despertar con nuestras voces infantiles a aquellos seres misteriosos, perpetuamente dormidos a la sombra de las viejas piedras del cenobio solitario y que tan dócilmente respondían a nuestra llamada, no una, sino dos, tres y hasta más veces, repitiendo con claridad asombrosa nuestros gritos y nuestras palabras!...

Hoy, Poblet, al cabo de cincuenta y tantos años, ya ha dejado de ser el palacio embrujado de los ecos y los fantasmas. Hoy sus pobladores son humanos, se dejan oír y se dejan ver. La familia de los antiguos fantasmas ha sido desalojada por la de los monjes del Císter, que con sus blancas cogullas y capuchas de verdad, derraman el optimismo de la santidad por aquel ambiente ya redimido del horror de la soledad y de las tinieblas. Hoy también la familia de los antiguos ecos ha desaparecido de aquel recinto. Huyeron o murieron ahogados por la primera oleada de armonía levantada por la suave salmodia del rezo monástico. Y ya no pueden revivir ni volver a entrar, pues los ventanales, antes abiertos a todos los vientos, filtran ya los rayos del sol a través de los

coloridos cristales, y las puertas cerradas del cenobio impiden la entrada de todo grito profanador del mundo externo.

Dios quiera que el Monasterio de Poblet siga siendo en lo futuro sin interrupción la pacífica morada de los monjes blancos y la caja de resonancia de la divina armonía del «Opus Dei», y que jamás las familias de los fantasmas y la de los ecos vengan a alojarse en su recinto, pues tanto éstos como aquéllos acechan el momento final de la obra de destrucción de los lugares sagrados para instalarse sigilosamente entre las sombras de sus piedras derruídas o abandonadas.

## LA VOZ DE LAS MONTAÑAS

### I

Nuestra casa de la calle de Caballeros tenía dos pisos superiores, independientes uno de otro, que comunicaban con el principal. Uno de ellos era el de mi hermano mayor, Francisco; el otro era el de mis hermanas. Este último era muy espacioso y estaba espléndidamente orientado. Desde sus balcones se gozaba de una magnífica vista. En el primer plano surgía el remate del palacio de la Diputación; luego se extendía la ciudad moderna en pronunciado declive hacia el mar. A continuación, ya en el fondo del panorama, el cabo de Salou y la bellísima curva de su playa. Finalmente, ya formando parte del lejano horizonte, la recortada muralla de las montañas, las últimas estribaciones de la sierra de Prades, erizada de altas cumbres alternadas con altas planicies.

Estas montañas lejanas, con sus abruptas o gráciles siluetas y su azul luminoso, eran mi encanto y mi obsesión, sobre todo en las horas en que el sol descendía lentamente hacia la sierra, muchos días en un cielo immaculado, otros días entre nubes arboladas de mágicas irisaciones. Esas puestas de sol han sido siempre uno de los principales atractivos de Tarragona y su campo, y nosotros las esperábamos con viva ilusión; y si nos encontrábamos en casa, subíamos al piso de nuestras hermanas para sumirnos en la contemplación de aquellas maravillas, cada día diferentes, que el cielo, el mar, la tierra y el sol nos brindaban como fondo de unos espectáculos que nunca se repetían y tenían el encanto de la novedad y de la sorpre-

sa. Años más adelante, en nuestra juventud, la historia añadió un atractivo más a esos balcones de nuestra casa. Supimos que esos balcones correspondían a los ventanales de los muros del inmenso pretorio y palacio que los romanos habían edificado a lo largo de las que habían de ser con el tiempo las calles de la Nao y la de Caballeros, desde los que el emperador Augusto había gozado, como nosotros, de la contemplación de los maravillosos atardeceres del cielo y campo de Tarragona.

Esos antecedentes eran necesarios para que nuestros lectores entiendan bien lo que hoy me propongo evocar. Un piso privilegiado como el que ocupaban mis hermanas, forzosamente había de despertar la envidia en nosotros; y la despertó, en efecto, hasta el punto de hacernos concebir todo un plan para desalojar a nuestras hermanas de aquel piso del que nos sentíamos tan enamorados. Un hecho nos daba pie a formular una petición en este sentido a nuestros padres. El hecho era que solamente dos de nuestras cuatro hermanas ocupaban el codiciado piso. Las dos restantes ya lo habían desocupado: una de ellas ya se había casado; otra había profesado en una orden religiosa. Armados de esas razones, formulamos, con toda la seriedad que podía esperarse de unos mozalbetes como nosotros, nuestra justa reclamación a nuestros padres, basándonos en la realidad tan simple como evidente de que ellas eran dos y nosotros cuatro. Mi padre nos dió en principio la razón; pero nos rogó que tuviéramos paciencia por algún tiempo, para que todo se hiciera sin violencia. Mis hermanas no se resignaban a dejar su piso y opusieron una seria resistencia a nuestra pretensión. Pasaron semanas y pasaron meses, sin que las cosas cambiasen. En vista de ello, un día nos reunimos en sesión solemne y trazamos un detallado plan estratégico para dar el asalto y desalojar del piso a los que lo ocupaban contra toda razón y justicia.

Al llegar el día que habíamos señalado para el asalto, nos repartimos entre los cuatro nuestra tarea y a la hora convenida, cuando en casa solamente había el personal del servi-

cio, dimos comienzo al ataque, desalojando el piso de mesas, sillas, cuadros y baúles y subiendo todos nuestros enseres. Durante dos o tres horas subimos y bajamos varias veces la escalera; y cuando llegaron padre, madre y hermanas, se encontraron ante los hechos consumados.

Instalados, ya definitivamente, en nuestro piso, por lo que a mí respecta, pasé algunos meses como hipnotizado, en los ratos de ocio, por la visión de la cadena de las lejanas montañas. A veces me acompañaban mis tres hermanos en esta contemplación. A veces sentía nacer en mi interior un vehemente deseo de ascender a las cúspides de aquellos montes lejanos y anegarme en aquellos resplandores que me tenían hechizado. Pronto esos indefinidos anhelos cristalizaron en más positivos proyectos de emprender con mis hermanos una excursión a aquellas montañas. Me parecía oír su voz melodiosa a través de las nubes y de las azules alturas del cielo rutilante y parecían llamarme, inflamándome en el deseo de escalarlas y poner el pie en la cumbre. Esas reacciones irresistibles pronto se convirtieron en el propósito firme de llevar a la realidad, en forma de una excursión, lo que hasta entonces se había mantenido en estado de sueño.

En el artículo siguiente relataré, en sus diferentes etapas, la gran aventura de mis años juveniles, de la que fueron compañeros dos de mis hermanos.

## LA VOZ DE LAS MONTAÑAS

### II

Al fin, el seductor llamado de las montañas que mis hermanos y yo habíamos oído tantas veces en nuestros adentros, produjo efectos positivos. Cada día se afirmaba nuestra resolución de ir a ellas y trepar hasta algunas de sus cumbres de unos mil metros de altitud... Elegimos el mes de agosto, cuando nuestra familia se instalaba en la casa del Morell, después de la temporada de baños en Tarragona. Tras laboriosas deliberaciones llegamos a un acuerdo y trazamos un plan. Los excursionistas, obedientes a la seductora invitación de las montañas, seríamos tres: José, Plácido y el que esto escribe. Mi hermano Cipriano tenía en aquella fecha la salud muy delicada y hubimos de renunciar a su buena compañía. Yo tenía a la sazón unos diecisiete años, mi hermano José, diecinueve, y Plácido, quince. A Cipriano le asignamos una delicada misión: la de explicar a nuestros padres y hermanas, el día de nuestra magna excursión clandestina, el carácter que ella tendría y rogarles que nos excusasen de lanzarnos a semejante aventura sin su aprobación y permiso; les había de advertir que no sufriesen ansiedad ninguna, porque antes habíamos estudiado detenidamente nuestro itinerario y consultado a personas conocedoras de los caminos que habíamos de seguir.

Llegado el día señalado, los tres nos despedimos de la familia a media tarde, con el pretexto de dar un largo paseo por el campo. Nos encaminamos carretera adelante hacia Al-

cover, pueblo situado al pie de la sierra. Sin detenernos salimos otra vez al campo y llegamos a la próxima ermita de Nuestra Señora del Remedio. El buen hombre que hacía de ermitaño ya estaba informado del día y la hora de nuestra llegada. Después de una frugal cena, nos acostamos temprano y antes de amanecer salíamos llenos de ánimo de la ermita y emprendíamos el abrupto camino de herradura que llevaba al pintoresco pueblo de Monreal.

No había aún indicios de claridad en el cielo, cuando emprendimos la marcha. Brillaban las estrellas y su brillo reforzado por el de la luna menguante, nos permitió avanzar unos kilómetros por la senda abrupta que bordea el curso del Glorieta en medio de formidables peñascos desgajados de las cumbres. Un paisaje auténticamente dantesco, amenizado solamente por el alegre murmullo de las cascadas del Glorieta. Llegamos al imponente picacho de Monreal en el momento de apuntar el día. Cuando la claridad del cielo lo permitió, vimos allá abajo, envuelta aún en brumas, la inmensa alfombra del campo tendido junto al mar lejano. Monreal, hoy casi totalmente deshabitado, tenía entonces una población de algunas docenas de habitantes. Salió el sol y desde aquella altura el campo se nos apareció con sus pueblos y sus caseríos esparcidos por el policromo verdor de los cultivos, y allá, en la extrema lejanía, pudimos columbrar, erguidas e iluminadas por el sol naciente, las murallas y la torre de la catedral de Tarragona. Las montañas empezaban ya a cumplir las promesas involucradas en su amoroso llamado.

De Monreal seguimos montaña abajo hasta llegar a Farena, pueblo abundante en aguas, donde nace el río Brugent. Es un pueblecito recostado en un paisaje idílico de encantadora frondosidad. Fuimos a saludar al párroco, que nos acogió amablemente y nos obsequió con unas copitas de ratafía. Emprendimos la marcha otra vez montes arriba. Llevábamos una brújula y un mapa ya antiguo de la provincia. Hicimos bien en proveernos de una y otra cosa, pues nos habían de servir a maravilla para salir del

apuro en que nos habíamos de encontrar. Nos perdimos en un extenso y frondoso bosque de pinos. Empezamos a sospechar que nos habíamos apartado del buen camino y a dar vueltas y más vueltas en medio del bosque. Al fin salimos de él, pero nos encontramos frente a un paisaje diferente del que habíamos visto hasta entonces. Consultamos la brújula. Pero fué el mapa que llevábamos el que nos salvó de apuros. Al cabo de un rato descubrimos a una respetable distancia un pueblecito, más bien un caserío, medio oculto entre las peñas y que se confundía con ellas. Consultamos el mapa y con alegre sorpresa, en él encontramos indicado este caserío. Habíamos de avanzar hacia el Norte con una ligera inclinación al Oeste y saldríamos al límite de la sierra y a la vista panorámica de la Conca de Barberá y quizá a la del Monasterio de Poblet, meta de nuestra excursión. Recobrado el ánimo volvimos a subir siempre atentos a la brújula y al mapa. Eran las diez de la mañana. Por fin, a eso de las once, al poner pie en la cima de una loma desapareció definitivamente el paisaje de la sierra y se nos abrió como un inmenso abanico el extenso valle que forma la Conca de Barberá. Saludamos con gritos de júbilo el venturoso descubrimiento. Pero nos faltaba aún la confirmación de nuestra esperanza. No tardó en producirse. No habíamos avanzado muchos pasos, cuando uno de nosotros descubrió allá en la lejanía y en el fondo del valle el Monasterio de Poblet, que brillaba al sol. Nuestro entusiasmo se desbordó. En poco más de una hora, siguiendo ya caminos bien conocidos, llegaríamos al Monasterio.

Hacía ocho o nueve horas que caminábamos sin descanso por la montaña bajo el implacable sol de agosto. Nos sentíamos extenuados de calor, de sed y de fatiga. Pero la alegría del feliz descubrimiento que acabábamos de hacer, fué para nosotros un estupendo refrigerio. Decidimos tomarnos media hora de descanso antes de empezar la bajada. Cuando ya habíamos elegido el sitio, descubrimos cerca de nosotros un pastor que apacentaba sus cabras. Entramos en conversación con él. Amablemente nos ofreció un vaso de leche. La ordeño

en nuestra presencia, y nos supo a ambrosía de los dioses. Por fin, a la una de la tarde, llegábamos a Poblet. La mujer del conserje nos obsequió con una espléndida comida. Dormimos unas doce horas. A la mañana siguiente regresamos al Morell. Padre, madre y hermanos nos recibieron con los brazos abiertos y con la sonrisa en los labios y nos hicieron contar, con todo detalle, nuestra gran aventura.

Las montañas habían cumplido fielmente las promesas que nos habían dejado oír en su llamada.

## LA VOZ DE LAS MONTAÑAS

### III y último

La voz de las montañas, invitándome a la contemplación de sus hechizos, sonaba también en mis adentros cuando en verano iba con mi familia a pasar unos días en la cercanía del Monasterio de Poblet. La «masía» en la que solíamos alojarnos estaba situada al pie mismo de la estribación de la sierra de Prades que separa la Conca de Barberá del Campo de Tarragona. Así, ya «metido» en la misma montaña, la amable invitación sonaba en mi interior más acuciante y persuasiva que en la ciudad, tan alejada de la sierra. Con mis hermanos había ya recorrido los parajes más accesibles de aquellos montes y cañadas, llenos de encanto y de misterio, que hoy, en un dilatado sector, los ingenieros de Montes han convertido en vastos pinares, cruzados por carreteras forestales. En la época de mi niñez y adolescencia las plantaciones de pinos habían ya empezado a cubrir de sombra y verdor algunos repechos y laderas que hoy se han transformado en un espléndido parque de montaña. El excursionista ya podía gozar en aquellos días las delicias del resto del antiguo y famoso bosque de Poblet con sus pinos gigantes y sus bosques de tilos y castaños.

En aquellos felices tiempos de mi vida las excursiones montaÑeras se efectuaban a pie o en montura — caballo, mulo o borrico —. No había día, durante el veraneo, en el que los veraneantes no organizarasen excursiones a los puntos más pintorescos de aquellas montañas. Las reatas, a veces muy largas,

de acémilas, iban montadas principalmente por damas y señoritas de las colonias veraniegas, que despertaban los ecos de aquellas hondonadas con sus voces, risas y chillidos, con los que ellas, espantadas por el trote demasiado vivo de sus cabalgaduras, pedían auxilio urgente al hombre o mujer que las conducían. Esta sana y desbordante alegría de los excursionistas de aquellos tiempos ha sido ya anulada por el uso, cada día creciente, del automóvil, del autocar y de la motocicleta, los cuales, si han aumentado la comodidad de las excursiones, es innegable que han hecho desaparecer aquella franca y espontánea explosión de alegría que era el principal encanto de aquellas jiras efectuadas con los medios primitivos de locomoción.

Un día que mi hermano José y yo habíamos salido de la masía encontramos a un viejo llevando del ronzal a su borrero. Este aldeano nos propuso hacer una excursión a un paraje muy lejano metido en el corazón del monte y desconocido de los excursionistas. Era digno de ser visitado, nos dijo, porque reservaba una gran sorpresa al visitante; una sorpresa que él no quería descubrirnos porque así nos avivaba más nuestro interés para emprender la larga caminata. El paraje en cuestión era llamado por la gente del país «La cova fumada». Seducidos por el misterio con que el aldeano nos hablaba, aceptamos su proposición y contratamos la excursión para un día cercano. Para ella se apuntaron una docena de veraneantes, entre damas, caballeros y niños.

Llegado el día señalado, salimos muy temprano. Subimos por el camino de la Pena, y desde allí seguimos hacia la Mina en dirección a Castellfullit; luego tomamos un atajo que conducía a la alta meseta de la sierra. El día era espléndido, el aire deliciosamente fino con una punta de frío. Lo que me impresionó más en aquella extensa y desierta planicie fué su aspecto de parque cultivado y cuidado por manos humanas. Había abundante vegetación. Eran principalmente pinos, no muy altos. Lo notable era que estaban repartidos y agrupados en «parterres» naturales y con tendencia a cierta simetría. Los

«parterres» estaban cubiertos por una planta trepadora de color verde esmeralda, salpicada de bayas coloradas de un bello efecto decorativo. La planta era de calidad crasa y convidaba a la siesta. La impresión de jardín que daban aquellos altozanos se acentuaba todavía por los limpios caminos que serpenteaban entre los «parterres», porque estaban cubiertos de una capa de finas guijas. Mis ojos no se cansaban de mirar tanta maravilla. Las veces que he vuelto a visitar tan encantador paisaje, en mi juventud, me llevaba la impresión de haber llegado a los jardines encantados de Armida o a los del hada Flor-de-Neu del «Canigó».

Hacía ya más de dos horas que avanzábamos sin pausa. Empezábamos ya a sentirnos impacientes de llegar a la meta de nuestra excursión y de encontrar la sorpresa tan cacareada por nuestro guía. Habíamos llegado al pie de una pequeña loma lo bastante elevada para privarnos la vista de lo que había detrás de ella. Nuestro guía nos gritó que hiciéramos alto y que se apearan los que iban en caballería. Formando pelotón seguimos todos tras el guía y fuimos subiendo despacio la cuesta. Nos gritó que nos detuviéramos un momento para anunciarnos que al llegar a la cumbre del montículo veríamos la sorpresa. Efectivamente, cuando pusimos el pie allí, como si fuese obra de magia, frente a nosotros, a una gran altura, se nos abrió en abanico a nuestros pies la inmensa llanura del Campo de Tarragona; y en el fondo, como una miniatura bajo el brillo del sol, vimos a lo lejos la silueta de la catedral y de las murallas, y el puerto con sus barcos, como si fuesen juguetes de liliputienses. Aquella inmensidad deslumbrante de cielo, mar y tierra cantaba la gloria de Dios. Nos habíamos asomado a un balcón sublime de la sierra.

## EL MONASTERIO BAJO LA LUNA

Hoy mi intención me lleva a los extremos límites entre la adolescencia y la mayor edad, la cual, aún a principios del presente siglo en Cataluña, estaba fijada por la ley en los veinticinco años, que es la edad que yo tenía al contraer matrimonio. Voy a exhumar un lejano recuerdo de mi luna de miel, exactamente de un día de septiembre de 1902, en el que di por concluido aquel primer período de nuestro matrimonio. Habíamos pasado la luna de miel en la casa solariega del Morell donde en vida de mis padres teníamos la costumbre de pasar la temporada de verano. Algunos días antes de nuestro regreso a Barcelona, quise hacer un obsequio a mi joven esposa: una breve visita al monasterio de Poblet, que ella no conocía. Nos trasladamos a Reus, hicimos trasbordo, en la estación de Lérida, al tren que llegaba al atardecer a Espluga de Francolí. A poco de haber empezado el viaje, el cielo, cargado de nubes amenazadoras desde la mañana, empezó a obscurecerse cada vez más. La sierra, que a breve distancia de nosotros nos acompañaba en nuestro viaje, sólo era visible a través de un hosco capuz de nubarrones, cruzado por continuos relámpagos. Al cabo de unos minutos estalló aparatosamente una tormenta de ráfagas de viento huracanado, de lluvia y granizo. Seguimos nuestro viaje por el Campo de Tarragona y la Conca de Barberá, siempre acompañados de la furibunda orquesta de truenos de aquella borrasca que amenazaba ahogarnos en sus incesantes cataratas. Al fin, pocos kilómetros antes de llegar a Espluga amainó súbitamente la furia de la tormenta y el cielo empezó a asomarse

cada vez con más frecuencia entre los jirones de las nubes, dejándonos gozar del intenso y puro azul del cielo y del suave fulgor de la luna llena que navegaba por aquellos lagos celestes bordeados por acantilados abruptos de nubes amenazadoras. Pero aún rondaban nubes sospechosas que parecían reanudar la ofensiva con cortos pero recios intermedios de relámpagos, truenos y lluvia. Por fin, en el momento de llegar a la plaza del monasterio, el cielo se veía ya azul y sereno y las nubes en retirada se arremolinaban en las laderas y las cumbres de la sierra y la luna se abría paso majestuosamente por un cielo radiante e inmaculado.

Mientras estábamos cenando nos vino a saludar el conserje del monasterio, a quien yo había notificado nuestra llegada. El nos quería sorprender con un magnífico obsequio: una visita nocturna al monasterio en aquella noche de luna llena. Aceptamos ilusionados esa inesperada invitación. Después de cenar, nos dirigimos al monasterio y, provistos de dos linternas, emprendimos la exploración. Recorrimos el claustro, nos introdujimos en la iglesia y en el ábside. El conserje se detuvo ante una pequeña puerta cerrada que comunicaba el crucero de la iglesia con el Cimborio por medio de una angosta escalera de caracol. Subimos por ella hasta el nivel de los tejados de la iglesia y dejamos para después la visita al Cimborio. Esos tejados de la iglesia eran ya perfectamente transitables gracias a tres largas y amplias bandas enladrilladas que se extendían desde el arranque del Cimborio hasta el frontis de la iglesia.

El espectáculo que se ofreció a nuestra vista desde aquella altura no es para descrito. La luna, sobre todo, en su plenitud, tiene el don de transformar, mejor dicho transfigurar, todas las cosas. Y aquella noche la luna ejercía su mágico poder de alucinación sobre un objeto de excepcional grandeza y de excepcional interés humano y estético: el monasterio de Poblet en ruinas. No abundan, ciertamente, grandes e históricos monasterios muertos y convertidos en momias, en cementerios enormes, en grandes cenotafios, en fósiles gigantes-

cos, de los que se ha evaporado toda savia de vida, en dominio exclusivo de animales que parecen haber hecho pacto con la muerte: mochuelos, lechuzas, buhos, murciélagos, culebras, dragones... Un monasterio de esta especie era aquel que estábamos contemplando aquella noche: un monasterio ya al borde de la ruina fatal y definitiva. En aquella hora, en aquella soledad, en aquel gran silencio me aparecía Poblet fantásticamente ungido de misterio, sumergido en la luz lunar, que se introducía sigilosamente por las junturas y rendijas de las piedras y que se filtraba y trepaba sin ruido por todos los relieves y molduras que encontraba a su paso.

Andábamos despacio, en silencio, un poco preocupados por la impresión de estar cometiendo una profanación con nuestra presencia y curiosidad en aquel misterioso recinto de la muerte. En este recinto reinaba con todo su poder alucinante la luna llena y prodigaba metamorfosis con su sutil caricia en losas y ventanales que encontraba a su paso. Yo veía el bello templete del claustro convertido en sepultura de la deidad de aquellas inmensas ruinas; veía el claustro con sus lípidas manchas de luna, dibujadas en su interior, como un deambulatorio de melancólicos y huidizos fantasmas; veía la gran mole del Címborio como la apoteosis fúnebre del pasado glorioso del secular monasterio, apoteosis a la cual se había unido la luna arrojando la plata líquida de sus ánforas en esa majestuosa frente del monasterio; veía, finalmente, el gran lienzo de pared del palacio del Rey Don Martín, como si la hubiesen cubierto con un inmenso y rico repostero tejido con hilos de plata en el que se habían abierto los frisos, capiteles y columnas que en aquel momento lucían, al beso de la luna, con un maravilloso detalle todas las artísticas figuras.

El que visita actualmente el monasterio de Poblet, el visitante que ha podido admirar el jardín del claustro y lo ha visto transfigurado en el paraíso de las rosas y se siente embelesado por los juegos y el grato murmullo del agua del surtidor, que salta y ríe en la pila poblada de peces de todos colores, este visitante difícilmente me podrá creer si declaro

que Poblet en los tiempos de mi precedente relación era un impresionante emporio del reino de la muerte. Con esta melancólica impresión volvimos mi mujer y yo a bajar la escalera de caracol del Cimborio y salimos a la gran plaza del monasterio, embebida del resplandor misterioso del plenilunio.



V

EL COLEGIO DE SAN IGNACIO  
DE MANRESA



## EDUCACION ESPARTANA

Como en todos los ramos del humano saber, los que estudian los ideales, criterios y métodos de la educación saben que no pueden prescindir de lo que sobre este arte dejaron escrito los filósofos y pensadores de la antigua Grecia, ni de los principios que sus más célebres legisladores y estadistas aplicaron a la formación intelectual y moral de los ciudadanos. La antigua Grecia, en éste como en todos los campos del pensamiento, no sólo exploró todos los problemas fundamentales de la educación, sino que además nos ofrece un riquísimo juego de contrastes — en el fondo, aspectos complementarios — en el pensamiento de cuantos en su larga historia se preocuparon por fijar las finalidades de la educación de la infancia y la juventud. Y éste, cabalmente, es, a nuestro juicio, el secreto de la inagotable fecundidad del pensamiento griego en esta materia. Recordemos las antinomias educativas que presenta la civilización griega en su mitología con la contraposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco; entre Heráclito y Parménides, en la escuela eleática; entre los sofistas y Sócrates; entre la escuela cínica de Antístenes y la cirenaica de Aristipo; entre Platón y Aristóteles; entre la escuela epicúrea y la estoica. Y aún descendiendo al terreno puramente literario, recordemos la «Iliada», en la que Homero nos trazó con rasgos inmortales los dos prototipos de heroísmo, Aquiles y Héctor. Y, finalmente, como si Grecia hubiese querido rubricar en el campo propiamente político su pensamiento sobre la educación ideal del hombre, nos dejó los modelos contradictorios de las civilizaciones de Esparta y Atenas. ¡Qué inmensa

riqueza de pensamiento tiene a su disposición el hombre civilizado de hoy en todos esos modelos antitéticos que legó a la Humanidad el genio de aquel pueblo privilegiado, que desbrozó todos los caminos de la ciencia del porvenir!

Fijemos ahora nuestra atención en los reflejos, que hoy todavía podemos sorprender, de los divergentes ideales de la educación que sustentaron y aplicaron en su tiempo las civilizaciones de Esparta y Atenas. Aquélla, dirigida preferentemente a la formación de la voluntad, de la personalidad moral y del carácter; ésta, cifrando principalmente su interés en el acrecimiento del saber, en el poder y la riqueza de la inteligencia, en la progresiva acumulación de los conocimientos útiles al hombre. Aquélla, aspirando a armar nuestro espíritu contra todas las adversidades de la vida; ésta, tendiendo a aumentar incesantemente los recursos de la civilización contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza.

Todas estas consideraciones las he juzgado necesarias para fundamentar una experiencia vital sufrida en los días de mi infancia y adolescencia. Sabido es que, aunque con excepciones transitorias, nuestra civilización ha reconocido la supremacía del ideal ateniense de la educación y, en consecuencia, ha repudiado el ideal espartano. Y, sin embargo, éste ha venido aplicándose en muchos, aunque aislados casos, a la educación de la juventud, sobre todo en colegios e internados. Así, por ejemplo, la educación que recibimos hace ya muchos años los alumnos del antiguo Colegio de San Ignacio, de Manresa, regido por los padres jesuitas, era — naturalmente dentro del marco de la más auténtica moral cristiana — de tipo esencialmente espartano. Allí aprendimos los alumnos a hacernos fuertes contra toda suerte de incomodidades y obedientes a las exigencias de una rigurosa disciplina. Desde tener que deshacer, antes de lavarnos, la capa de hielo que en los crudos días de invierno se formaba en la jofaina, hasta el tormento de la sed y de la fatiga en las largas caminatas de nuestros paseos bajo un sol abrasador; desde la dura mortificación de los sabañones torturándonos pies y manos, hasta

las carreras desaforadas, en el patio, de unos carros, inventados por un hermano coadjutor, que exigían en los que los montaban una gran pericia para no rodar en una violenta revuelta por el suelo; desde el alejamiento de nuestras familias, residentes muchas de ellas en poblaciones apartadas de Cataluña, que sólo permitía a nuestros padres hacernos tres o cuatro visitas en todo el curso, hasta el régimen alimenticio, sano y abundante, pero de una monotonía y de una austeridad cenobíticas; desde la imposición de una rígida disciplina y de un riguroso silencio casi todas las horas del día, hasta el sobresaltado despertar, a las seis de la mañana y a campanilla batiente, en el aire gélido de las camarillas, todo, todo en aquel colegio iba orientado a dar a nuestros músculos y a nuestro espíritu un temple de acero y la más estoica impassibilidad ante las incomodidades y las mortificaciones de todo género. Cuando, al salir del colegio, me enseñaron en la Universidad las características de la educación espartana, ningún esfuerzo me costó aprender la lección. Aquel bendito colegio había sido para mí una prolongación viva del sistema educativo de la antigua Esparta.

Y ahora una palabra final para que los lectores no interpreten torcidamente el sentido de mis observaciones. No vayan a creer que mi intención ha sido la de insinuar una censura, ni siquiera una queja, contra la educación que recibí en aquel colegio. No, todo lo contrario. Doy muchas gracias a Dios por haberme deparado en aquella tierna edad unos educadores que me enseñaron sabiamente a adiestrarme en unas lides que nunca faltan en la vida del hombre. Aquella educación espartana me ha servido para sentirme más fuerte, más resistente contra toda clase de contrariedades y mortificaciones de que tanto abunda la vida humana. Aquellos buenos padres supieron armarme con todo el arnés necesario para el ejercicio de esa perenne caballería que tiene por lema el «sustine et abstine» de los antiguos estoicos, e infundirme la absoluta confianza en la misericordiosa asistencia del Padre que está en los cielos, como nos enseñó Jesús en su Evangelio.

## LA "RATIO STUDIORUM"

Dejadme poner una glosa a mi artículo pasado «Educación espartana», glosa de carácter intelectual y pedagógico, complementaria, por lo tanto, de la que en aquel artículo dedicamos a la educación del carácter, a la formación moral que recibimos los alumnos del Colegio de San Ignacio, de Manresa, a últimos del siglo pasado. Hemos querido escribir uno y otro artículo, porque aquel Colegio con sus métodos y sus enseñanzas, con su amplio programa de estudios y la independencia con que se aplicaban las normas de la pedagogía renacentista a la juventud confiada a sus maestros, merece ser destacada en la memoria de las gentes como terreno fecundo de ensayos pedagógicos que contribuyeron a imprimir una nueva orientación moral e intelectual en los millares de hijos de la grande y mediana burguesía barcelonesa, de los altos grados de la burocracia pública, de hombres prestigiosos de carrera y, sobre todo, de la gran «pagesía» de todas las comarcas de Cataluña que pasaron por aquellas aulas en sucesión ininterrumpida durante medio siglo. Decían de aquel Colegio que era el de los «hereus» de las familias payesas más poderosas de Cataluña.

Otra nota característica de aquel Colegio era la de haber sido, digámoslo así, cuartel general o campo de concentración de las futuras juventudes carlistas de Cataluña durante el último cuarto del siglo pasado, y esto hasta el punto de que no pasaba año sin que se produjesen quejas y se levantasen protestas de las familias «alfonsinas» por la propaganda «descarada», así lo escribió mi padre al P. Rector del Cole-

gio, que se hacía allí por la causa de Don Carlos y luego la de Don Jaime. La efervescencia carlista que se produjo en el Colegio durante los primeros años, tan enclenques y enfermizos, de Alfonso XIII, no es para descrita. Los estudios iban de menos ante el apasionado interés del momento. Sabíamos la historia de las guerras carlistas mucho mejor que la general de España. Sólo faltaba el corneta de órdenes para echarnos a la montaña. En espíritu, todos los colegiales éramos unos perfectos guerrilleros...

Y ahora digamos algo sobre la «Ratio Studiorum». Por desgracia no puedo en estos momentos tener en mis manos el ejemplar de mi biblioteca. Es un pequeño volumen en octavo, impreso, en una ciudad extranjera, a fines del siglo XVIII. Está escrito en latín. Es el conjunto orgánico de los principios, las reglas y los preceptos por los que la Compañía de Jesús regía la enseñanza en todos sus establecimientos docentes, desde sus noviciados y seminarios hasta los colegios de enseñanza media. La «Ratio Studiorum», fué compuesta y publicada en la época del mayor esplendor de los institutos y colegios de la Compañía, por los que puede afirmarse que pasaron los hombres más célebres de los países europeos. No me hará hoy gran falta tener abierto ante mis ojos este pequeño volumen. He hecho aún más que leerlo: lo he vivido intensamente durante ocho años de mi infancia.

En la «Ratio Studiorum» encontramos admirablemente resumida y condensada toda la doctrina pedagógica del humanismo que de generación en generación se mantuvo sin variación importante por espacio de tres siglos en todos los más célebres colegios e internados del mundo civilizado. Libro de oro ha sido, en verdad, este librito, que nos ha conservado en toda su esencia y perfume la alta mentalidad humanística de la Europa del siglo XVI y la ha transfundido al Renacimiento, a la Edad del barroco y, finalmente, al gran culto del Saber, característico del siglo XVIII. No me atreveré a afirmar que la última aplicación de la «Ratio Studiorum» haya sido la que tan tardíamente encontré aún en el Colegio de

San Ignacio, de Manresa, pero sí estoy seguro de que fué ésta de sus últimas aplicaciones en el mundo moderno. ¿Cómo nos las arreglábamos en ese Colegio para seguir un método del todo divergente de los planes y programas oficiales? Este es el secreto. Nosotros seguíamos los estudios al tenor de la «Ratio» hasta fines de abril, y dedicábamos los dos últimos meses a la preparación de los programas oficiales. Cada año se iba haciendo más difícil seguir con garantías de éxito esta duplicidad de métodos. Así es que mi último año de Bachillerato fué ya de completa renuncia a la educación humanística de la «Ratio».

Hemos visto hasta ahora algunos aspectos históricos de la «Ratio». Ahora quisiéramos dar a nuestros lectores una idea de sus métodos educativos, típicos y originales, de los cuales pocos han sido los testigos aún vivientes. Yo que me cuento entre ellos, creo que al hacer revivir en el papel mis recuerdos personales en esta materia, contribuyo a ilustrar con una personal experiencia de tiempos lejanos un capítulo interesante de la Historia de la Cultura.

P. Scr. Pocos momentos después de firmado el anterior artículo, llega a mis manos entre las «Necrológicas» de nuestro *Diario* la triste noticia del fallecimiento del Rvdo. P. José María March Batllés, de la Compañía de Jesús. El recuerdo vivo del que había sido querido compañero mío de infancia en aquel inolvidable colegio del que tan extensamente estoy evocando los gratos recuerdos en mis últimos artículos, me ha acompañado providencialmente en su composición. El P. José María March fué siempre un espíritu cultivadísimo, sobre todo en ciencias históricas. Su vocación intelectual encontró constante apoyo en sus superiores, que él supo justificar con creces con sus notables publicaciones, de las cuales bastará recordar varias destacadísimas pertenecientes al reinado de Felipe II. Con su muerte queda nuestra promoción del bachillerato de aquel colegio con tantos y tan espantosos huecos, que apenas si quedamos tres sobrevivientes. A sus familiares, a la Rvda. Comunidad de los PP. Jesuitas de la calle de Caspe enviamos la más sentida expresión de nuestra condolencia, junto con una ferviente oración por el eterno descanso del amigo y discípulo inolvidable.

## LAS HUMANIDADES

En nuestros tiempos, animados por el afán científico de dominar y utilizar todas las fuerzas del cosmos en provecho de la civilización, estamos ya muy lejos de aquellos siglos que guardaban celosamente la sagrada herencia de la cultura grecorromana, para la cual en materia de educación el hombre era la medida de todas las cosas. Es verdad que toda la Edad Media se caracterizó por un ferviente teocentrismo. Pero dentro de esta sumisión general al mundo sobrenatural de la Revelación, entonces era el hombre en sus más nobles facultades, no sólo como colectividad, sino como individuo, el eje en torno al cual giraba todo el interés de la cultura y de la civilización. Y la preocupación principal y la más absorbente era entonces la de asentar todo el progreso humano en el cultivo de las facultades más nobles del hombre, eso es, en aquellas por las que el Creador quiso distinguir y elevar a éste por encima de las demás criaturas. Y en este sentido el saber medieval recogió íntegramente la herencia del saber antiguo. Tal es el alcance y la trascendencia de las expresiones «*litterae humaniores*» y «humanidades» que la Edad Media recogió de la Antigüedad clásica, con las que se designaban aquellos estudios basados en el cultivo de todo lo que constituye la dignidad del hombre en medio de la Creación.

Las Humanidades, como ideal insustituible de la educación humana, se han desvanecido hace ya mucho tiempo en la educación de la juventud bajo la presión irresistible de los progresos grandiosos del conocimiento científico. Y esta pérdida es un hecho tan transcendental, que juzgamos que los

que hemos tenido la suerte de educarnos a la luz de los últimos destellos del ideal humanista, estamos en el deber de registrarlos como documentos históricos de gran valor. Tal es la finalidad de nuestros últimos artículos en los que hemos querido salvar para la posteridad las personales experiencias que en nuestra juventud hicimos de las ya débiles palpitaciones con que se despidió del mundo el ideal de la educación humanista. La «Ratio Studiorum», que todavía se aplicaba en el Colegio de San Ignacio de Manresa a últimos del siglo pasado a la segunda Enseñanza, fué el último faro de la educación humanista que brilló en España. ¡Supervivencia heroica de un ideal ya positivamente extinguido en aquel entonces en todo el mundo!

He aquí algunos datos sueltos característicos de la educación humanista en aquel Colegio al finalizar el pasado siglo. La enseñanza se dividía en los siguientes cursos: Preparatoria, Infima, Media, Retórica; Lógica, Matemática y Física; Psicología y Metafísica. A partir de Media se enseñaba, no sólo el latín, sino el griego (tres cursos); en Retórica el libro de texto estaba escrito en latín; a partir del primer año de Filosofía la lengua obligatoria de los alumnos era el latín.

El motor propiamente dicho de nuestra aplicación era, en lo externo, el de la emulación, sea individual, sea colectiva, que los profesores procuraban mantener tensa durante todo el curso. Todo el arte pedagógico consistía en la oposición y rivalidad entre alumnos y grupos de alumnos. Así éstos se dividían en dos campos o partidos, que se colocaban, en el aula, frente a frente: romanos y cartagineses, acaudillados por su respectivo emperador, acompañado de sus dignatarios: cónsul, censor, tribunos, y ediles. Las banderas de uno y otro partido, roja la romana, azul la cartaginesa, presidían en la cabecera de cada partido las lides académicas. La emulación se mantenía viva entre uno y otro partido por medio de los desafíos «pro patria». Pero más característicos eran los desafíos individuales, en los que el vencedor pasaba a ocupar el sitio y el cargo del vencido. Había desafíos «pro

honore» y «pro dignitate», en los que se usaba una belicosa terminología latina por los dos contricantes. «Contra te», clamaba el retador; «Super te», replicaba el retado; y si no se daban por convictos de error, el primero insistía diciendo: «Vis centum?» (¿Te quieres apostar ciento?), y el segundo remachaba: «Volo» (quiero).

El resultado final de todos esos duelos era consagrado en la solemne repartición de premios de final de curso. Los premios consistían en coronas, bandas y fajas para los primeros cursos hasta el primero de Filosofía, a partir del cual las dignidades eran las de Príncipe y Secretario y algunas otras, y las insignias eran cruces y medallas prendidas en el pecho. Aún suenan en mis oídos las palabras rituales de la concesión de los premios: «Quod toto anno Principatum sustinuerit, aureo numismate insignitur...» (Por haberse sostenido todo el año en el Principado...); y a continuación el nombre del alumno galardonado. Pero la nota más alegre y también la más humana de aquella solemnidad eran las palabras latinas con que el padre Prefecto, de pie en el tablado, daba por concluído el acto; palabras, no sólo nobles y elegantes, sino también inspiradas por un humano sentimiento de estímulo y simpatía hacia todos aquellos alumnos que aquel año no habían sido agraciados con ningún premio: «Macte, o juvenes. Hodie dignis praemia dirimentur. Quos vero spes fefellerit, animus ne despondeat. Audeant aliquid dignum se, dignum patria in annum proximum.» («Animo, oh jóvenes. Hoy se enaltece a los dignos de galardón. Pero aquellos a los que ha abandonado la esperanza, no han de perder el ánimo. Osen algo digno de ellos, digno de la patria en el próximo año.»)

El tiempo, con su inexorable veredicto, ha borrado ya en los pueblos cultos todos los vestigios de la educación humanista. Sería en vano hacer una apología y tratar de resucitarla. Uno de los aspectos de ese método educativo que acabamos de describir, era la intervención activa y continua de la ficción como fuente de emulación y estímulo. Todas aquellas evocaciones de Roma y Cartago, de príncipes y emperado-

res, de coronas y banderas, eran un juego pueril de la imaginación y más bien un estorbo que un estímulo para el estudio. Pero ello no implicaba la inutilidad absoluta de tales ficciones. Yo aún me veo en imaginación defendiendo en latín, a los catorce años, la famosa tesis de los universales, sentado en un tablado junto a mi maestro, contra cuatro compañeros encargados de ponerme objeciones. No recuerdo si salí bien o mal parado de esa tan desaforada aventura. Lo que sí puedo afirmar es que en aquellos momentos de juego filosófico tuve por primera vez en mi vida un claro sentimiento de responsabilidad intelectual. Y aquello, en último resultado, no fué un juego. Fué para mí una tremenda realidad, una solemne lección de consecuencias incalculables en mi vida.

## UNA CONSPIRACION EN EL COLEGIO

Los hechos que voy a narrar se desarrollaron en los últimos años del pasado siglo en el Colegio de San Ignacio, de Manresa, donde yo, que debía tener entonces unos nueve o diez años, hacía los estudios del bachillerato. Fué toda una conspiración, que no tardó en abortar cuando los colegiales nos sentíamos ya próximos a la realización de nuestros deseos. Conspiración singularísima, tramada con singular sigilo y habilidad por un grupito de alumnos de los cursos más avanzados, pero que logró interesar favorablemente a la masa de los colegiales. Creo recordar que yo estudiaba el segundo curso del bachillerato.

La conspiración tuvo su prehistoria. Durante el curso anterior al que la presencié, declaróse en el pensionado una epidemia de fiebres tifoideas, de las que fueron víctimas un número de colegiales, lo suficientemente crecido para despertar una justificada alarma en la dirección del Colegio. Esta decidió, al fin, usar un medio heroico de defensa contra el contagio, que se iba extendiendo día tras día. Tomó la decisión de evacuar a todos los colegiales y devolverlos a sus familiares. Esto acaeció cuando ya estábamos a la puerta de las fiestas de Navidad. El lector puede figurarse con qué general regocijo fué recibida esta inesperada determinación por todos nosotros. Volvimos a casa, y al cabo de un mes — y también pueden figurárselo los que me leen — con todo el pesar de nuestro corazón nos volvieron al colegio.

Al empezar el siguiente curso, todas las conversaciones de los colegiales versaban sobre un único tema: el de las dul-

císimas vacaciones extraordinarias del curso pasado. Nos había quedado un tan grato sabor, que no es extraño que nuestro vivo recuerdo se plasmase en un vago deseo de repetir en el nuevo curso la misma tan maravillosa como inesperada aventura. Al cabo de unas semanas se dió un paso adelante, paso de una audacia digna de una mejor hazaña. Un grupito de los últimos cursos aprovechó hábilmente el hecho de haberse producido uno o dos casos de fiebres altas, pero sin consecuencias, para tratar de sembrar la alarma entre los alumnos y la comunidad. El grupito conspirador trató de explotar esa pequeña alarma, reclutando a numerosos compañeros para que llenasen, por varios días, la enfermería, simulando hallarse seriamente indispuestos. La ola de los pseudoenfermos iba creciendo día por día. La dirección ya sospechaba que todo aquello era una estratagema para conseguir volver a casa como en el curso pasado. En vista de ello, en la enfermería se adoptó una táctica maquiavélica. Dióse orden al hermano enfermero que a unos de los «enfermos» que cada día invadían la enfermería, les propinase la purga más amarga que tuviera a mano, y a otros les sometiese a rigurosa dieta por unos días. ¡Oh qué tortura el haber de escoger entre esos Scyla y Charibdis! ¡Cuántos ánimos decididos de mis compañeros hubieron de sucumbir ante ese pavoroso dilema: «o purga o dieta»! Pero la ilusión de unas nuevas vacaciones extraordinarias tuvo la virtud de infundirnos nuevos ánimos para resistir a tan «diabólicos» recursos. En las horas de recreo nos cuchicheábamos al oído los últimos actos «heroicos» que se habían dado durante el día. Se contaba, entre otras barbaridades, que un compañero de causa había ingerido plumillas de escribir, y otro, cerillas. ¡Nada! Ni purgas, ni dietas, ni plumillas, ni cerillas podían amedrentar el esforzado ánimo de aquellos héroes. De pronto corrió el rumor de que el padre rector había señalado un plazo de cinco días para tomar la determinación de evacuar, como en el curso pasado, el colegio. Ya tocábamos el cielo con las manos. ¡Sólo faltaban las últimas escaramuzas!

Pero ya presentíamos el desenlace. No se hizo esperar. Empezó a susurrarse que el complot estaba descubierto. Se decía también que el padre rector había sido retirado de su cargo y que su sucesor no tardaría en llegar. Llegó, en efecto. Un día estábamos todos los de mi brigada en silencio en el salón de estudio. De pronto oímos abrir con estrépito la puerta del salón. Una voz nos notificó su presencia. Todos nos pusimos de pie. El nuevo rector se subió a la tarima y tomó asiento en medio de un medroso silencio. Y se desató en sus labios una filípica tremebunda contra los colegiales responsables y organizadores del complot. De su soflama retuve en la memoria esta declaración: «Ya han recibido el debido castigo. Han sido expulsados del colegio. Ni que me lo vuelvan forrados de oro, no los admitiré». Y acabó con una amonestación paternal, en la que nos exhortó a guardar la más estricta disciplina.

Esta es la verídica historia de la conspiración que se fraguó en el colegio de San Ignacio, de Manresa, uno de los últimos años del siglo pasado. La experiencia afortunada del año anterior abriéndonos perspectivas paradisiacas, tuvo la culpa de esta silenciosa revuelta que, afortunadamente, pudo ser sofocada en el plazo de unos pocos días. Y esto, a mi vez, constituye una circunstancia atenuante de aquella gran falta colectiva.

## EL PRIMER DESENGAÑO

En una de las páginas de esas «Memorias de mi infancia y adolescencia» rememoré el primer recuerdo de mi vida. Hoy me llega el turno de escribir unos breves comentarios sobre mi primer desengaño. También éste es un recuerdo; pero, en contraste con aquél, no tiene nada de grato. Todo lo contrario. Todo desengaño es doloroso. Pero aun cuando son dolorosos los desengaños que en nuestra infancia nos hieren y nos acongojan, hay que tener presente que el sufrimiento en nuestros primeros años no nos deja mella profunda y duradera, sino que se desvanece y no llega a perpetuarse en nuestra alma en forma de recuerdo. Téngase presente, a este propósito, que sufrir es saber que se sufre. Y este «saber» es lo que perpetúa en nuestro interior el recuerdo amargo del sufrimiento y lo que hace revivir en la memoria a lo largo de nuestra vida.

Mi primer desengaño consciente, el primero que me hizo sangrar mente y corazón, lo sufrí a los trece años. Era el cuarto curso de Humanidades, el de Retórica y Poética, el que yo estudiaba a la sazón en el Colegio de San Ignacio, de Manresa, regido por los padres jesuitas. Tuve un excelente maestro: el padre Lucio Lapalma, argentino, humanista consumado, conocido entre los helenistas españoles y extranjeros por sus pulcras traducciones de Homero, de las cuales algunas fueron publicadas con notable éxito. Del padre Lapalma conservo un gratísimo recuerdo. En él tuve un guía providencial en mis primeros estudios literarios. Me llamaba frecuentemente a su lado para darme consejos y guiar mis estudios de literatura griega, latina y española. Entre los consejos que de él recibí he de poner de relieve el que un día me dió. Ha-

blando de mi exaltada afición a todo lo concerniente a literatura, acabó un día por decirme: «Acuérdate siempre de lo que ahora voy a decirte. Cuando al acabar el Bachillerato habrás de elegir carrera, ten presente que tu vocación es la literatura. No te olvides». Efectivamente, el sabio consejo de mi buen profesor no cayó en saco roto y me infundió una seguridad tan firme en mi elección de carrera, que cuando mi padre me hizo la pregunta de rúbrica: «Bien, y ahora dime, ¿qué carrera quieres estudiar?», contesté sin titubeos: «Filosofía y Letras». Aquel año fué para mí el más feliz de todo el bachillerato. Mi buen profesor me daba a leer, traducidos al castellano, clásicos griegos y latinos y los grandes maestros españoles del Siglo de Oro. En la clase escalé con relativa facilidad la dignidad de Príncipe, en la cual me mantuve hasta fin de curso.

Pero en los planes de enseñanza del Colegio de Manresa se sometía el aprovechamiento de los alumnos de cada curso a una prueba final y decisiva. En la clase de Retórica y Poética uno de los ejercicios finales consistía en escribir unos cuantos hexámetros latinos y una composición poética en castellano sobre un tema dado. Llegado el día, el P. Lapalma repartió entre los alumnos copias en las que se explanaba el tema del ejercicio, la estructura y la forma de la composición poética y las condiciones de tiempo a invertir. El tema era el siguiente: «Un joven emprendía el áspero viaje de la vida a través de ásperas y desiertas montañas; había de encontrar la salida de aquel intrincado laberinto lleno de peligros y poblado de bestias feroces. El muchacho se esfuerza en superar las terribles dificultades del camino y la fatiga de sus pobres fuerzas. Se encomienda a Dios y aparece un ángel para guiarle por el camino de la vida». Este argumento es una vaga reminiscencia del primer Canto de la «Divina Comedia».

Nos pusimos a la tarea. Disponíamos, si mal no recuerdo, de cuatro horas de tiempo. La composición se había de escribir en quince cuartetos de versos endecasílabos; el segundo y cuarto de cada estrofa habían de ser en rima asonante, igual

en toda la composición. Me puse a reflexionar antes de escribir los versos. Hice la división del contenido de cada estrofa. Pero al acabar este trabajo, vi con pavor que había invertido en él más de una hora. Me puse nervioso. Había empleado demasiado tiempo en esos preliminares. Empecé a componer versos y estrofas ya con la convicción de que no disponía de tiempo suficiente para acabar bien la composición. Una vez los versos me salieron escritos de primera intención, y me dediqué a corregirlos o a substituirlos con otros. Con esto vi con terror que me había entretenido otra vez más de la hora. Perdí la serenidad y la lucidez. Me embrollé. Sudaba de angustia. Iba derecho al fracaso. Sólo pude presentar cuatro o tres cuartetos definitivos. Los restantes quedaron retorcidos y confusos. Me vi, ya con toda certeza, derrotado. ¡Qué temblor y qué angustia en mi corazón! La derrota tendría desgraciadas consecuencias. Me concedieron el cuarto lugar... por misericordia. Ello significaba que había tocado a su fin el Principado, del que me sentía tan ufano. Ya no se me impondría en el acto solemne de fin de curso la medalla dorada, aunque me hubiese sostenido en el Principado durante todo el curso.

¡Qué dolorosa emoción, qué desconsuelo me sobrecogió, cuando en lo alto del entarimado el padre Lector leyó la lista de los agraciados y no pronunció junto a mi nombre aquella grandilocuente prosa latina: «*Quod toto anno Principatum sustinuerit, aureo numismate insignitur...*»

Muchos y atroces desengaños he sufrido a lo largo de los numerosos años de esfuerzo y de ilusión de mi vida. Pero el primero de ellos, el que recibí acabado de salir de la infancia, me abrió en el alma una herida profunda y dolorosa más que ninguna otra. Todavía llevo vivos en mis adentros y acuden a mi memoria, como una lluvia de flores marchitas, los versos de los primeros cuartetos de la malhadada composición: «*Mis ropas y mi piel, hechos girones — manaban sangre; y en la lejanía — de aquel árido reino de la muerte — se ocultaba la meta apetecida*».

## LA GUERRA CIVIL EN EL COLEGIO

Corría el año de 1887. Junto con mis dos hermanos, mayores que yo, hacía pocos meses había llegado al internado del Colegio de San Ignacio, de Manresa, para seguir el primer curso del bachillerato. Yo tenía a la sazón 10 años cumplidos. Aquel curso no fué tranquilo. Al contrario, fué agitado y algunas veces, turbulento. ¿A qué se debió esta anomalía? Voy a explicarla a mis lectores con toda la concisión de que mi pluma es capaz. La historia de lo ocurrido fué originalísima. La causa que produjo una exaltación en los colegiales fué, ni más ni menos, que política. Fué algo extraordinario... Pero vayamos al grano.

En 1887 hacía un año que había nacido el rey Alfonso XIII, hijo póstumo del malogrado monarca Alfonso XII. Este nacimiento llenó de justificada inquietud a todos los españoles. Nacido un año después de la muerte de su antecesor, la salud del rey niño fué la preocupación de toda la nación, pues se había esparcido el rumor de que el recién nacido había venido al mundo en el más precario estado de salud, tanto que corrió el rumor de que los médicos habían hecho los más graves augurios. El Rey había nacido en tan temibles condiciones de debilidad, que hacían temer un pronto y fatal desenlace .

El siniestro rumor llegó pronto a nuestro Colegio. Y no sólo los colegiales participaron vivamente de la sorda agitación que se apoderó de todo el país. Lo más grave fué la reacción que los fatales pronósticos provocaron en el ánimo de todos nosotros. Pero no había sido propiamente el peligro de

una muerte cercana del Rey niño lo que nos llevaba secretamente agitados. Era una causa política de gravedad suma. Amenazado el trono de quedar vacante en fecha próxima, se comprende la honda impresión que tan grave amenaza produjo entre los legitimistas, secuaces de Don Carlos, que conservaban aún en sus ánimos el rescoldo de la última y reciente guerra carlista. De repente, la posible muerte del Rey niño abría las puertas de su pecho a la esperanza de exigir con las armas en la mano y en las mejores condiciones, la sucesión al trono a favor de su caudillo.

En el Colegio fué torrencial entre los alumnos la exaltación que, ante tan graves perspectivas, despertó el rumor, ya confirmado, de los graves augurios que se hacían sobre la salud del recién nacido monarca. La atmósfera de entusiasmo ante la sola idea de que los carlistas se echarían a la montaña, se hizo de día en día irrespirable para profesores y alumnos con grande detrimento de la disciplina y del estudio. En el Colegio no se hablaba de otra cosa. En el paseo y en las horas de recreo la conversación giraba invariablemente alrededor de un solo tema: el posible levantamiento carlista. Era un caso declarado de psicosis colectiva. Todos los colegiales, sin excepción, al cabo de pocas semanas éramos carlistas convencidos. Tengo que hacer una declaración. Los Padres, profesores e inspectores no nos hablaron nunca del grave problema político que durante unos meses había producido una peligrosa agitación en todos los pueblos y rincones de España.

Pero bien tenía que haber en actuación algún propagandista espontáneo en el Colegio. Sí, los hubo. De dos lo puedo asegurar, fundado en mi fiel memoria.

Uno de ellos fué el Hermano Coadjutor de mi Brigada, el cual durante los paseos de jueves y domingos, iba de terna en terna para comunicarnos las noticias ciertas o falsas, que corrían en España sobre la cuestión, y nos enardecía en la fe y en el entusiasmo por la santa causa de su pretendiente. El otro propagandista, éste más temible, era el profesor de His-

toria de España, el cual desde su cátedra se cuidaba de tener siempre ardiendo la llama de nuestro entusiasmo convirtiendo la clase en una historia apologética de las pasadas guerras carlistas, exaltando hasta las nubes las figuras de los Zumalacárregui, Cabrera y demás generales del ejército de los «leales» y silenciando las derrotas carlistas para gastar toda su elocuencia en presentarnos con tono apologético las victorias. Pero la verdad es que este Padre, que no había llegado todavía a su profesión religiosa, fué pronto depuesto de su cátedra por severa disposición del P. Rector del Colegio.

Otra propaganda, ésta colectiva y de mucho efecto, fué la que espontáneamente hicieron algunos alumnos ya crecidos de la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> Brigada. Los colegiales de este grupo de exaltados eran en buena parte hijos de ricas familias payesas catalanas. El Colegio de Manresa era el preferido por esa aristocracia payesa y en él iban a estudiar un gran número de los «hereus» de las grandes masías de nuestra tierra. Este grupo de muchachos ya maduros recibían seguramente visitas de sus familiares, que les informaban sobre la exaltación que reinaba entre los tradicionalistas y sobre su próximo alzamiento. No es de extrañar, pues, la rapidez con que cundió entre los colegiales el desbordado entusiasmo ante los próximos acontecimientos probables.

Sucedió que al cabo de pocos meses o semanas las noticias sobre la salud del Rey niño fueron más tranquilizadoras, con lo cual la fiebre de exaltación carlista fué remitiendo rápidamente entre los colegiales. Volvió al fin el sosiego y la normalidad al Colegio, como si nada desagradable hubiera pasado. Pero no puedo decir lo mismo respecto a mi familia y sobre todo a mi padre, ignorante hasta entonces de la agitación pasada. Recién llegados ya mis hermanos y yo a casa para pasar las vacaciones, un día encontré a mi padre junto a nuestras maletas abiertas y aún sin deshacer. Le encontré con un libro de mi hermano José abierto en la mano. En su rostro y en su actitud mostraba un gran disgusto y la más viva

agitación. Se repuso un poco al verme y abriendo la tapa del libro, me enseñó con el índice lo que mi hermano había escrito al dorso con letras negras y gordas. Era una inscripción fulminante en que los «¡Vivas!...» y los «¡Mueras!...» estaban dedicados al Pretendiente y al Rey, según la más depurada ortodoxia tradicionalista. Mi padre dejó desbordar en sus labios la más exaltada indignación. El, incondicional alfonsino de toda la vida, no podía concebir que un hijo suyo aún menor de edad se hubiese declarado, con tan escandalosa y gráfica confesión, como partidario del Pretendiente. La escena no se alargó porque en aquel momento llegó a casa el culpable, mi hermano José, al cual mi padre por todo saludo y mostrándole aquellos «vivas» y «mueras» le largó un soberbio bofetón... El único, que yo sepa, que propinó a sus hijos en toda la vida.

Lo primero que hizo mi padre, después de bien enterado, por sus tres hijos, de lo que había sucedido en el Colegio, fué escribir al P. Rector del Colegio una carta en la cual, tras una enérgica protesta, le anunció que no enviaría ya más a sus hijos al Colegio, a menos que él hiciese solemne promesa de que no volvería a repetirse en él un escándalo del mismo género. El P. Rector contestó con una carta en que después de deplorar aquellos hechos y declarar su inocencia, hacía a mi padre la promesa exigida, promesa que cumplió rigurosamente en los cursos siguientes.

## ENSEÑANZAS DE "ADORNO" EN EL COLEGIO

En el Colegio de San Ignacio, de Manresa, en lo concerniente al estudio de las Bellas Artes (la Música, el Dibujo y la Pintura) reinaba el mismo criterio que en la Segunda Enseñanza a la sazón dominaba en España, y se les daba el nombre de «Enseñanzas o clases de adorno». Yo, lo mismo que mis hermanos, escogimos el Dibujo. Esta elección no fué fruto de un instintivo prejuicio contra el arte musical. Apasionados por la música y ya bastante avanzados en el solfeo, juzgábamos que era perder fastidiosamente el tiempo dedicarnos al arte de la Música que también habíamos aprendido en casa.

Pero antes de entrar en materia, permítanme los lectores informarles de que en el Colegio de San Ignacio existía una tradición pictórica que no carecía de importancia. La habían fundado dos Hermanos Coadjutores, que se habían dedicado a la especialidad de cuadros religiosos e históricos. Al que yo conocí de ellos dos fué al segundo, el Hermano Coronas, que se dedicó con ahinco y fortuna a pintar escenas de la vida de santos jesuitas. El cuadro que obtuvo más éxito fué el que representaba la escena de la patética despedida del heredero de la casa ducal de los Gonzaga. Aparecía el joven Luis doblando la rodilla para besar la mano que le tendía su padre. Toda su familia estaba allí reunida en aquel solemne momento. No quiero, ni tampoco podría, hablar del mérito de este lienzo que podíamos contemplar todos los días colocado en la pared de una sala por la que desfilábamos habitualmente. Sólo recuerdo que la obra del Hermano Coronas era de composición y decorado muy agradable y sugestivo.

El profesor de Dibujo en nuestro Colegio era el señor Morell. Le veo aún con su pulcra barba que él mesaba constantemente con la mano; le veo con su constante sonrisa de hombre bueno, yendo a paso lento de uno a otro pupitre de sus alumnos. Por lo que toca a mí, me gustaba verle en mi banquillo empuñando y manejando con soltura los lápices, los difuminos, el carbón y la goma y dando los toques necesarios a mi dibujo y admirando su destreza con la que conseguía una increíble mejora de lo que había sido obra desgraciada de mis torpes manos. Ante mis ojos, en mis pocos años de aprendizaje, se sucedieron láminas de paisaje y de figura, que yo copiaba con una torpeza que no logré atenuar en el grado suficiente para infundirme ánimos y optimismo. El último esfuerzo que hice para obtener una mejora puede ser calificado de audaz y heroico. Rogué al señor Morell que me diese a copiar una estampa grande del famoso Cristo coronado de espinas del gran pintor italiano Guido Reni. Di principio a mi trabajo con grandes ánimos, más, ¡ay!, transcurridos quince días me di cuenta de que iba a un definitivo fracaso. ¡Oh, aquella corona de espinas inextricablemente enredada en torno de la frente y las sienes del Divino Maestro! En vano observaba, corregía, volvía a dibujar lo borrado. A pesar de todo, mi tesón se sostenía a lo largo de las sesiones; pero llegó el día en que hube de reconocer que mi obra era superior a mis fuerzas. Aquellos brotes de espinas que, manando sangre, circuían la sagrada cabeza de Jesús, se habían convertido en un espantoso laberinto en el que acabé de extraviarme sin remedio. El proseguir tentando la salida de ese sagrado laberinto lo llegué a concebir como una temeridad y como un sacrilegio. Pedí al Divino Nazareno que perdonase mi temeridad y desde aquel día no me vieron ya en la sala de Dibujo. Recuerdo con extraordinaria nitidez el momento en que salí para siempre del local. Hube de pasar por el aula destinada a dibujar modelos de yeso. Fué la mía una emoción que por un instante me sobrecogió al sorprender mis ojos el famoso busto del emperador Vitelio, busto que yo

esperaba poder dibujar al fin de mi largo aprendizaje y que me inspiraba una singular admiración. Recuerdo también que al estar en su presencia no pude evitar que mis labios se entrebrieran para decir adiós a aquel busto en el que se habían cifrado mis esperanzas y que había significado la meta de mis ambiciones en el arte del Dibujo.

La Música, en el Colegio, como materia de enseñanza, era considerada también, como el Dibujo, de puro adorno. Dos maestros de música había para la enseñanza del solfeo y del piano: el señor Vives, que era profesor de solfeo, y el señor Ruperto Belderraín, que lo era de piano. La música de piano, harmónium y canto era ejecutada en la Capilla, los domingos y días festivos, y en el Salón de Actos en las diversas solemnidades. El repertorio musical era limitado y anacrónico. Los domingos y días de fiesta, en la Capilla y en los actos públicos, se ejecutaban piezas clásicas: algún «tiempo» de alguna Sonata de Beethoven, alguna obertura de Mozart, la Serenata de Schubert y el Preludio del «Tannhäuser». Todo lo demás del repertorio era de baja categoría, música sin sentido de dignidad y de absoluta insignificancia. En las fiestas más solemnes las piezas estaban confiadas al piano y al harmónium, a las que alguna vez se añadía un par de violines y un violoncello; y a veces el coro de los colegiales tomaba parte en la ejecución de las piezas.

La más señalada emoción musical que recibí en el Colegio pertenece al último año de mi Bachillerato. Con gran anticipación circuló entre los colegiales el rumor de que para una gran fiesta próxima vendría al Colegio, para hacerse oír en la Capilla, un joven músico de dieciséis años, un violoncelista que era calificado de genial y único. Se llamaba Pablo Casals. Fué la primera vez que oí nombrarle. Aquel día fué de gran expectación para los pocos alumnos amantes de la música clásica, entre los que yo tenía el honor y la dicha de contarme. Casals tocó magistralmente dos piezas: «El Ave verum» de Mozart y el «Ave María» de Schubert. Aquella audición fué el vestíbulo de la intensa vida musical que yo

había de llevar ya el año siguiente, una vez salido del Colegio. Me aboné junto con mis hermanos a los conciertos de orquesta dirigidos por el maestro Nicolau en el inolvidable Teatro Lírico de Barcelona. En uno de ellos la orquesta ejecutó los «Murmillos de la selva» del «Sigfrid» de Ricardo Wagner. Aquello para mí no fué una audición; fué una revelación: la revelación de un nuevo mundo musical, una revelación que me arrebató mente y corazón a un paraíso de ensueño. Salí del concierto transtornado. No había sospechado que la música pudiese llegar a una expresividad tan alta y tan profunda como la que el genio de Wagner me había revelado.

VI

BARCELONA



## UNA JUVENIL AVENTURA INTELECTUAL

En el barrio que preside la catedral de Barcelona, entre la calle de Libretería y la de Jaime I, hay una travesía de muy corta extensión, que viene a ser una prolongación de la plaza del Rey. Esta humilde calleja tiene a uno de sus lados una sola puerta. Puerta de una vieja casa de cuatro pisos con una escalera tan oscura como angosta, tan angosta como carcomida. Esta calleja lleva el sonoro nombre de calle de las Trompetas y tiene para mí un imponderable valor sentimental. Su cuarto piso, por cuyas galerías entraba sin obstáculos el resplandor del sol y que disfrutaba además de la vista de los dos esbeltos campanarios de la catedral, fué en mi adolescencia la cuna de mi vocación y mi vida intelectual. En esta humilde atalaya nos unimos en fraternal amistad tres jovencitos de grandes ambiciones intelectuales: el pintor Francisco Galí, el malogrado músico y poeta Juan Llongueras y el que esto escribe. Era esto a principios de siglo. Barcelona vivía en plena efervescencia modernista. En el simpático piso de la calle de las Trompetas nos instalamos pertrechados con nuestras armas: con su paleta y pinceles el pintor, con su piano y sus solfas el músico, con su mesa, sus papeles y sus libros el aspirante a poeta, y los tres con nuestras ambiciosas aspiraciones en nuestras cabezas.

Amueblamos como mejor pudimos nuestra buhardilla y estuvimos bien provistos de libros y revistas, y, sobre todo, de un artículo indispensable para la nueva vida que empezábamos: el entusiasmo. Entusiasmo desbordante que se traducía no sólo en gestos y exclamaciones, sino también en intensidad de trabajo y en potencia creadora. El entusiasmo,

la décima musa, fué la auténtica clave del movimiento modernista. «Entusiasmo, divino tesoro», tendría que decir el primer verso de la conocida poesía de Rubén Darío a la juventud. Entusiasmo que es el mismo numen del poeta y del artista. Entusiasmo que era para los griegos el mismo «ímpetu sagrado» que nutre el pecho del poeta con el fuego de la potencia creadora. La ola formidable de entusiasmo que inundaba entonces la vida intelectual, penetró en nuestro taller y nos arrastró a los tres a tentar la gran aventura: el descubrimiento de la personalidad. El entusiasmo, como hálito divino, tuvo en aquel período un bello comentario: el de Amadeo Vives, y un ensayo de filosofía en la pluma de Diego Ruiz.

El triunvirato del taller de la calle de las Trompetas tuvo también su himno, obra mía, que empezaba con esta estrofa: «Com tres àligues daurades — de lliure vol — que traspassen les boirades — per mirar enamorades — la llum del sol».

A poco de habernos instalado en la calle de las Trompetas hicimos en la cercanía un interesante descubrimiento: el taller del artista Alejandro de Riquer. Fué Riquer el que introdujo en Cataluña la influencia de la escuela prerrafaelista inglesa, presidida por el pintor-poeta Dante Gabriel Rosseti. Alejandro de Riquer era principalmente un notable decorador e ilustrador, e introdujo el gusto moderno en el arte de los «Ex libris». Su taller tenía para nosotros, además del de su conversación, el atractivo de las grandes revistas de arte que él recibía principalmente de Inglaterra y de Alemania. En aquel período yo estaba enfrascado en la lectura de la «Divina Comedia». Mi entusiasmo por el gran florentino no tenía límites. ¡Cuál fué mi alegría al descubrir que Alejandro de Riquer era tan apasionado admirador como yo del gran poeta italiano! Con él y con mis dos amigos convinimos que dos días por semana tendríamos en su taller sesiones dantescas para leer y comentar en común la «Divina Comedia». Así lo hicimos con ejemplar constancia durante algunos meses.

Al cabo de dos o tres semanas hicimos en el mismo taller de nuestro amigo y maestro un nuevo y sensacional descubrimiento. Una noche, acabada la sesión, Riquer, sin decir nada se levantó y, después de apagar todas las luces, descubrió súbitamente las cortinas de los grandes ventanales. Nos quedamos todos mudos de admiración. Se nos había revelado un mundo mágico. En lo alto del cielo nítido navegaba la luna llena derramando su argentada claridad por los pináculos, las gárgolas, los ventanales y los capiteles, bosque encantado de una vegetación pétrea que sublimaba la rica arquitectura gótica del ábside de nuestra catedral. Desde aquella noche que pasamos embebidos en la contemplación de tan fantasmagórica belleza, no nos dejamos perder ningún plenilunio y el espectáculo irreal de la catedral extática. Aquellas reuniones fueron el primer aglutinante del culto, que entre nuestras minorías selectas cuajó rápidamente, al gran poeta y sublime poema. Al cabo de un año salía publicada la traducción catalana, en prosa y verso, de la «Vita nuova», elaborada por mí al conjuro del ábside de la catedral sumergida en el hechizo del plenilunio. Fué mi primer libro.

## UN SUEÑO

Permitid, queridos lectores, que, sin aguardar mi turno, me cuele en la larga hilera de los que están esperando aún el suyo para sumarse al homenaje que se está actualmente rindiendo en nuestra tierra a la memoria de Santiago Rusiñol en celebración del XXV aniversario de su muerte.

No te asustes, lector, si te digo que mi homenaje al gran pintor-poeta consistirá en el relato de un sueño, un bello y misterioso sueño que soñé cuando yo estaba en los años de la adolescencia. La presencia de Rusiñol en el sueño que brotó aquella noche, como por arte de magia, de mi cerebro, es una sorpresa, algo inesperado que el lector encontrará al final de mi relato. En fin, me atrevo a afirmar que mi sueño es digno de un artista o de un poeta de refinada sensibilidad estética y podría servir de tema para un «cuento extraordinario», o como guión de un film deliciosamente fantástico.

El sueño es como sigue: Soñé que me encontraba solo en la Plaza de Cataluña, en Barcelona, alrededor del mediodía. Andaba pausadamente entre el gentío en dirección a la Rambla. Al poner el pie en ella, descubrí a pocos pasos de mí una muchacha de rara y peregrina belleza que me llamó la atención. Para verla mejor apreté el paso y al pasar por su lado pude contemplar a mi sabor su rostro moreno de correctas facciones. Una leve y algo melancólica sonrisa flotaba por sus labios. Iba vestida con un traje oscuro, iba sin sombrero y lucía, a la luz del sol, su cabello negro, sedoso y ondulado. Prendado de la belleza de la muchacha, retrocedí y me puse a andar tras ella, siguiendo aquella costumbre, hoy desapare-

cida, y tan generalizada en aquellos finales del siglo, que se llamaba «hacer el oso».

Seguía yo andando tras la gentil jovencita cuando, de pronto, caí en la cuenta de que ella no me era desconocida. Pero ¿dónde la había yo conocido?, me preguntaba en vano. Y cuanto más la miraba más firme era mi convencimiento de haber visto recientemente a la encantadora criatura. Andaba así preocupado barruntando mi sospecha, cuando, habiendo llegado al cruce de la Rambla con Puertaferri, vi que la jovencita, dando media vuelta se introducía en esta última calle. Pero al cabo de unos pasos vi que torcía otra vez su camino hacia la derecha y seguía por la calle de Petritxol. «¿A dónde debe ir?», me preguntaba. No tardé más que un par de minutos en obtener satisfactoria respuesta a mi pregunta. Llegada a Casa Parés (así era llamada la prestigiosa Sala de Exposiciones, hoy aún existente), la adorable muchacha penetró con paso ligero en el local y abriéndose calle entre los numerosos visitantes que entraban y salían, ella, y yo detrás de ella, nos introdujimos en la sala. Vi que todavía duraba la exposición de cuadros de varios pintores, que yo había visitado hacía algunos días. En sitio de honor se veía un cuadro de Rusiñol que a mí me había impresionado singularmente. Se veía en el cuadro un delicioso patio inundado de sol y de sombras azules de una casa de Sitges; y en medio, una muchacha sentada, de tez morena y agraciada que miraba con una sonrisa algo melancólica al espectador. Pero en aquel momento, al fijar mis ojos en el bello cuadro de Rusiñol, noté con estupor, que en el lado derecho del cuadro había un vacío como si la tela hubiera sido cortada. En aquel momento me acordé de que en aquel cuadro, que había visto yo hacía algunos días, había no una figura, sino dos figuras de muchachas. Y el vacío de la tela correspondía precisamente al retrato de la jovencita que yo había seguido por las calles y que hacía un momento había entrado en la sala al mismo tiempo que yo. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver que la muchacha se adelantaba hacia el cuadro apartándose del público! Y mi

asombro creció aún más, cuando ella, introduciéndose en el hueco entre la pared y la tela, volvió a aparecer erguida, inmóvil, en el vacío del cuadro. Al aparecer en el cuadro volvió a su inmovilidad primitiva de figura pintada; y reconocí en ella a la agraciada muchacha que yo acababa de seguir por las calles de la ciudad. Y me volví a encontrar frente a las dos encantadoras jovencitas, tal vez hermanas, pintadas por Rusiñol. En este momento desperté.

No me cabe duda de que en este bello y misterioso sueño se esconde un problema trascendental que afecta a la misma esencia del arte como obra de creación. Este sueño nos lleva de la mano a profundizar la significación del bello mito de Pigmalión, del escultor griego que tenía el secreto de infundir vida y movimiento a las estatuas que salían de sus manos. En mi sueño recogí un testimonio moderno de esa divina facultad que tiene el artista. En mi sueño tuve el privilegio de presenciar el milagro creador... Fué Santiago Rusiñol con su enigmático retrato de las dos bellas hermanas el que volvió a demostrar que en la época moderna el misterioso poder del escultor griego existe y actúa todavía en la obra del artista. La figura de aquella muchacha no cobró vida y movimiento en el cuadro de Rusiñol expuesto al público. Pero lo cobró en mi sueño. Y con ello quedó demostrada la mágica virtud que posee el artista de infundir vida real a las figuras humanas de sus cuadros y de sus estatuas, de sus dramas y de sus poemas.

## A LA MEMORIA DE ENRIQUE GRANADOS

No quisiera ser yo el último escritor español que se movilizara para rendir un cordial tributo a la memoria del que fué querido amigo mío: Enrique Granados. Modestísima será mi participación en este homenaje que España y los españoles le rinden estos días con motivo del cuadragésimo aniversario de su trágica muerte. Con todo y ser modesta mi participación en este homenaje, mi corazón siente ansia de volcarse para depositar en el papel la expresión más férvida de la amistad que me unió en los años de mi juventud a aquel esclarecido maestro que con tan profunda y genuina inspiración cantó su intensa vida interior de músico y poeta. Sí, poeta también; porque Granados sabía el secreto de embeber su inspiración en un misterioso y embriagador aroma de poesía que es para mí el secreto del hechizo con que sus composiciones me embelesan y me transportan a regiones ignotas en que la música parece articular palabras, de mágico encanto, palabras de un lenguaje intraducible aquí en la tierra.

Recuerdo todavía con indecible deleite las muchas veladas que yo, junto con mi esposa, habíamos pasado en su estudio de la calle de Fontanella. Lo estoy viendo todavía. Era un salón grande donde nos recibían Granados y su buena esposa, rodeados de sus hijos menores, niños aún en aquel entonces. Pero Granados no nos recibía formando parte del corro familiar. Le encontrábamos invariablemente sentado ante el piano de cola. Nos retirábamos en seguida al rincón de nuestra tertulia, que estaba animado por el brillo y el chisporroteo de la chimenea encendida. Granados seguía allá

al otro extremo de la sala en su tarea de improvisar, interrumpida por los momentos en que con el lápiz en la mano trasladaba melodías y acordes al pentagrama. ¡Cuántas veces en esos instantes decisivos de su prodigiosa fuerza de inspiración suspendíamos la charla y reteníamos el aliento para saborear la delicia de los acordes, ritmos y melodías que brotaban mágicamente de sus manos! ¿Es que existe una delicia superior a la de asistir al alumbramiento de la inspiración del músico, al momento único en que la melodía y la armonía y las modulaciones brotan de sus manos en la forma definitiva? Así pude asistir en sesiones sucesivas a la creación de varias de sus «Danzas españolas», de «La maja y el ruiseñor», de fragmentos de las «Goyescas», del soberbio «Allegro de concierto» y de algunas de sus «Tonadillas».

Enrique Granados se alza ante mis ojos como el compositor de más personalidad entre los que en su tiempo brillaron como maestros de la nueva música española de concierto. A diferencia de otros, por otra parte fuertemente dotados, nuestro compositor no se limitaba a «ilustrar» con los primores de la técnica moderna y refinada los cantos del alma popular española haciéndolos dignos de ser oídos en los conciertos de música clásica. El secreto de Granados era la pericia, mejor dicho, la inspiración con la que él transfiguraba la música popular en expresión, yo diría, casi exclusiva de su propia alma. Era él quien hablaba y cantaba a través de ritmos y melodías de corte popular. Era él, con su temperamento soñador de poeta, el que cantaba y él quien nos transmitía el secreto de sus anhelos, de sus nostalgias, de sus recuerdos, de sus presentimientos, de sus ensueños y de sus ardorosos anhelos de felicidad. Era el lírico, el lírico puro que sabía hacer hablar el divino lenguaje de la música como expresión exclusiva de su mente y su corazón. Era — dejádmelo decir — el romántico que sabe escuchar y transmitir fielmente a los oídos y al alma de los demás sus misteriosas voces interiores.

Quizá a algunos admiradores de Granados no les gusta el calificativo de «romántico» que acabamos de aplicarle. Y

es que al adjetivo «romántico» se le da hoy en día un sentido equivocado, y para muchos significa un grado de calidad inferior al clásico. Para los que así opinan, «romántico» significa exclusivamente sentimental, apasionado hasta la extravagancia. Ya explané mi modo de ver en esta cuestión en dos artículos publicados, hace algún tiempo en este DIARIO. Clásico y romántico son simplemente dos vocablos de signo contrario y no tienen nada que ver con el valor y la calidad de la música. Hay en la historia de la Música dos campos opuestos, o mejor, complementarios que han existido y subsistido desde hace largo tiempo. Hay una música clásica y otra romántica, como hay una electricidad positiva y otra negativa, y un Polo Norte y un Polo Sur en nuestro planeta. Granados, sí, es nuestro gran compositor romántico. Su romanticismo personalísimo se formó en la escuela de Chopín, Mendelssohn, Schubert, Schumann y Wagner. Y él, como todos esos grandes maestros, nutrió preferentemente su personal inspiración con la música popular y tradicional de España, que él supo modelar con arte supremo. Y él supo hacer de la canción y la danza popular española la materia de la que él supo extraer una forma personalísima de belleza definitiva. Se equivocan, pues, los críticos, que, con una más o menos disimulada intención de rebajar, lanzan la afirmación de que un compositor es un romántico rezagado. Granados, fué simplemente un gran romántico que tuvo el secreto de convertir en oro puro lo que inconscientemente canta y cantará siempre el alma popular. Y sobre este fundamento puede asegurarse que su obra será siempre joven y actual.

## ANTE UN PROXIMO CENTENARIO

### I

Esa vieja institución barcelonesa de cultura que se llama «Ateneo Barcelonés» se propone celebrar dignamente dentro de dos años la efemérides de su fundación en 1860. La larga crisis que viene sufriendo esa gloriosa institución era fatal e inevitable. Los ateneos, e igualmente la mayoría de las academias, han tenido que doblegarse resignadamente a esa triste condición humana de todas las cosas vivas que las fuerza a someterse al ritmo ineluctable de las estaciones de la vida. Nuestro Ateneo ha perdido innegablemente aquel aliento juvenil y aquella plenitud de la edad madura. Buena será la ocasión del próximo centenario para que los elementos directivos de nuestra meritísima institución barcelonesa estudien ahincadamente la posibilidad de infundirle nueva savia para lograr, con los medios a ello conducentes, un remozamiento de aquellas actividades que estén en consonancia con el espíritu de nuestro siglo y prescindir, por otro lado, de aquellas otras ya superadas que convendría arrumbar por ser rémora y estorbo para abrirse camino y llegar otra vez a situarse en la primera fila entre los pioneros y directivos de la cultura contemporánea. No hemos de olvidar que el Ateneo fué en su tiempo el principal hogar de la vida intelectual de Barcelona, y hemos de tener presente que con sus luces profusamente derramadas en nuestro ambiente dió a sus ciudadanos un alto ejemplo y un poderoso estímulo para seguir, a través de una larga serie de decenios, culti-

vando el vergel de todos los estudios y actividades intelectuales que dan rango y categoría nacional y universal a una ciudad moderna.

¡Qué bella corona es para una gran ciudad poseer toda una serie de esas modernas instituciones de cultura, que llevan alguno de esos nombres clásicos de venerables instituciones de las antiguas Grecia y Roma y, en particular, de la inmortal ciudad de Atenas! Academia, Liceo, Gimnasio, Teatro, Aula, Agora, Propileo, Estadio, Ateneo, etc., títulos que fueron inmortalizados hasta el punto de conseguir que se jalonasen sin interrupción en los tiempos modernos como títulos de instituciones gloriosas. Por fortuna, Barcelona, ya en el inicio de su moderno progreso intelectual y material del siglo pasado, tuvo el ideal de fundar en bases firmes una institución, como la del Ateneo Barcelonés, institución que ha derrochado esfuerzo y tenacidad para conseguir elevar el nivel de la cultura intelectual de nuestra ciudad.

Hoy, cargado aún de gloria y prestigio, el viejo Ateneo Barcelonés se siente agitado por hondas ansias de resurgimiento a despecho de la fatiga y la postración que se ha notado en su seno después del magno esfuerzo con el que, desde principios del siglo actual, ha afrontado la gran crisis sufrida en todo el mundo civilizado por instituciones similares. Hoy todavía sigue firme y en pie, esperando tiempos mejores que lo renueven y le filtren nueva savia, la misma que creó durante medio siglo su poderosa iniciativa intelectual y lo convirtió en centro vivo de las minorías intelectuales, en refugio preferido de las «élites» de nuestra cultura y en campo favorito de batalla de opuestos bandos separados por diferentes y contradictorios ideales, pero en el fondo unidos en el sentido y la voluntad de ofrendar unos y otros a su ciudad y a su Ateneo un ejemplo vivo del sagrado entusiasmo que les espoleaba a todos ellos en la defensa y la apología de sus ideas.

El Ateneo Barcelonés forma parte de los más entrañables recuerdos de mi primera juventud. Tengan presente mis

lectores que soy uno de sus más antiguos socios. Me hice socio del Ateneo al salir de la Universidad de Barcelona con el título de Licenciado en Filosofía y Letras. Esto ocurría en los últimos años del siglo pasado, entre 1898 y 1900. El Ateneo en aquel entonces estaba alojado todavía en aquel simpático, bello y acogedor local contiguo al Teatro Principal. Recuerdo la grata impresión que producía aquel salón circular de estilo clásico con su alta bóveda y con sus estatuas, simétricamente repartidas, representando a Hermes y Apolo y a famosos sabios y poetas griegos. Allí tenía yo mi peña, allí tomábamos café entre el sazonado y juvenil alborozo de nuestras discusiones. Bajo aquella bóveda, junto a aquellas columnas jónicas o dóricas, discutíamos las novedades intelectuales del día, la obra y el mérito de nuestros músicos y pintores, poetas y novelistas. Abrigado por ese monumental espécimen de la arquitectura griega, allí escuché arrobado la voz de Maragall, recitando y entonando más que leyendo la prosa admirable de su «Elogi de la Paraula». Allí oí pronunciar al poeta Angel Guimerá su famoso discurso que tanto revuelo levantó en las altas esferas y en la masa de los ciudadanos. Allí, en nuestra peña, se plantearon por primera vez las reñidas discusiones que provocó la aparición del novecentismo y las ideas reformadoras sustentadas por su fundador y apóstol Eugenio d'Ors. Allí, cada día, a la hora del café, me distraía frecuentes veces de las discusiones de nuestra peña para fijar los ojos y los oídos en una peña cercana a la nuestra, donde se reunían los primates del catalanismo literario y de la que acababa de desaparecer, hacía pocos años, el gran maestro de la crítica literaria: José Yxart. Allí... mas ¿para qué continuar mencionando las emociones y las impresiones, recibidas por mí en aquella mágica rotonda, que tan amorosamente acogió y meció mis sueños juveniles?

## y II

Dos cosas he de agradecer principalmente a aquel inolvidable local de nuestro Ateneo, situado junto al teatro Principal, que tan contados de sus socios actuales pudieron alcanzar. Esas dos cosas — aparte de los inmensos beneficios que recibí de la intensa lectura que me proporcionó su rica biblioteca — fueron el conocimiento o, mejor dicho, la revelación de la pintura y de la música modernas. Mi conocimiento de la pintura moderna fué posible gracias a la ilustración que de ella me proporcionaban las escogidas revistas de arte que se recibían en el Ateneo. Fueron principalmente las revistas inglesas y alemanas las que yo con más frecuencia consultaba. Entre ellas la magnífica revista inglesa «The Studio» y la no menos importante alemana «Die Jugend».

Por lo que se refiere a la música tuve la gran suerte de tener entre mis contertulios del Ateneo a un buen amigo, gran pianista, que desgraciadamente había de morir joven. Este amigo mío y de mis hermanos era José Bonnin. Apenas había día en que no nos refugiáramos, el maravilloso pianista, dos de mis hermanos y yo, en la sala del piano — un espléndido piano de cola — para oír, a veces durante horas, la lectura de obras de Wagner, César Frank, Schumann, Chopin, Bach y Händel. Bonnin era notable sobre todo como lector repentista de la música. Tocaba el piano con un entusiasmo extraordinario. Lo que aprendí de música antigua y moderna, oyendo las interpretaciones de Bonnin, no es para decir. Hoy, desde esta tribuna de nuestro «Diario», quiero dedicar un recuerdo entrañable al que tan eficazmente me supo iniciar en el conocimiento de la más noble música que ha existido en el mundo en el curso de los siglos.

Y ahora, para poner remate a lo que estoy escribiendo al vuelo de la pluma, os quiero contar una página inolvidable de la historia de nuestro Ateneo y una anécdota íntima directamente relacionada con un período crucial del Ateneo,

con aquel momento en que se decidió, en 1905, cambiar de local para ir a instalarse en el palacio Parellada, de la calle Canuda, donde aún hoy está alojado.

Este cambio de local fué un asunto sumamente espinoso, que dividió a sus socios en dos bandos inconciliables. Las disputas entre ellos en el período de las negociaciones para la adquisición del nuevo local, fueron interminables y cada vez más agrias y violentas. Apasionadas fueron también, principalmente, porque la pasión no era en todos los socios regida por el criterio sereno de escoger la solución más adecuada a la vida y a los intereses del Ateneo. La política derramó su veneno entre los socios y consiguió convertir en campo de batalla las discusiones que el cambio de local suscitaba entre ellos. Los campos opuestos que se disputaban el triunfo eran en realidad los formados por los catalanistas y los republicanos. En medio de una gran efervescencia se celebró en 1905 la magna reunión de socios en el amplio local del Salón de la Lonja. La reunión fué convocada a las 10 de la noche. Hubo muchos discursos y algunos de tonos violentos a cargo de reputadas personalidades políticas: Sol y Ortega y el abogado Layret, por un lado, y por otro, Doménech y Montaner, Lluhí Rissech, Jaime Carner, Ildefonso Suñol, etc. Nada más significativo del carácter turbulento de esa memorable sesión nocturna que el hecho de que la sesión interrumpida varias veces, duró desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana. Había la consigna, en los dos partidos opuestos, de que los socios habían de permanecer en el local hasta haber depositado todos sus votos en la urna. El resultado de la votación fué favorable a los partidarios del cambio de local, sustentado por la Junta del Ateneo.

Permítanme mis lectores que, como remate de estas breves notas sobre el antiguo Ateneo Barcelonés de mi primera juventud, les haga una confidencia de carácter íntimo, y les cuente una anécdota de carácter cómico y dramático a la vez, de la que fuimos actores en aquella ocasión mi esposa y yo.

Aquella noche yo, antes de salir de casa, había advertido a mi mujer que la sesión sería de larga duración y que no extrañase que yo llegara a casa a altas horas de la noche. Pero lo que ocurrió en realidad fué que se acabó a las primeras horas del día siguiente, a la hora del alba. Las consecuencias de todo ello habían de ser, por unos momentos, desagradables y peligrosas para la paz de mi incipiente vida conyugal. Empecé la larga caminata desde Lonja hasta Diagonal donde yo residía. En aquellos tiempos no había autos ni taxis, y, en aquellas altas horas, ni tranvías. Mi intranquilidad, a cada paso que daba, iba en aumento. El primer encuentro fué tempestuoso. Encontré a mi mujer esperándome en el balcón. Pero en pocos instantes se disipó aquella riña conyugal como una nubecilla de estío, dejando otra vez el cielo azul e inmaculado. Yo comprendía su angustia en una tan larga espera. Ella comprendía la mía al verme forzado a cumplir mi compromiso de honor. Y esta mutua comprensión enjugó sus lágrimas y calmó mi excitación, y pronto renació la paz y la felicidad conyugal.

## LOS ALBORES DEL FUTBOL EN BARCELONA

En esos días en que aún perdura en el ambiente ciudadano el eco de los grandes triunfos deportivos alcanzados por nuestro Club de Fútbol Barcelona y la admiración general que ha despertado en toda España el estreno del grandioso Estadio acabado de inaugurar, he creído que sería oportuno contribuir por mi parte a la fama mundial de esta gran sociedad deportiva con un artículo publicado en nuestro «Diario», escrito a base de los pocos pero vivos y precisos recuerdos que conservo aún fielmente en mi memoria. Esos recuerdos son referentes a los tiempos que precedieron inmediatamente a la fundación de nuestro gran club barcelonés. Esos recuerdos personales, por nimios e insignificantes que puedan parecer, tienen en realidad mucha importancia, pues se refieren a la historia un tanto oscura de nuestro club en el período de formación de sus primeros jugadores, que precedió inmediatamente a su fundación definitiva en 1899.

En este período de formación, al que en este artículo me refiero, yo tenía veintidós años y había terminado en la Universidad la carrera de Filosofía y Letras. Junto con mis hermanos hablábamos con frecuencia de los rumores, que circulaban principalmente entre la juventud, de la próxima fundación deportiva de un club barcelonés de fútbol. ¿Quién había de decir que yo había de ser, no sólo uno de los primeros jugadores de ese club, sino que yo había de intervenir activamente en el aprendizaje de ese deporte y en la formación del primer grupo de jugadores voluntarios?

Puntualizando los hechos que puedan interesar hoy a mis lectores, he de empezar por poner en orden cronológico los planes y los hechos que se discutían en aquellos días sobre el proyectado primer club de fútbol de Barcelona. Dejadme contar cómo se hizo posible con gran facilidad y extraordinaria rapidez ese proyecto. En Barcelona había en aquel período dos salones de gimnasio muy acreditados: uno de ellos era el Gimnasio Tolosa, situado en los bajos de una casa en la calle del Duque de la Victoria. El otro era el Gimnasio Bricall, frecuentado también por muchos alumnos. Junto con dos de mis hermanos, era yo alumno, desde hacía varios años, del Gimnasio Tolosa. Un día vi en el salón de ese Gimnasio un nutrido grupo de jóvenes que discutían animadamente acerca de la formación de un primer grupo de jugadores reclutados entre los alumnos de nuestro Gimnasio, para empezar a difundir la nueva afición deportiva, desconocida aún en Barcelona y creo que en toda España. Esta reunión se repetía todas las tardes. Me llamaron desde el primer día la atención dos de los concurrentes que parecían estar ya muy familiarizados con la técnica del fútbol. Averigué que uno de ellos era Valdés, aventajado alumno del Gimnasio y dueño de una administración de Lotería de la Rambla de las Flores, famosa porque se atribuía una suerte loca a los billetes que ponía a la venta. Era alto, musculoso y fornido; pero el otro personaje que dirigía principalmente la discusión en un mal castellano, era aún más alto, más musculado y más fornido que Valdés: era, en una palabra, el después famoso Gamper, gran deportista suizo, residente entonces en Barcelona. Valdés y Gamper hicieron la lista definitiva de los alumnos que se habían comprometido a aprender en el campo las reglas del nuevo juego. Dos de esos alumnos éramos mi hermano José y yo. La organización fué rápida. Se encontró, después de mucho buscar, un campo llano de gran extensión, sin cultivar, situado en la ladera cercana a la Bonanova, donde había de surgir más adelante el Turó Park.

Todos los domingos por la mañana nos reuníamos allí y

nos poníamos a las órdenes de Gamper, al que secundaba Valdés como ayudante. No me entretendré en contar a mis lectores los ejercicios que hacíamos en el campo. Eramos adiestrados en el dominio del balón, en la precisión del tiro, en el arte o sorpresa de lograr un gol frente a la puerta del grupo contrario, en la estratagema de burlar con un puntapié o de arrebatarse con los pies el balón en poder del contrario, etcétera. Más de un encontronazo, más de un puntapié, más de una caída, más de un cruel pisotón sufrí en esos violentos ejercicios. Pero, uno de éstos nos atemorizaba seriamente a todos los novatos. Era el de tratar de arrebatarse con los pies el balón que avanzaba velozmente entre los del imponente y atlético Gamper. Yo no concebía que el membrudo suizo pudiese ser objeto de una agresión semejante. Le veía avanzar imponente, inatacable, invulnerable, como Aquiles en los campos de Troya. En vano Valdés nos jaleaba a gritos para que nos lanzáramos al abordaje de aquella imponente torre de músculos de acero. Yo al menos no me sentí nunca émulo de Héctor en semejante ocasión. ¡Cualquiera se atrevía a ponerse a tiro de los claveteados zapatos del campeón suizo!

Durante esos primeros días pude ya experimentar en mi interior que a mi constitución física y moral no se acomodaba aquel juego violento del fútbol. No renuncié, sin embargo, a seguir por un tiempo probando superar mis flacas, pero sanas y animosas fuerzas. La resolución categórica y definitiva la tomé el domingo siguiente en forma cómica. Todos los domingos me iba al Turó provisto de una sabrosa tortilla con su pan correspondiente. Aquel día aproveché el primer descanso del juego para tomar mi frugal desayuno. Fatigado y sudoroso me senté en el margen del campo y de cara a Barcelona, que allá abajo tendía sus barrios y sus calles cobijada por un tibio sol primaveral. Listo ya de mi almuerzo, volví a mi puesto en el juego. No habían aún transcurrido diez minutos cuando me sentí mal y acabé por arrojar mi almuerzo. Triste, pesaroso y contrariado, me levanté, me arreglé el vestido y sin decir nada a nadie salí del campo

y me volví a casa. A donde no volví más fué al campo de fútbol del Turó. Me había, finalmente, convencido de que yo no servía, ni serviría nunca para aquellos menesteres. Poco tiempo después de haberme ocurrido esta cómica aventura, se fundaba en febrero de 1899 nuestro Club de Fútbol Barcelona, esto es, hace ahora cincuenta y ocho años. ¡Que Dios le conceda una aún más larga y brillante vida!

## LAS MARAVILLAS DE UN TEATRO DESAPARECIDO

El teatro desaparecido en cuestión es el Teatro Lírico. Estaba situado en la calle de Mallorca en el trecho del Paseo de Gracia a la calle de Claris, hoy Vía Layetana. Este teatro desapareció en la primera década del presente siglo. Era propiedad de la familia Arnús. Pocos de nuestros teatros desaparecidos en Barcelona en la época presente merecen que los barceloneses guarden de ellos un grato recuerdo. Entre los que lo merecen figura en primera línea el Teatro Lírico, no sólo por su espléndida situación, por la sobria y clásica belleza de su elegante decorado, por el encantador jardín que le rodeaba, sino principalmente por la participación importantísima que tuvo en la obra de difusión de la más noble y exquisita música de los tiempos modernos y por la formación del buen gusto musical del público barcelonés, tan atrasado aún al final del pasado siglo. Desde que el Teatro Lírico abrió sus puertas a la actuación de la magnífica orquesta bajo la dirección del gran maestro Antonio Nicolau, su espléndida platea y sus elegantes palcos, lo mismo que su galería superior se llenaron de un público enervado siempre creciente. El teatro en las grandes festividades musicales no podía dar cabida a la masa de los amantes de la buena música que en él se daban cita.

Pero ese teatro tenía, además, sus maravillas. Maravillas inesperadas, y por ello tanto más gratas, que aún le daban más tono. Entre ellas debemos contar los conciertos de «música de cámara» a cargo de famosos artistas nacionales y extranjeros. Recuerdo con especial deleite los conciertos que en dos temporadas dió en el Lírico el quinteto del gran vio-

linista Fernández Arbós, del que formaba parte nuestro genial compositor y pianista Isaac Albéniz. Pero ésta no fué la única maravilla del Lírico. Le siguió de cerca una serie de conciertos de música «de cámara» a cargo del «cuarteto belga» formado por su director, Crickboom, Angenot, Miry y el de la viola cuyo nombre no he retenido en mi memoria. Este maravilloso cuarteto de cuerda no lo oímos en la sala del teatro. Sus conciertos fueron ejecutados en el salón de descanso o salón íntimo que estaba reservado para las audiciones de «música de cámara». Allí se congregaba en ocasiones un público selectísimo que oía con religioso silencio las más bellas producciones de los grandes maestros. Jamás se había dado a conocer al público barcelonés un conjunto de artistas tan unido, tan homogéneo, tan compenetrado con el espíritu de los grandes maestros. Aún recuerdo la primera gratísima impresión del primero de esos conciertos al ver las cuatro cabezas rubias como el oro de los artistas belgas, que tan perfectamente conjugaba con la pureza del sonido que emanaba de sus «mágicos» instrumentos. Y recuerdo también con íntimo deleite la honda emoción que sentí en los conciertos que el cuarteto belga dedicó a los últimos cuartetos de cuerda de Beethoven.

Maravillosos, también, fueron los conciertos que dieron en el Lírico los más grandes pianistas, violinistas y violoncellistas de todo el mundo. Solemne fué la serie de conciertos en los que, bajo la batuta del gran compositor francés Vincent d'Indy, la orquesta del Lírico ejecutó las nueve sinfonías de Beethoven. La gran obra de educación musical que el cuarteto belga realizó en el público filarmónico barcelonés fué aún completada por la resolución que hizo su director de trasladar su domicilio a Barcelona y dar lecciones de perfeccionamiento a alumnos aventajados. Desde entonces hasta tiempos no lejanos, los discípulos más avanzados del gran violinista belga se han dado a conocer a nuestros públicos por la perfección técnica y la fuerza expresiva de sus interpretaciones.

Pero la insuperable, la suprema maravilla del Teatro Lírico fué otra para mí. Una maravilla que llegó hasta el extremo de llevarme a descubrir y amar a la que había de ser la dulce compañera de mi vida. Fué el mío un caso notable del poder que tiene la música de provocar la mutua atracción de dos almas hasta juntarlas para siempre y fijar su destino común. Aquella noche, sentado en mi butaca, descubrí el rostro y la figura de la que Dios me había destinado para esposa. A partir de aquel momento se fijó mi destino. Momento solemne, de una solemnidad íntima y fervorosa que no acierto a explicar ni definir. Recuerdo que aquella noche estaba anunciada en el programa del concierto la ejecución de la magna y sublime «Entrada de los dioses en el Walhalla», de Wagner. Era la última pieza del concierto. La música de esta partitura, así que sonaron los primeros compases, me envolvió en un vertiginoso viento inflamado, en una llama que me transportaba a un paisaje de ensueño; una llama que también brillaba en los ojos de aquella adorable criatura que a cuatro pasos de mí me miraba y me sonreía con una tenue e imperceptible sonrisa. Aquella grandiosa entrada de los dioses en su olimpo se transfiguró en un canto triunfal de mi entrada, de nuestra entrada, en un mundo desconocido que ella y yo sabíamos que no había de tener fin en esta ni en la otra vida. Con esta maravillosa sensación salimos aquella noche del Teatro Lírico.

Dos años después, al pie del altar, cambiábamos los anillos nupciales y expresábamos ante Dios nuestra voluntad de unirnos para siempre. Yo había atravesado en aquel instante los límites de la adolescencia y había ya llegado a la juventud.

## UNA VERBENA DESGRACIADA

Era la noche de San Juan de 1890. Junto con mi hermano José acabábamos de salir del Colegio de San Ignacio de Manresa y estábamos gozando en Barcelona las vacaciones veraniegas. Yo tenía entonces trece años. Mi padre nos había prometido que aquella noche nos dejaría salir de casa, acompañados de mi hermana mayor María Josefa y su marido, para disfrutar la animación y el alegre bullicio propios de la Verbena. Mis hermanos y yo pedimos a nuestro padre que nos permitiese ir a una diversión pública que con el nombre de «Ferrocarril aéreo» estaba instalada en un vasto local que abarcaba los edificios y los grandes solares del interior de una manzana situada entre el Paseo de Gracia y la Rambla de Cataluña, en el espacio que al presente ocupan el Banco Comercial de Barcelona en el Paseo de Gracia y el Teatro de Barcelona en la citada Rambla. La diversión consistía en un corto viaje alrededor del gran solar, en una vagoneta descubierta que se deslizaba sobre un solo raíl. Los viajeros habían de subir una alta escalera de madera, a un tablado donde se estacionaba la vagoneta a punto de arrancar para un nuevo viaje.

Nosotros, que éramos cinco: mi hermana y su marido y los tres hermanos, nos instalamos cómodamente en la vagoneta y al cabo de un rato empezamos a deslizarnos por el raíl único. Bajadas y subidas, subidas y bajadas, vuelta hacia la derecha, vuelta hacia la izquierda; y al cabo de algunos minutos la vagoneta quedó inmóvil en el raíl dispuesto encima de la plataforma. La vagoneta empezó a subir convertida en

ascensor. Yo, entonces, cometí la imprudencia de poner los dedos de la mano derecha en una de las cadenas y me recreaba con el cosquilleo que su roce producía en mi mano. Cuando con los demás yo quise levantarme del asiento para salir de la vagoneta, me sentí cogidos tres dedos de mi mano derecha (medio, anular y meñique) entre la cadena y la polea. Mi cuñado y mi hermano José acudieron presurosos a salvarme, pero la desgracia ya se había consumado sin remedio.

Yo, mientras tanto, tenía los ojos clavados en mi mano, transformada en un horrendo muñón de piel y tendones, músculos y huesos que chorreaba sangre y más sangre, mezclada con la grasa y la suciedad de la cadena y la polea que me la habían destrozado. A mis gritos de dolor y de pánico con los que se mezclaban los de mis hermanos, pronto se juntaron los alaridos de alarma del personal de la empresa y de otros testigos del grave accidente. Previa una rápida consulta con el jefe del personal, mi cuñado separándose del resto de la familia, acudió a mi lado y me empujó hacia la salida después de haberme envuelto la mano con un pañuelo limpio. Cogido de su brazo y al cabo de algunos pasos asistido por un vigilante que nos quiso acompañar, emprendimos la marcha, atravesando el Paseo de Gracia y siguiendo por la Ronda de San Pedro, y siempre a pie, pues en aquellos lejanos tiempos a altas horas de la noche era difícil encontrar un coche de alquiler. Al fin supe que me llevaban a la Casa de Socorro que, aun hoy existe, en el extremo de la Ronda de San Pedro. Yo me calmé entretanto sin dar muestra ninguna de pánico ni de congoja y andando a paso normal y firme. Nos detuvimos en una farmacia en la esquina de la Plaza de Urquinaona y me dieron a beber un antiespasmódico que, en verdad, no necesitaba.

Llegamos, al fin, a la Casa de Socorro. Avisaron al médico de guardia mi llegada. Se presentó al cabo de un rato. ¡Cuál fué mi sorpresa y cuál hubo de ser la suya al encontrarnos frente a frente! Eramos no sólo conocidos, sino parientes de parientes. Era el doctor Luis de Castellarnau, hijo de ilustre

familia tarraconense. Al reconocirme, después de expresar su sorpresa, me hizo pasar inmediatamente al quirófano. Me examinó detenidamente la mano mutilada y, sin perder tiempo, me hizo tender en la cama de operaciones. Me hicieron respirar cloroformo unos minutos y al fin perdí el conocimiento. Eran las doce de la noche cuando la operación dió comienzo. Al fin, me despertaron a bofetadas. Cuando hube recuperado la conciencia acabé de vestirme y junto con mi padre y cuñado, que habían presenciado la operación, subimos a un coche que ya nos esperaba y nos dirigimos a casa. Eran las cinco de la mañana. La llegada a casa fué muy emotiva. La nota culminante de mi llegada fué la sorpresa que tuve, al subir el último tramo de la escalera. En el descanso de nuestro piso descubrí a mi madre que estaba esperando de pie mi llegada. Me quedaron grabados por toda la vida su rostro pálido, su mirada ansiosa e interrogativa. Mi madre había pasado cinco horas en vela en espera de mi llegada. En el momento de llegar frente a la puerta, salió ella y me echó sus brazos al cuello y me besó efusivamente sin decirme nada. ¡Pobre madre! En breves momentos me vestí las ropas de noche y me metí en cama...

Mi cura siguió hasta el fin en manos del Dr. Castellarnau bajo el control del eminente cirujano Dr. Morales. Las visitas de esos dos doctores eran siempre para mí muy agradables. En una de ellas el Dr. Castellarnau me comunicó en presencia de mis padres la lucha interior que aquella noche hubo de sostener para decidirse a elegir los límites que había de tener la inminente operación de mi mano. «Mira, chico, me dijo, para que te hagas cargo de mi tortura tengo que declararte que si tú hubieses encontrado en la Casa de Socorro un médico desconocido, éste sin titubear se hubiera tenido por obligado a cercenarte el brazo porque existía el peligro inminente de la gangrena. Pero yo, como amigo y pariente de tu familia, me consideré obligado a hacer los imposibles para salvarte el brazo. Y ahora que veo segura una completa y rápida curación, tengo que expresarte mi alegría por no haber atendido

a mis escrúpulos tan fundados de mi conciencia profesional».

Lo cierto y positivo fué que al cabo de un mes dejaba la cama y al cabo de otro mes, exactamente el 15 de septiembre, entraba en el Colegio de Manresa para seguir el curso correspondiente del Bachillerato. Me serví siempre de mi amputada mano derecha en todas las ocasiones. Durante los últimos meses de vacaciones me había dedicado largos ratos a aprender el manejo de la pluma con la mano izquierda. Pero pronto me convencí de que podría conseguir la plena aptitud para escribir con la diestra. Esta victoria fué en realidad un efecto de la gracia de Dios. El me había destinado a ser escritor y quiso facilitarme durante mi larga vida el normal ejercicio de mi profesión. ¡Bendita sea su divina misericordia!

VII

MI HERMANO FRANCISCO



## MI HERMANO FRANCISCO

Mi hermano Francisco fué el primogénito en mi familia. Siendo yo el penúltimo de mis diez hermanos (uno de ellos, Antonio, murió siendo muy niño). Francisco me llevaba una diferencia de edad tan considerable, que mi trato con él no me permitió conocerle a fondo.

Si en este «Diario» me he decidido hablar de él, es porque fué hombre de recia personalidad y, a pesar de ser yo niño todavía cuando le arrebató la muerte en plena juventud, dejó en mi ánimo una honda y perdurable impresión. Era un gran carácter, y destacaba por su originalidad donde quiera que se encontrase. En estas líneas que voy ahora a dedicar a su memoria probaré de trazar su silueta a través de los numerosos recuerdos que de él conservo y a base de anécdotas muy expresivas de su temperamento.

Como primogénito de mi noble familia, Francisco tuvo una esmerada educación. Cursó el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Tarragona. Al terminar sus estudios, a la pregunta ritual de mi padre: «¿Qué quieres ser? ¿Qué carrera te propones estudiar?», contestó resueltamente: «Quiero ser marino». Su afición a las cosas del mar era de sobras conocida de mis padres. Pero de esta afición infantil al propósito tan categóricamente formulado por Francisco en aquel momento, había una grandísima distancia. Según me contaron más tarde, mi padre y mi madre no acertaban a salir de su asombro. ¡El primogénito de casa Montoliu, marino! ¡No podía ser! Mi padre tenía un rico patrimonio de tierras y fincas heredado de sus mayores a través de mu-

chas generaciones y era lógico y natural que su heredero había de seguir la tradición secular de la familia. Mi padre se opuso terminantemente a los planes revolucionarios del mayor de sus hijos. Mi madre dió su anuencia a la firme negativa de mi padre. El resultado fué que, como vulgarmente se dice, consiguieron quitarle de la cabeza tan descabellado propósito y Francisco acabó por ceder, y, renunciando a sus sueños de navegante y descubridor, se resignó a estudiar la carrera de Derecho, tal como le aconsejó insistentemente mi padre. Después de cursada la carrera hizo mi hermano en Madrid los estudios de ingeniero agrónomo. Debíó de ser un alumno brillante, pues terminada la carrera fijó su residencia en Madrid por haber ganado unas oposiciones a una plaza de profesor de la Escuela Central Agrónoma de la Moncloa, de la cual llegó a ser director hasta poco tiempo antes de su muerte.

Como sea que desde mis ocho años yo pasaba junto con mis hermanos ocho meses en el Colegio de Jesuitas de Manresa, con mi hermano Francisco poco me pude tratar, pues en sus visitas a la casa de nuestros padres no podíamos encontrarnos, y así solamente nos veíamos durante los tres o cuatro meses de vacaciones en nuestra casa de Tarragona.

La vocación ahogada de Francisco subsistió a pesar de todos los pesares a lo largo de su vida. El marino que llevaba dentro asomaba en una curiosa variedad de manifestaciones. Durante los veranos la compañía de sus cuatro hermanos todavía niños era para él una excelente ocasión para jugar con nosotros con un curioso juego de su invención. El juego figuraba una batalla naval entre las escuadras más poderosas de las grandes potencias de aquella época. Mi hermano nos dibujaba en cartón de distintos colores, según las naciones, las siluetas de los acorazados, cruceros y torpederos de las distintas flotas y nosotros las recortábamos, doblando el cartón en su parte inferior para que tuviesen estabilidad. El juego se desarrollaba en una hoja grande de papel, en el que estaban dibujadas esquemáticamente las bases (costas, puertos,

bahías, etc.) de las escuadras rivales. Los dos jugadores habían de mover las piezas alternativamente y las jugadas se decidían a favor de aquél que lograba colocar algunos de sus buques de manera que alguno o algunos de sus contrincantes cayesen de lleno bajo el fuego de sus cañones. Los buques se hacían avanzar hasta una distancia máxima previamente convenida y en la dirección libremente elegida por los jugadores. Las trayectorias de los barcos se señalaban sobre el papel con lápiz y escuadra y el ángulo de tiro se calculaba por medio del compás. Era un juego ingenioso y complicado que los hermanos pequeños no habíamos llegado nunca a dominar. La verdad es que Francisco no se mostró nunca totalmente satisfecho de su invención y recuerdo que todos los veranos venía con nuevas modificaciones de las reglas de su batalla naval. Al cabo de unos años él mismo se cansó de jugar con nosotros, debido principalmente, según creo, a que habíamos llegado los cuatro hermanos a una edad que no le permitía continuar teniéndonos a sus órdenes como sumisos discípulos.

Francisco era un gran nadador. En Tarragona su delicia era echarse al mar en la playa de la Sabinosa, a donde íbamos a tomar baños, e internarse rápidamente a grandes brazadas mar adentro hasta desaparecer ante nuestros atónitos ojos. Él fué nuestro excelente maestro de natación. Por lo demás era de constitución atlética y un consumado gimnasta. Recuerdo que en el gimnasio al que íbamos todos los hermanos en Tarragona era el único concurrente que levantaba el peso máximo de las bolas de hierro. Aunque de estatura mediana, tenía el cuerpo magníficamente musculado y era un modelo clásico de belleza varonil, a lo que contribuía también su rostro de armoniosas y agradables facciones. Los cuatro hermanos pequeños de él aprendimos la afición al mar que él se cuidaba de alimentar con lecturas adecuadas a nuestra edad. Por su consejo, ya a los 8 o 9 años leíamos las grandes novelas marinas de Julio Verne, entre las cuales recuerdo, por la honda impresión que me hicieron *Los ingle-*

*ses en el Polo Norte y Veinte mil leguas de viaje submarino.* Los valientes y simpáticos capitanes Hatteras y Nemo y el submarino Nautilus eran para nosotros cosas familiares que nos parecía haber conocido. Francisco nos contagiaba también su entusiasmo romántico por las grandes aventuras marítimas de los héroes de las novelas de Mayne Reid. De esta pasión del mar, que le abrasó las entrañas durante su corta vida, continuamente surgían destellos y relámpagos en sus conversaciones y el recuerdo del héroe de Julio Verne, el capitán Nemo, brotó en forma dramática en una de las aventuras más temerarias de su azarosa vida espiritual, como veremos más adelante.

Francisco era todo un carácter. Su inteligencia pronta, clara y penetrante tenía la ayuda de una fuerza de voluntad excepcional. Era hombre para triunfar en empresas difíciles siempre que en ellas se tratase puramente de él sólo. Inteligencia y voluntad sobresalientes demostró poseer en varias ocasiones de su tan corta vida. Solamente quiero recordar algunas de ellas.

Dejando aparte las dos carreras tan diferentes que él estudió con brillantez una tras otra, haré notar que viviendo en Madrid le dió por estudiar seriamente el violoncello. Hizo todos los cursos en el Conservatorio y fué entre los de su promoción el alumno preferido de su maestro, el notable violoncellista Mirecky. Llegó a poseer el perfecto dominio del instrumento y en los veranos, cuando venía a pasar los meses de vacaciones en Tarragona, tocaba solo o acompañado al piano por mis hermanas María Josefa y María Teresa. El fué quien introdujo el buen gusto musical en casa y fué el primero en mi vida que me hizo conocer y gustar la música de los grandes maestros clásicos: Beethoven, Mozart, Schumann, Mendelssohn, Schubert, Chopin, Bach y Händel. Tenía por costumbre tocar solo el violoncello en el gran salón de casa hasta altas horas de la noche. A este propósito tengo por contar una anécdota interesante. Pero la dejaré para cuando trate de su temperamento. Su amor a la música y su

afición al violoncello no sufrieron ningún enfriamiento durante toda su vida. En el estudio del violoncello fué un modelo de voluntad y aplicación admirables. Como el gran volumen del instrumento no permitía su fácil traslado de un lugar a otro, no podía muchas veces aprovechar el tiempo, como hubiera deseado, para el estudio y el ejercicio. Con el fin de evitar esta privación, ideó y se hizo construir un curioso instrumento que bautizó con el nombre de violoncello-esqueleto. Encomendó la labor a un carpintero que ejecutó el croquis que él mismo había dibujado. Consistía esencialmente en un armazón de madera pulimentada que constaba de clavijas, cordal, puente, cordal inferior y punzón para hincarlo en el suelo; a ambos lados salían unos brazos horizontales, rectos, terminados en una pieza curvada de madera con el fin de adaptar y fijar el instrumento entre ambas rodillas. En este raro instrumento se había suprimido la caja de resonancia con el fin de quitarle peso y volumen. Todo él se desmontaba fácilmente en tres o cuatro piezas ligeras y relativamente pequeñas que se guardaban fácilmente en un estuche y permitía el cómodo transporte del instrumento. Año tras año mi hermano fué perfeccionando su invención hasta que llegó a darle la forma definitiva. Cuando se ausentaba de la ciudad para pasar unos días en otra, invitado por una familia amiga, o bien cuando íbamos a pasar unos días a alguna de las fincas de mi padre, él no olvidaba su violoncello-esqueleto para aprovechar el tiempo. Aún me parece estar viéndole estudiar y hacer ejercicios y oyendo el débil ronroneo de aquel original instrumento, falto de resonancia, en el jardín de nuestra casa del Morell o en el de La Pineda. Recuerdo también que un verano que fuimos a pasar un mes en Poblet, mi hermano se encaramaba todos los días a la rotonda que corona el cimborio medio ruinoso de la iglesia, y allí se pasaba las horas haciendo zumbir levemente las cuerdas de su esquelético violoncello con gran asombro de los gavilanes y golondrinas que anidaban entre las piedras solitarias de aquellos muros.

Para dejar definitivamente apurados mis recuerdos referentes al estudio del violoncello de Francisco, quiero solamente añadir una graciosa anécdota que es una pincelada sumamente expresiva para dar a conocer el cariz irónico y la agudeza de su ingenio instintivamente mordaz. Mi hermano vivía en Madrid en una casa de pensión. Los años que él cursó los estudios en el Conservatorio, acostumbraba consagrar muchas horas al estudio del instrumento. Un día de verano estaba él estudiando en su habitación. El balcón de ésta daba a un patio interior y frente a él había los balcones de otras casas vecinas. Por ser verano, todos los balcones estaban abiertos. Mientras detrás de las persianas estaba estudiando con todo su entusiasmo y esforzándose en arrancar al instrumento toda su potencia sonora, en una pausa de sus ejercicios oyó cómo unas señoras vecinas se estaban quejando amargamente de la *lata* que les daba a todas horas con el gruñir de su rezongón instrumento. «¡Es sencillamente insoportable! ¡Ya estamos hartas de tanta música! ¡Jesús, qué calamidad! ¡Cuándo se acabará este martirio!...» Y aún seguía la letanía de improperios brotando de los labios de las mortificadas señoras, cuando mi hermano se levanta, y con el instrumento en la mano, avanza hacia el balcón, aparta un poco la persiana y dice con la más amable sonrisa: «¡Señoras, lo siento, pero tengo todavía para tres años!»

Fuerza heroica de voluntad demostró más adelante cuando le dió por aprender solo, sin ayuda de maestro, el sánscrito, lengua que llegó a dominar hasta el punto de poder leer los antiguos textos. Llegó a reunir una biblioteca importante de libros sánscritos en Madrid. Pero esto pertenece a un capítulo de los últimos años de su vida del que hemos de ocuparnos con detenimiento cuando llegue el momento indicado.

Sus sobresalientes cualidades físicas y espirituales: magnífica constiución física, claridad, prontitud y penetración de entendimiento y fuerza soberana de voluntad, iban en él acompañadas, por otra parte, de otras peculiaridades de ca-

rácter que resultaban en detrimento y perjuicio del clásico equilibrio que de aquéllas habría resultado. Su estado de alma en sus relaciones con los demás, no sólo con los amigos, parientes y conocidos, sino con los mismos miembros de su familia, era constantemente irónico; más que irónico, burlón. Se reía de todo lo vulgar, de todo lo convencional en las costumbres sociales y familiares, de todo lo tradicional incorporado y asimilado por la mentalidad y los hábitos de la clase social a la que pertenecía su familia. Quienes le conocieron sólo superficialmente se hacían de él seguramente una idea equivocada. Como hablaba constantemente de todo — o mejor dicho de todo lo corriente y vulgar — con una sonrisa burlona, le tomaban por un escéptico y un amargado, que ya en plena juventud llevaba en su intimidad la desilusión de todo, el desengaño del mundo. Pero no era así. Su sonrisa, su actitud permanentemente burlona era solamente una máscara tras la cual ocultaba una gravedad, una seriedad, unas preocupaciones intelectuales, morales y religiosas, que sólo debieron de conocer sus más íntimos amigos hasta que se descubrieron en una dramática y dolorosa revelación a sus familiares hacia los últimos días de su vida. Yo hablo aquí de mi hermano Francisco principalmente a través de mis recuerdos de infancia. Pero aún sin salir de la esfera limitada de observación impuesta por mi memoria de aquellos primeros años de mi vida, debo confesar que lo mismo a mí que a mis hermanos Francisco nos producía una extraña impresión, como si las bromas, las ocurrencias y las originalidades suyas le sirviesen para encubrir una actitud grave y pensativa que no correspondía a su sonrisa permanentemente burlona y a sus habituales expresiones de sarcasmo. En una palabra, para mí y los tres hermanos, niños en aquel entonces, Francisco era un enigma viviente, que si nos excitaba hilaridad, también nos infundía respeto mezclado con cierto miedo. ¿Qué llevaba dentro?... La misma vida se encargó por último de descorrer el velo de ese misterio. Como verá el lector, Francisco llevaba dentro

un místico, tal vez un visionario. Pero no precipitemos la marcha de nuestra narración. Voy a analizar brevemente los rasgos salientes de este originalísimo carácter.

Entre los más típicos y acentuados han de contarse sus numerosos odios. De ellos era quizá el más patente su odio a las mujeres. Francisco murió a los 33 años. A pesar de su juventud, de su atractiva presencia, de su cultura y su ingenio, de su refinada educación no se supo nunca que hubiese tenido amores ni amoríos, ni en Tarragona, ni en Barcelona, ni en Madrid. Más todavía, no se supo que hubiese estado enamorado ni enamorado de ninguna hija de Eva. Este era uno de los temas obligados y más frecuentes en mi familia y en la tertulia que reunía mi padre en nuestra casa después de la cena. Lo cómico del caso era que Francisco fué repetidas veces objeto de persecución más o menos declarada por parte de algunas mamás que tenían guapas hijas casaderas y a veces ricas. Mi hermano mayor, por el conjunto de sus aventajadas dotes, es innegable que era un buen partido, un excelente partido. Mis padres, sin embargo, aprendieron muy pronto en este asunto la lección del desengaño al ver que en el fondo de estas habladurías no había más que un buen deseo y una ilusión muy natural. En mi recuerdo ha quedado la graciosa silueta de una linda condesita que no hacía ningún secreto de su ilusión de conquistar el corazón y la mano del que con el tiempo había de ser un marquesito. La condesita era cubana y hablaba con aquel acento meloso y cantarín del castellano de su bella isla. Muy buenos ratos de risa y buen humor nos hizo pasar aquella bonita criolla que, molestanda y mortificada por la indiferencia que le mostraba el que era el hito de sus anhelos y no consiguiendo que éste accediese a su ruego a que la acompañase en la tertulia de la Rambla de Tarragona en las noches de verano, dijo a una de mis hermanas: «Pues dile a Paco que pa obligarle a haserme compañía, mañana en la Rambla, le haré bajá un balansón». Recuerdo también que durante mucho tiempo corrió la voz de que mi hermano parecía al fin estar

enamorado de una muchacha muy agraciada y culta de una familia linajuda de Madrid que le acompañaba al piano en sus conciertos íntimos de violoncello. El misoginismo de mi hermano queda retratado en la actitud que guardó en una gran fiesta que dió la familia Canals, de Tarragona, en sus espléndidos salones. Como tenía por costumbre, se negó a bailar a despecho de las solicitudes con que le importunaron numerosas muchachas. Una de ellas, que era hija de los dueños de la casa, fué más atrevida que las otras. Acercándose a mi hermano y cogiéndole levemente por la solapa quiso arrastrarle a bailar con ella. Entonces Francisco, dando un paso atrás y haciendo ademán de apartarla con la mano, le dijo con voz afectada y su eterna sonrisa burlona: «Dolorettes, no em toquis!»

Otra antipatía — ¿verdadera?, ¿ficticia? — de mi hermano mayor eran los niños pequeños, los niños de teta. A este propósito se contaba en mi familia que cada vez que nuestra madre iba de parto — tuvo diez — al hacer él su visita de rúbrica al recién nacido y a la parida momentos después de haber venido aquél al mundo, antes de traspasar la puerta de la habitación se cogía la punta de la nariz con las yemas del pulgar y del índice de la mano derecha y con la otra mano detrás de la espalda avanzaba a largos, lentos y sigilosos pasos en la pieza, se detenía unos segundos para mirar al tierno infante, tras lo cual, sin quitarse los dedos de la nariz y sin proferir palabra, emprendía la retirada y salía por la puerta con el mismo paso, lento y solemne, con que había entrado. Y según cuentan, cada vez mi pobre madre se limitaba a decir: «¡Este Francisco...!»

Cuando éramos aún pequeños los cuatro últimos hermanos de la familia, nuestro hermano mayor se divertía con nosotros haciéndonos blanco o tomando en alguno de nosotros pretexto para sus excentricidades y humoradas. Recuerdo que siendo Plácido, el Benjamín de la familia, un niño de cuatro o cinco años, un día, sin decir una palabra, se lo llevó en brazos junto a un alto armario y subiéndose a una silla lo

dejó de pie encima del mueble y él se marchó tranquilamente. Mi hermanito rompió a llorar desesperadamente, al verse desamparado encima del armario. Allí se quedó lleno de miedo y angustia hasta que sus llantos y sollozos llegaron a oídos de alguna criada que acertó a pasar cerca de allí y acudió a salvarle de su peligrosa situación.

Por lo demás, el odio a los niños pequeños era una de las características de su manera de ser. Yo creo que esta *misopedia* era una evidente manifestación de desequilibrio, una psicosis que revelaba una anormalidad en su vida mental.

Recuerdo que un día estando con él en uno de los balcones de la sala que daba a la calle de Caballeros, acertaron a pasar por la acera de enfrente una pobre mujer llamada Marina, que había sido muchos años criada de casa, acompañada de su numerosa prole, compuesta de cinco niños y niñas entre los ocho y los dos años; y oí que Francisco le decía con su helada sonrisa: «¡Ola, Marina! On vas amb aquests granots?»

Quiero contar, a propósito de Francisco, otra anécdota, ésta del género fantástico-humorístico. En nuestra casa de la calle de Caballeros había — hay todavía — un hermoso salón, estilo Imperio, admirablemente pintado. Era una pieza siempre deshabitada, y sobriamente amueblada con antiguas sillas de caoba, un diván de cuero, dos balancines de Viena, dos sillones de damasco, una mesa de madera oscura con figuras y ornamentación tallada y cuatro retratos al óleo de antepasados, entre ellos don Manuel de Montoliu-Eril, gran Maestro de la Orden de San Juan de Jerusalén, que estaba retratado con su casaca encarnada y luciendo la cruz de la Orden en el pecho. Pero de estos retratos el que más llamaba la atención era el de mi abuelo paterno. Aparecía sentado junto a una mesa en la que apoyaba el antebrazo derecho y la mano. Al lado de un libro cerrado que se veía encima de la mesa estaba puesto, boca arriba, un gran sombrero de copa. El retratado aparecía vestido de levita. Su actitud era rígida, su tez lívida, sus labios amoratados, sus ojos inexpresivos, su

mirada glacial y atónita. No costaba gran esfuerzo adivinar que aquél era el retrato de un cadáver. Efectivamente, según contaba mi padre, el abuelo murió relativamente joven, sin haberse hecho retratar como tenían por costumbre todos los primogénitos de la familia; así es que cuando murió, su hijo (es decir, mi padre) llamó en seguida a un pintor para que, fuere como fuere, le sacase el retrato. Y así salió ello... Un retrato para hacer caer de miedo a cualquiera. Yo recuerdo que por las noches cuando había de pasar por el salón para ir o volver de la pieza (el cuarto de la chimenea) donde pasábamos la velada y mi padre tenía su tertulia, yo pasaba por delante de aquel tétrico retrato corriendo a todo correr y sin levantar los ojos del suelo. Pero mi terror y el de mis hermanos pequeños llegó a un grado superlativo el día en que mi hermano Francisco nos contó que a altas horas de la noche él se ponía a tocar el violoncello debajo del retrato del abuelo difunto, y que algunas veces en los momentos en que él tocaba con más expresión y entusiasmo el abuelo se movía y hacía visajes en el cuadro y alguna noche llegaba hasta bajar del cuadro a conversar con él y, sentándose al piano, le acompañaba; y era un sonido tan fúnebre y apagado el que arrancaba del instrumento, que apenas era perceptible. El abuelo, según nos decía nuestro hermano, había tenido una gran pasión por la música y tocado el piano con cierta perfección. Esta revelación fué para mí una fuente inagotable de terror, sobre todo durante la temporada que mi hermano mayor pasaba en casa. Por las noches, después de acostados mi hermano José y yo, apagada la vela o la lamparilla de aceite, yo no podía dormir temiendo el momento en que llegarían a mis oídos las notas del violoncello. No tardaban mucho en llegar. Era un rumor, un susurro lejano, una melodía tenue, que desde lejos parecía abrirse paso, lenta y suavemente, a través de la densidad de las tinieblas y del silencio que inundaban toda la casa. Al percibir las primeras vibraciones se me representaba en la imaginación el cuadro espantoso de mi hermano Francisco en compañía de un cadáver y en conversación con aquel es-

pectro que nos miraba desde el cuadro con sus grandes ojos helados de besugo. Instintivamente escondía la cabeza dentro de las sábanas con un escalofrío de terror por todo el cuerpo; pero el interés y la curiosidad acababan por vencer al miedo y me atrevía a asomar sólo un poquito la cabeza de las sábanas y me ponía a escuchar. Y entonces me parecía oír, envuelto en el gemido lejano del violoncello, el teclear vago y confuso, pero cristalino y cadencioso del piano. ¡Ah!, entonces mi terror llegaba hasta el paroxismo y me costaba un esfuerzo heroico reprimir el alarido que subía de mi pecho y que al fin quedaba clavado con un dolor atroz en mi garganta. Mi cabeza, desde aquel instante, ya no volvía a salir de las sábanas. Y así quedaba al fin dormido.

¿Era anormal mi hermano Francisco? Esta es la pregunta que me hago a mí mismo siempre que repaso en mi memoria estas anécdotas que acabo de relatar y algunas otras que aún podría añadir. Sin atreverme a contestar afirmativamente, sí puedo asegurar que Francisco era un ser enigmático, que llevaba en su interior, no tan oculto como él quizá hubiera deseado, un misterio que él se esforzaba en velar y disimular a fuerza de humorismo y rasgos de excentricidad. He llegado a la convicción de que desde muy joven había sostenido grandes luchas interiores acerca de la fe religiosa. Todos mis recuerdos, desde los más remotos que de su persona han quedado grabados en mi memoria, coinciden en dejarme la clara impresión de que mi hermano mayor era un alma profundamente religiosa, que acabó ya muy temprano en su corta vida por perder la fe heredada de sus padres y estuvo durante un largo período de su vida buscando por su propia cuenta a Dios y el sentido de lo divino en la vida humana. La fe católica había sido por él abandonada, sin duda alguna, antes de los 30 años, y en mi recuerdo viven todavía hechos y dichos de mi hermano mayor que corroboran plenamente mi afirmación. Recuerdo la turbadora sensación que me produjo, cuando yo apenas tenía diez años, un ejemplar de las *Cartas a un escéptico*, de Balmes, con notas marginales escritas con

lápiz por Francisco. En ellas trataba de refutar todas las consideraciones que en su obra hace Balmes en defensa de la fe religiosa y del catolicismo. Hecho no menos revelador que el que acabo de citar es el de la actitud francamente irreverente que adoptaba durante el rezo del Santo Rosario, que, siguiendo la costumbre tradicional, rezábamos en familia todos los días en la Capilla de casa. Las bromas y las cuchufletas que le inspiraba la tradicional devoción nos desmoralizaba a todos los hermanos, que teníamos nuestras sillas junto a la suya. La pobre de nuestra madre, que veía el mal ejemplo dado por Francisco, sufría con seguridad lo indecible ante tales desacatos y a veces suspendía la oración para reprender severamente a mi hermano mayor. No había para menos si se considera el daño que en nuestras creencias causaban las risas y las burlas con las que iba minando la fe de sus hermanos menores.

Pero Francisco no era hombre para quedarse satisfecho en la actitud escéptica ante la religión; él buscaba a Dios, y esta búsqueda realizada con sus solas y únicas fuerzas necesariamente habían de terminar en catástrofe. Siempre he sospechado que Francisco había tenido un maestro, o por lo menos un introductor en las nuevas vías místicas que él quiso temerariamente desbrozar sin el auxilio de la gracia. Ese maestro, guía o consejero en doctrina religiosa lo encontró Francisco en nuestro abuelo materno, don Pascual de Togores, Conde de Ayamans, de una antigua e ilustre familia de la nobleza balear. A mi abuelo apenas le conocí. Sus nietos solo le veíamos y le tratábamos cuando nuestros padres nos llevaban a pasar algunas temporadas a Palma, donde el abuelo tenía su antiguo palacio. De éste y de su interesante dueño he hablado ya con alguna extensión en la sección del presente libro, referente a Mallorca. Ahora he de ceñirme a puntualizar lo referente a las relaciones de amistad que unieron a don Pascual y a su nieto Francisco. Dada la diferencia de edad que había entre mi hermano mayor y yo, sólo puedo referir impresiones bastante inconcretas y repetir lo que siendo yo aún niño y luego más adelante en mi juventud oí contar a

familiares y a parientes y amigos míos de Mallorca sobre la personalidad y manera de pensar de mi abuelo. Es cierto que éste y su nieto Francisco simpatizaron muchísimo. De lo que he oído contar a este respecto colijo que esta amistad era en buena parte intelectual. El abuelo era hombre muy culto, muy amante de la antigua literatura y hombre de muy buen gusto y de una refinada educación. Me consta que profesaba una gran veneración a la personalidad, a la vida y a la obra de Raimundo Lulio y sé que inculcó esta afición o pasión luliana a Francisco, que siempre que nos hablaba del gran místico mallorquín, lo hacía en términos de superlativo elogio. El abuelo contaba entre las joyas de su nutrida y selecta biblioteca varias ediciones antiguas del Solitario de Randa y un ejemplar de la edición moguntina completa, amén de otros libros sobre lulismo. Otro dato me servirá para enfocar bien la filosofía religiosa de nuestro abuelo. Siendo yo mayor, tal vez a los 25 años, un ilustre escritor mallorquín con quien me unían lazos de amistad, hablándome de «cosas de Mallorca» me dijo que don Pascual no sólo hacía gala de una gran independencia de criterio en cuestiones filosóficas y religiosas, a pesar de ser un católico practicante, sino que tenía fama de ser algo volteriano y se rodeaba de una tertulia formada por los que la gente señalaba en Palma como más o menos libres pensadores o como de mentalidad más o menos emancipada en materia de creencias.

Lo positivo es que Francisco cuando debía rayar en los treinta años y hacía ya algunos que vivía en Madrid y ejercía el cargo de Director de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de la Moncloa, escribió un día a mis padres una carta en que les declaraba sin ambages que había dejado de ser cristiano y católico y se había hecho budista. Huelga decir la tremenda impresión que esta confesión de su hijo produjo en mis cristianísimos padres. La confesión de su apostasía, según oí contar — yo todavía era niño —, fué un trance de amargura sobre todo para mi santa madre. Mi padre puso en seguida todo su empeño en averiguar todos los anteceden-

tes y circunstancias que habían determinado esta extraña conversión de Francisco. Sus indagaciones dieron por resultado descubrir que hacía algunos años mi hermano era teósofo y que se había rodeado de un círculo de amigos de sus mismas ideas, dados a los estudios de las religiones orientales. No sólo esto, se puso en claro que él actuaba como jefe y guía de todo el grupo de los teósofos de Madrid, que era el fundador y director de la primera revista teosófica española en la que firmaba sus artículos con el seudónimo Nemo, y que se carteaba asiduamente con las más reputadas autoridades de ese movimiento teosófico que en aquel entonces empezaba a tener gran difusión por todos los países civilizados. Más adelante se supo que Francisco tenía activa correspondencia epistolar con la famosa Mme. Blavatsky, que era una especie de papisa de los teósofos de todo el mundo. También llegó a noticias de mis padres que Francisco se había gastado una verdadera fortuna en la adquisición de libros de estudio sobre las religiones de la antigua India, principalmente, el budismo y de ediciones de los libros sagrados bramánicos y budistas, y que había estudiado casi sin maestro y con un esfuerzo mental verdaderamente portentoso la lengua sánscrita, hasta el extremo de poder leer con un acabado dominio los textos originales de esa antigua lengua sagrada. Otra cosa se puso en claro. Francisco, tiempo hacía, se dedicaba a las peligrosas experiencias del hipnotismo y había acabado por caer en manos de un hipnotizador que le tenía totalmente dominado.

Mi pobre padre, pasada la primera y tremenda impresión, se consideró en el deber de trazar un plan para preparar los caminos de la conversión de su hijo extraviado. Consultó el caso con diferentes eclesiásticos del clero secular y regular. No puedo precisar quiénes fueron los consultados; todo lo que escribo sobre este doloroso asunto, lo he sabido por referencias de diversas personas que, siendo yo mayor, me contaron todos estos detalles e incidentes de ese gran drama interior de Francisco y de mis padres... *Relata refero*. Solamente puedo citar dos nombres entre los de las personas,

acreditadas como autoridades, a las que mi padre fué a pedir consejo: el P. Goberna, jesuíta, y el P. Llanas, escolapio. Resultado, seguramente, de esas consultas fué la resolución que tomó mi padre de conseguir en Madrid el traslado de mi hermano de Madrid a Barcelona. Al cabo de algún tiempo las excelentes relaciones familiares y políticas que mi padre tenía en Madrid, surtieron el efecto apetecido. Francisco dejó la Dirección de la Escuela de la Moncloa y fué trasladado a Barcelona para ser director de la Granja Experimental de esta ciudad. No obstante, no dejaba de tener sus peligros la residencia de mi hermano en Barcelona, porque, según se averiguó después, fué en esta ciudad donde Francisco tuvo el primer contacto con algunos afiliados al teosofismo.

Francisco vino a Barcelona con el ánimo grandemente contrariado y, lo que es más grave, con la salud seriamente quebrantada. Sus prácticas de hipnotismo le habían minado su robusta naturaleza; había enflaquecido y la expresión de su rostro impresionaba por la profunda melancolía de su mirada y lo macilentó de sus facciones. Esto puedo afirmarlo porque de estos últimos tiempos de su vida queda como testimonio un retrato suyo, el último que de él se conoce, en el que lleva grabadas en su fisonomía las huellas de un trágico derrumbamiento de sus fuerzas físicas y morales.

Sé que mi padre en Barcelona le hizo visitar por los consejeros previamente elegidos. Según parece, todos se estrellaron contra una pétreo resistencia. La desolación de mis padres había llegado a un grado alarmante. Pero cuando todos los medios humanos ya habían fracasado y cuando todo parecía perdido, Dios Nuestro Señor en su infinita misericordia acudió a poner eficaz y definitivo término a aquella gran calamidad con un remedio inesperado, remedio humanamente trágico pero salvador en los designios inescrutables de su paternal Providencia.

Al cabo de algunas semanas de haberse instalado en Barcelona, mi hermano enfermó gravemente de fiebre tifoidea. Mi padre se apresuró a proporcionar a su pobre hijo todos

los auxilios materiales y espirituales que necesitaba. Acudieron los médicos del cuerpo y los del alma a la cabecera de su lecho. Su enfermedad hizo rápida y fácil presa de aquel organismo depauperado y debilitado no sólo por sus sufrimientos morales, sino también por las abstinencias que le imponía el riguroso régimen vegetariano a que se había sometido a consecuencia de las doctrinas y prácticas de su nueva religión. Los remedios corporales no surtieron ningún efecto. Los doctores pronto hubieron de declarar que no había esperanza ninguna. Por el contrario, los auxilios espirituales produjeron un efecto milagroso. No hay que dudar que las fervientes oraciones que elevaban al cielo hacía tanto tiempo por su conversión y salvación tantas personas amigas de la familia, todos sus hermanos, mi buen padre y sobre todo mi santa madre, acabaron por inclinar a la divina misericordia a salvar aquella pobre alma descarriada. Con gran consuelo para todos los que en aquellos momentos le asistían, pidió los Santos Sacramentos, confesó y devotamente comulgó, y recibió la Santa Comunión. La hora de la Verdad le abrió por fin los ojos. Murió con la oración en los labios y el Crucifijo entre los dedos crispados. Dios lo tenga en su santa Gloria.

La tan edificante muerte de Francisco tan llena y rebosante de elemento sobrenatural, tuvo, momentos antes de exhalar el último aliento, un episodio de inconmensurable dramatismo humano. Antes de entrar en la agonía, tuvo un delirio espantoso que a los de mi familia que le asistieron en sus últimos momentos les impresionó hasta lo más hondo del alma. Su último delirio fué simplemente el retorno aparatoso, espectacular, sublime de su primera vocación, aquella vocación de marino ahogada con violencia para no disgustar a sus padres y alimentada, entretenida y acariciada con juegos, lecturas y ensueños durante todo el curso de su breve vida. En su último delirio soñaba que era el capitán de un gran barco velero que iba capeando una tremenda tempestad. Eran de ver los gestos y los ademanes con que él expresaba su serena impavidez en aquellos momentos; eran de oír los

gritos de mando a la marinería para que acudiese rápidamente a la maniobra necesaria. Toda la ciencia marinera y todos los conocimientos del arte de navegar adquiridos por él en sus lecturas juveniles de aventuras marinas manaban a borbotones de sus labios encendidos en forma de expresiones y palabras del léxico de gente de mar. ¡A babor! ¡A estribor! Ordenaba con palabra enérgica a sus marineros que recogiesen esta y aquella vela, que tirasen de aquel o aquel otro cabo, que atasen esa y esotra cuerda, todo con sus nombres especiales que sólo los hombres de mar poseen. Debió de ser sencillamente espantoso, espantosamente sublime.

## ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA . . . . .	5
ACLARACIÓN PRELIMINAR . . . . .	7
LA CIUDAD DE LAS TRES SOLEDADES (a guisa de prólogo) . . . . .	9

I

TARRAGONA

Mi ciudad . . . . .	17
Una evocación . . . . .	33
El retrato del abuelo . . . . .	36
¡Benditos tiempos aquellos! . . . . .	39
Una página de mis «Memorias» . . . . .	43
Una galera mallorquina . . . . .	46
Intermezzo musical . . . . .	49
Un retoño de la antigua picaresca . . . . .	52
Un corazón sencillo . . . . .	57
¡Adiós velas! . . . . .	60
El miedo educador . . . . .	63
El primer recuerdo . . . . .	68
Museo, biblioteca, archivo . . . . .	71
Música en el hogar . . . . .	74
Un caso interesante de imitación . . . . .	77
«Vió venir una galera» . . . . .	81
Personajes y personajillos . . . . .	84
Torres humanas . . . . .	88

II

EL MORELL Y LA PINEDA

El gigante benigno y bondadoso . . . . .	95
La Pineda . . . . .	98
El Morell . . . . .	104
Perdidos en la llanura . . . . .	107
Universidad moderna y recuerdos antiguos . . . . .	111
Las constelaciones . . . . .	115
Un gran descubrimiento . . . . .	118

III  
MALLORCA

Siete maravillas . . . . .	123
Un cuento de niños perdidos . . . . .	127
Anacronismos y supervivencias . . . . .	130
«Cualquiera tiempo pasado fué mejor...» . . . . .	134
Una anécdota simbólica . . . . .	137
Recuerdos de Mallorca . . . . .	140

IV  
POBLET

«Jam hiems transit...» . . . . .	147
¿Qué era Poblet en mi infancia? . . . . .	150
Ecos y fantasmas . . . . .	158
La voz de las montañas . . . . .	162
El monasterio bajo la luna . . . . .	172

V  
EL COLEGIO DE SAN IGNACIO DE MANRESA

Educación espartana . . . . .	179
La «Ratio studiorum» . . . . .	182
Las humanidades . . . . .	185
Una conspiración en el colegio . . . . .	189
El primer desengaño . . . . .	192
La guerra civil en el colegio . . . . .	195
Enseñanzas de «adorno» en el colegio . . . . .	199

VI  
BARCELONA

Una juvenil aventura intelectual . . . . .	205
Un sueño . . . . .	208
A la memoria de Enrique Granados . . . . .	211
Ante un próximo centenario . . . . .	214
Los albores del fútbol en Barcelona . . . . .	220
Las maravillas de un teatro desaparecido . . . . .	224
Una verbena desgraciada . . . . .	227

VII  
MI HERMANO FRANCISCO

Mi hermano Francisco . . . . .	233
--------------------------------	-----

Depósito Legal. T - 11. 1958.

